

Textos por catálogo

El arte y todo lo demás



Textos y dibujos de
Ángel Mateo Charris

Excmo. Ayuntamiento de Cartagena



“TEXTOS POR CATÁLOGO, el arte y todo lo demás” es una colección de relatos de Ángel Mateo Charris tal vez el artista cartagenero más reconocido fuera de nuestras fronteras.

Este primer libro reúne textos tanto de sus catálogos como de los hechos para los amigos; hace que el lector emprenda un viaje de aventuras, situaciones y escenarios que nos resultan reconocibles como Santa Lucía, Cabo de Palos o la Morería Baja, pero que la mayoría de las veces despegan de esa sutil línea que separa realidad y ficción.

La obra de Charris siempre ha tenido un carácter literario, cada cuadro es un cuento en el que lo real, por sorpresa, deja paso a lo mágico, transforma lo tangible. El artista es siempre Creador, otorga vida, crea nuevas existencias. A menudo situaciones surrealistas se nos muestran cotidianas; los personajes del cómic como Carpanta o los sobrinos de Donald conviven con sus amigos pintores: Gonzalo Sicre, Carmen Navarro o Juana Jonquera; reinventa la realidad para sumergirnos de repente en situaciones impensables, con estilo sencillo y fresco. Juega con las palabras al igual que lo hace con los pinceles mostrándonos su propio universo.

Cuando se cumplen Veinte Años de la Muralla Bizantina y en este Abril de 2007, mes del Libro por excelencia, es el momento oportuno para mostrar la faceta escritora de Charris donde se conjugan a la perfección color y palabra, imagen y genio.

José Cabezos Navarro
Concejal del Área de Cultura

Prólogo

–Un prólogo es un prólogo. ¿Dónde está el problema?

–Es que no sé cómo enfocarlo.

–Dios santo –dijo el viejo profesor– La educación está cada vez peor. En mis tiempos aún sabíamos lo que era el final y lo que era el principio. Las piedras de la vetusta universidad habían escuchado esas o parecidas palabras durante siglos. A mediados del XXII, los cueros y repujados de los sillones y los lomos de los libros antiguos en las estanterías eran lo poco que quedaba intacto del Departamento de Estudios Literarios, fundado décadas antes, pero que mantenía aún alto el estandarte de hueso de todas las disciplinas universitarias del claustro. El profesor Rodríguez, cerca ya de su jubilación, incumplía la regla general no escrita que decía que cuando uno de estos cascarrabias se retiraba solía aflojar el pedal y facilitaba un poco las cosas a los estudiantes del último curso de la especialidad. Pacheco ya se había dado cuenta que, ni en sus últimos estertores, el anciano iba a ponérselo fácil. Le había costado mucho trabajo proponer un tema que resultara adecuado a los estrictos parámetros en los que se movía aquel: el superespecializado mundo de la superespecializada universidad de su tiempo. Literatura Escrita por Artistas II se subdividía en montones de especialidades y la amplia bibliografía generada por estos estudios ocupaba un buen puñado de gigagigas en el espacio virtual de la red. Después de proponer decenas de posibilidades Rodríguez había aceptado su última propuesta: el estudio de los textos escritos por un oscuro pintor español a caballo entre los siglos XX y XXI, Ángel Mateo Charris. Pacheco descubrió un brillito en los ojos de su maestro, la curiosidad despertada en una mente que se no resignaba a perderla, la llama de la eterna hambre de conocimientos del viejo profesor.

–No sé quién es ese tipo, lo cual ya lo convierte en un tema interesante –había dicho y así Pacheco pudo respirar aliviado.

Aunque sabía que eso sólo era el principio del principio: el prólogo. Había conseguido recoger suficientes textos del artista de entre polvorientos catálogos y libros de la Biblioteca Impresa Nacional y algunos otros que todavía circulaban por la red. Charris solía escribir textos en casi todos sus catálogos, pero también en los de muchos de sus amigos. La cosecha era abundante. Los había de todo tipo de registros, de lo cómico a lo serio, de lo surrealista y extravagante a lo melodramático y sentimental, textos que analizaban las obras y cuentecillos que se iban por los cerros de Úbeda. En general guardaban relación con las imágenes que aparecían en los catálogos, pero de forma muy tangencial. Más bien recreaban el espíritu de las exposiciones, le ponían banda sonora a las obras o jugaban a despistar para intentar dar una clave más certera de sus intenciones o de las del artista aludido. De entre toda su producción, decidieron escoger, para el trabajo del alumno, los textos que tenían un componente más literario –casi siempre pequeños cuentos o prosas breves– desechando las que aludían más directamente a las obras y a sus autores. El pintor, nacido en la mediterránea Cartagena, había escogido un tono entre parábola y acertijo para expresar sus intereses artísticos a través de la palabra.

–Señor Rodríguez ¿no le parece que no intenta explicar su producción sino abrirla a más interpretaciones? –dijo el alumno intentando hacerse el interesante.

–Vaya, señor Perogrullo. Después de todos estos años de estudio parece que una de sus neuronas intenta comunicarse con otra. Lástima que aún no parezcan hablar el mismo idioma. Amigo Pacheco, espero que se le ocurran cosas más interesantes o hará que se duerman todos y cada uno de los miembros del tribunal examinador.

Aunque Rodríguez aplicaba el arte del mandoble para educar a sus alumnos, había conseguido que muchos de ellos dieran el máximo de sus posibilidades. No era fácil que el viejo te admitiera como tutor para tus trabajos y había que tener suficientes agallas como para aguantar sus exigencias durante meses, pero si llegabas al final te asegurabas un buen trabajo y también una buena disciplina para la batalla sin escrúpulos que esperaba en la vida después de la burbuja universitaria: el mundo real.

Un pequeño aerobus surcó el cielo junto a la torre de la capilla.

–Mire, si no va usted a tomar interés, tal vez le convenga acabar la carrera en una de esas pequeñas universidades perdidas al otro lado de la galaxia.

–No se preocupe, señor Rodríguez, no pienso escatimar esfuerzos.

–Más le vale Pacheco, el tiempo se escurre entre los dedos como arena fina. Y cuando menos se lo espere, estará usted haciendo las cosas por última vez, por ejemplo intentando pellizcar el cerebro de su último alumno.

–Entiendo, señor Rodríguez.

–...el último alumno. Pacheco, se va usted a enterar. Quiero todo lo que le he pedido antes del viernes. Empecemos por orden cronológico, tal vez con *La Creación* o *Greguerías al Óleo*.

El alumno empezó a recoger sus cosas y observó como Rodríguez se perdía en la misma lejanía que miraba por la ventana. Su cuerpo estaba allí, pero su mente seguía la cola del aerobús hasta alguna estrella desconocida. En medio de la bruma dorada, el anciano parecía dispuesto a esfumarse como un holograma. Desde algún rincón de la tarde, un instrumento de viento ensayaba el *Gaudeamus Igitur*.





La creación

El primer día dijo el pintor: haré un cuadro que sea muy grande y en él pintaré las grandezas e infortunios de mis hermanos los hombres. Pintaré sus lágrimas y sus iras, sus deseos y estupideces, su grandeza y su miseria. Y así lo hizo.

El segundo día se levantó, miró por la ventana y dijo: pintaré los lugares y caminos en donde habitan y habitaron mis hermanos. Pintaré sus cielos y sus mares, sus ocasos y sus noches y las diversas formas de las nubes. Y así fue.

Al amanecer del tercer día se maravilló contemplando un dibujo del rocío sobre el vidrio y se dijo: haré un cuadro diminuto, y en él vivirán lo pequeño y lo trivial, lo más visto y lo menos importante, los cacharros y las cosas que nos tocan y no vemos, y las plantas y los perros, y los gatos y los cuencos. Y eso hizo.

El cuarto día tuvo el pintor una idea que pensó que era importante y fue a contársela a su hermano. Y vio que no sabía. Así que tomó una decisión: haré un cuadro para que puedan entender lo que quiero decir. Y cogió sus pinceles y trabajó en la tela hasta que creyó que su hermano lo comprendería.

El quinto día despertó muy contento y bien dormido, y supo que lo que más le apetecía pintar era un cuadro contento y bien dormido. Y dibujó la risa y silbó mientras pintaba y corrió luego a ver si encontraba a alguien a quién mostrárselo y con quien reír juntos.

El sexto día se abrió una herida dormida en su corazón y dijo el pintor: he de pintar esta herida para poder verla bien, estudiarla y olvidarla, hasta

que la sangre se convierta en aguarrás. Y pintaré un ángel blanco y otro negro y usaré todos los grises que salgan de mi paleta, desde el negro hasta la luz.

El séptimo día juntó todos los cuadros que había pintado los seis días anteriores y pensó que no se parecían, y pensó que eran el mismo.

Y pensó que eran hermosos.

Y que eran horribles.

Y le pareció que le eran ajenos y que habían empezado a vivir por cuenta propia. Ya no eran su trazo ni su risa, ni su llanto, sino un cacharro más del mundo de los hombres.

Decidió que debía empezar un cuadro nuevo que contara a sus hermanos qué había pasado. Pero hacía un día espléndido y recordó una vieja historia escuchada no sabía dónde, sobre descansar en séptimo. Y se dijo que habría otros primeros, segundos y hasta sextos. Así que buscó a un par de hermanos y les dijo:

Salgo de una dura empresa.

Vamos, mientras os digo cuál,

a tomar unas cervezas.



Greguerías al óleo

La greguería es el atrevimiento a definir lo que no puede definirse, a capturar lo pasajero, a acertar o a no acertar lo que puede no estar en nadie o puede estar en todos.

Ramón Gómez de la Serna

Paseando un día de niebla encontré una greguería.

La guardé porque me pareció curiosa y porque es una de esas menudencias que a uno le gusta descubrir al hurgar en los bolsillos de una prenda olvidada en el armario.

Encontré otra en una sopa de mariscos de un bar del puerto y pensé que dos era un buen número para empezar una colección. Desde entonces me han ido asaltando en donde menos lo esperaba: en un taxi, en el zoo o en los azulejos del cuarto de baño.

Pienso que es fácil descubrirlas sólo hay que tener un corazón de metáfora y un cerebro juguetero.

Yo creo –con de la Serna– que *estamos compuestos de greguerías como de células, pero tenemos que poseer muy sutil oído para oírlas*¹.

Si mis cuadros se escribieran y, si donde hay color y óleo hubiera palabras, no me imagino que fueran otra cosa que greguerías.

Como esa que dice: *Hay una clase de noches en que luce en los cielos la luna de los desiertos, o la de el látigo traza en el aire la rúbrica del tirano.* Y también esta otra: *Las orquídeas tienen la lengua sucia y el camello lleva a cuestas el horizonte y su montaña.*

La cabeza es la pecera de las ideas y en la mía sólo hay peces greguería, pequeños y melancólicos, absurdos y socarrones, flores de cactus y cangrejos ermitaños. Otros hacen óperas y odiseas, novelas y largometrajes, sinfonías, monumentos, catedrales, poemas y performances. Cada lobo por su senda. Yo me conformo con lanzar guijarros a la limpia superficie de un

mar en calma: nunca se acumularán suficientes como para formar un buen montón que sobresalga del agua, pero disfruto a lo grande intentando un rebote más de la piedra sobre el pulido techo de los fondos submarinos.

Y si alguna vez me pidieran una declaración de intenciones, un programa de mano sobre mi obra, sólo tendría que copiar lo que alguien dijo alguna vez de las buenas greguerías:

Va del humorismo a la ternura, de la ironía a la adivinanza, de la agudeza ingeniosa a la imagen sensorial y plástica, de lo lírico a lo novelable, de lo extraño surreal e inquietante (pasando por el humor negro) a lo más ingenuo y emotivo. Mezcla lo vanguardista con lo barroco. Acoge por igual la imagen experimental y la más trivial observación costumbrista, que se vuelve asombrosa. Del asomo pictográfico o visual pasa a delicados juegos con los significados verbales, desvelando las paradojas del idioma. Lo poético (en su más amplio sentido: todo está dicho en prosa, espoleado por el humor y con una cierta sonrisa) es el centro sobre el que gravita el nuevo género².

¹: Esta cita y las siguientes (en cursiva) son greguerías de Ramón Gómez de la Serna.

²: Cesar Nicolás en la introducción de Selección de Greguerías (1910-1960). Austral, 1991.



Diario de viaje

Madrid, 10 de mayo. Todo viaje empieza por una necesidad. La mía es perentoria y de ella depende mi carrera y mi supervivencia: soy un pintor sin pinceles. Los únicos que uso ya no están en el mercado. No sé pintar con otros, los he probado todos y el toque personal del que todos hablan desaparece sin mis compañeros de obra de toda la vida.

El importador sudamericano que los distribuye por Europa se ha esfumado como por encanto. Mañana mismo cruzo el charco para seguir la pista del fabricante o de las existencias que aún puedan quedar desperdigadas.

Miami, 15 de mayo. El distribuidor, su familia y todas las existencias de sus almacenes han desaparecido sin dejar rastro. Se les realciona con algunas sustancias sospechosas. Dokoupil me lleva hasta un restaurador que localiza la fábrica de pinceles: Pinar del Río, Cuba.

Pinar del Río, 25 de mayo. La fábrica ha sido desmontada y remodelada como discoteca para turistas. Los viejos trabajadores y un tipo que dice ser hermano de Beny Moré me remiten a los proveedores de los mangos y de las cerdas de los pinceles: en la vieja factoría sólo se montaban los materiales traídos del exterior. Próximo destino: Yucatán.

Algún lugar de México, 2 de junio. Estoy perdido en una selva pegajosa e intrincada: palmeras borrachas de sol y las únicas ruinas sin turistas a este lado del universo. Hay bichos por todas partes y, si no estuviera tan agobiado, tal vez podría disfrutar un poco de la situación. Una mona con cara de Frida Kahlo me ha robado el tapón de la gasolina y mis reservas líquidas se limitan a una caja de mescal con sus correspondientes gusanos.

Veracruz, 7 de junio. De vuelta a la civilización y a mis pesares. Me desconcierta la forma en que los materiales circulan por este continente. He

descubierto que la madera de los pinceles se saca de un árbol que sólo se encuentra en la selva venezolana. Alma llanera y tozudez española.

Amazonas, julio. La red de autopistas Simón Bolívar acaba de cargarse el último bosque de los arbolitos que andaba buscando. He llegado a tiempo de comprar unos cuantos troncos que envío inmediatamente a Europa.

Cartagena de Indias, 20 de julio. Jornadas de relajo y distensión: mucha cumbia y vallenato. La pista de los pinceles me lleva al cono sur. Algo me dice que pronto se solucionarán mis problemas.

Buenos Aires, 1 de agosto. Me he encontrado con Dis Berlin en el gigantesco rastro porteño. Por medio de un amigo de una prima de un amigo de su amiga he logrado saber que las cerdas de mis pinceles están hechos con unas plumas duras y leñosas de la cola de unos pingüinos que sólo viven en una isla chilena. Estoy a punto de volverme loco. Mi galerista no para de telegrafiarde de hotel en hotel: mi carrera peligra.

Espacio aéreo internacional, 15 de agosto. Lo he conseguido. Me llevo dos parejas de pingüinos para España. Los permisos para sacar los bichitos me han costado un ojo de la cara y la promesa de pintar carteles para Greenpeace, Wildlife y doscientas organizaciones más durante los próximos setenta y cinco años.

Tendré pinceles, pero ahora...¿sabré qué pintar? Las ausencias del estudio son caras para el pintor. De todas formas me encuentro agobiado pero satisfecho. Todo sea por el arte.

Las nubes desde el avión se ven preciosas.

Mira mi pecho tatuado

Hace años los dirigibles surcaban los cielos de Nueva York transportando sacas de correo. Eran los tiempos en que un tatuaje era para siempre.

Un amigo mío portorriqueño –Andy– trabajaba de cartero en uno de esos artefactos voladores. Hacía poco que había dejado la isla del encanto, como gustan de llamarla sus compatriotas, dejando allí su corazón en el lecho de una linda muchachita de San Juan. Se arrebatava describiéndola y contándome todo lo que a ella se refería, su forma de hablar y andar, la forma en que trataba a todo el mundo en la pequeña bodega de su padre, lo dulce que eran sus besos y lo blanda que era su cama.

Una tarde llegó a mi casa nervioso y acalorado, buscando consejo sobre su último gran acto de amor, el pacto de sangre que uniría su pasión con el destino: se tatuaría el nombre de su amada. Para siempre.

Ya se imaginaba la cara de agradecimiento de la chica, las lágrimas corriendo por su cara que él recogería con los labios, los mismos labios que le pedirían eterno matrimonio y que recorrerían todos los rincones de su cuerpo hasta el fin de sus días. Repetía sin cesar todas las frases escuchadas en boleros y habaneras en las almibaradas voces de cantantes a la moda. Y de su boca, con su acento caribeño y un inconfundible brillo en sus ojos, sonaban sinceras y conmovedoras.

Me sentía culpable por haber sido yo el que le había mencionado una casa de tatuajes en el Lower East Side, famosa por la perfección de sus dibujos y por la gran clientela que la frecuentaba las veinticuatro horas del día. Intenté hacerlo desistir recalcándole la imposibilidad del arrepentimiento, pero dos horas después estábamos haciendo cola entre una curiosa colección de asiáticos, soldados, marineros y hasta una bailarina de la Polinesia. Andy había elegido un sencillo modelo floral con un pergamino que incluía el nombre de la chica y como lugar su mano derecha.

Cuando nos llegó el turno, el tatuador le preguntó:
-¿Quieres tatuarte la cara? -y ante la negativa de mi amigo nos explicó:
Las manos y la cara son la misma cosa. Es lo único que le enseñas al mundo. Nunca sabes lo que tendrás que hacer.

Mientras dudaba indeciso al tener que elegir un nuevo destino para el motivo, una señal del cielo brilló ante los ojos de Andy, un precioso corazón multicolor que excedía totalmente su presupuesto, una promesa en la piel indicando el lugar donde reinaría para siempre la chica del otro lado del mar.

Juntando todo nuestro dinero y tras llegar a un acuerdo con el hombre, mi amigo se confió a su destino.

Viendo su cara y la de los hombres que llenaban la sala, también yo deseé hacer de mi cuerpo una tierra de panteras y serpientes, de espadas y corazones enamorados, de bellas mujeres y temerarias banderas piratas. Me sentí terriblemente desgraciado al no tener un nombre que tatuar en mis bíceps, una Armada que honrar en mi espalda o un enemigo al que jurar eterno odio en mi costado.

El mundo da muchas más vueltas de las que nos dicen los libros y las historias no siempre tienen un The End que las cierre a tiempo.

Dos meses después de tatuarse el pecho, mi amigo se escapó unos días a Puerto Rico no pudiendo esperar más a enseñar la prueba de fidelidad a su amada. La encontró en brazos de un amigo común, lo cual le rompió el corazón, pero no hizo el menor efecto en la calidad del tatuaje, que toda la vida le recordó el dolor de su amor traicionado. Llegó a detestarlo de tal modo que nunca más lo mostró en público e incluso se bañaba con camiseta en los más calurosos días del verano.

No hace mucho leí un artículo que contaba que los tatuajes podían eliminarse y corrí a contárselo a Andy. Recibió la noticia como el fin de una pesadilla. Por fin se veía libre, interior y exteriormente, del recuerdo de una herida traicionera.

Esta vez también intenté disuadirlo, dado lo caro del tratamiento y su posible peligrosidad. Le hablé de aceptar las señales en el cuerpo como muestra de nuestra historia y nuestra vida, como una arruga, la cicatriz de una operación o una cana. Pero era esa historia la que él repudiaba y estaba

decidido a hacerla desaparecer.

Más tarde reconoció, sin embargo que le gustaría conservar un recuerdo del corazón que acompañó tantos años a su imagen en el espejo. La idea de una fotografía le resultaba fría y antipática.

–Tal vez podrían cortarte el trozo de piel y enmarcarlo –le dije bromeando.

–¿Podrían hacer eso? –dijo él.

–No seas bruto, hombre.

Le hablé de una artista que pintaba tatuajes, Mavi Escamilla, que tal vez pudiera hacerle un cuadro con el suyo antes de que se lo quitaran. Yo había visto unas reproducciones de sus obras en una revista y me habían impresionado sus imágenes, como años antes lo hicieran las del taller de tatuajes.

Se ilusionó con la idea y una vez más intenté hacerlo desistir. No es que sea un aguafiestas, pero desconfiaba que tan estupenda artista europea hiciera el menor caso a un jubilado puertorriqueño, contando con que éste tuviera la suficiente plata como para pagar ni el transporte de la obra. Pero Andy, un tipo de los tiempos en que los tatuajes eran para siempre, no se amilanó.

Le dije que le esperaba un largo viaje hasta que su corazón colgara en la pared.

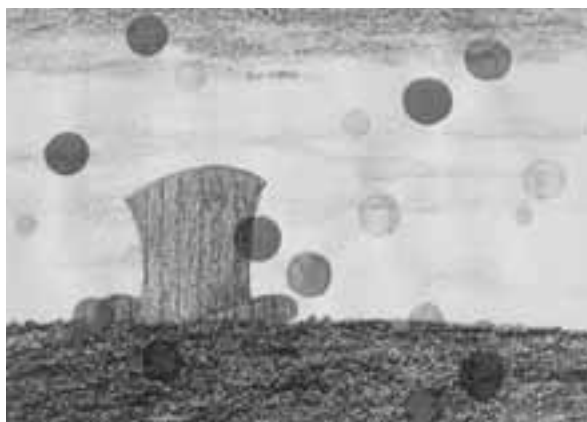
Con la misma determinación con la que una vez entró a tatuarse me pregunto:

–¿Y dónde vive esa chica?

–En Valencia.

–¿Ohio?

–No, España.



Guía Ilustrada de la República de Cartagena

Llegué a puerto tras una larga y tortuosa travesía. La mar se me había atravesado en el estómago como una pócima envenenada y mi cerebro se agitaba como una nuez en su cáscara.

Sentía como el cielo y el mar se aliaban con la única intención de hacerme el viaje insoportable. Anhelaba, pues, el momento de pisar tierra firme en Cartagena, un destino poco apetecido por la redacción de la revista, que me encargaba este trabajo como castigo por un intrincado asunto de faldas que no es el momento de contar. Poco sabía de lo que me esperaba y lo poco no era bueno, pero ya estaba deseando caminar por un suelo que no se moviera bajo mis pies.

El cielo espeso y plomizo, que nos había acompañado todo el trayecto, comenzó a abrirse, mientras la tripulación se afanaba en los preparativos de la llegada a destino. Cuando entramos por la bocana de un perfecto puerto natural la capital de la república nos recibió entre *nubes de laca y luz cruda*.

Colinas coronadas por castillos, astilleros, barcos de pesca. *Cartagena tenía color de hierro viejo, de quilla blindada, que un día encalló y abandonada en el roquedo fue cubriéndose de moho y liquen*: Sender lo había dicho tan bien que no se me hubiera ocurrido otra manera mejor de describirlo. Olvido y decadencia, dignidad y un extraño efecto de tiempo detenido: éstas eran las primeras sensaciones que me invadían mientras bajábamos del barco. Su aire colonial y metafísico había conseguido despertar mi curiosidad.

Me despedí de los pocos pasajeros con los que había compartido el viaje, una insoportable comisión de expertos y hombres de negocios que venían a ofrecer proyectos para el desarrollo del país y a los que yo consideraba tan culpable de mi mareo como al vaivén del barco. Ya que mis súplicas a la Providencia para que desaparecieran por la borda no habían sido tomadas en cuenta, me sentí muy complacido al deshacerme de semejante jauría.

Los primeros días que pasé en la ciudad me parecieron grises y aburridos. Como a todo inglés culto, me cansaba la civilización y no echaba demasiado en falta los excesos de la gran ciudad, pero aún no había encontrado la llave que me abriera los secretos que encerraba el país. Nada era suficientemente exótico, ni excitante, ni peculiar; nada con lo que llenar las páginas del supuesto artículo que debía escribir. Cuatro o cinco frases inconexas se repetían entre los papeles arrugados en el cesto.

Conseguí un guía que me presentó un empleado del consulado. Era un tipo extraño y hosco que aspiraba todas las eses y que hablaba un español lleno de expresiones peculiares.

Preparar el programa de excursiones con Ginés, que así se llamaba el hombre, no fue tarea fácil. La gente del país concede escasa o nula importancia a los panoramas, las ruinas, geología, inscripciones y demás, que, por ver a diario, consideran que no pueden o no deben ofrecer mayor interés al forastero.

Comenzamos por recorrer unas antiguas minas de explotación a cielo abierto de camino a casa de un compatriota de un pueblo cercano. El paisaje fue haciéndose áspero y lunar. Las terreras de colores y las diseminadas ruinas de las industrias fueron introduciéndome en un mundo sombrío y hermoso. En una curva del camino, un pintor se esmeraba ante un paisaje soso y extraño.

Poco imaginaba que aquellos personajes con los que el destino me había juntado en ese preciso instante iban a ser, uno, el pintor que atendía por Charris y el otro, mi taciturno guía, los quijote y sancho que me abrirían los ojos a un mundo paradójico y tintinesco.

Según supe después lo esotérico y lo terrenal se encuentran profundamente entrelazados en el corazón de estas gentes. Nada era casual, el destino caprichoso y nuestras vidas se encuentran siempre como la espuma y el mar.

Los dos amaban su tierra y pertenecía a esa raza de hombres que están donde quieren estar. Invisibles lazos los unían al país y eran capaces de ver lo pequeño, lo aburrido y lo normal como una experiencia enriquecedora. Los tres, ya unidos para todo el viaje, recorrimos mares de hierba pocas millas después de atravesar los caminos de Marte.

Las siguientes jornadas fueron de aprendizaje y descubrimiento: ramblas

de cañas y selva, tierra de matorral y láguena, montes verdes, fuertes abandonados, barrios en ruinas y ruinas en ruinas; playas dalinianas, peñas blancas, panoramas industriales, submarinos varados... su aire militar, cuando no se hacía cargante, le imprimía carácter y un sello que se apreciaba hasta en sus pintorescas fiestas religiosas, reliquias de superstición.

Supe lo que de griego, fenicio, romano, cartaginés, árabe y visigodo hay en la sangre de los cartageneros, de su talento para los apodos, de su arrogancia, su dejadez; de su socarronería, de la que da fe hasta su bandera. Cuentan que al declararse la independencia de la nación se izaron banderas rojas en todos los mástiles del territorio. En uno de los castillos que dominan el puerto, la única enseña roja que encontraron fue la bandera turca y así la izaron sin mayor problema. El único corresponsal de agencia que cubría la noticia de la insurrección era un francés bebedor y vividor, que había sucumbido a los encantos del asiático, la bebida local a base de café coñac y leche condensada. Unos cuantos había tomado la tarde en que mirando por el catalejo transmitió en su crónica la descripción de la enseña del nuevo estado y donde había uno vio dos: dos estrellas y una media luna rara, a modo de extraña criatura sonriente. Días después llegó la prensa extranjera con las noticias del nuevo país y su bandera y a los cartageneros le hizo tanta gracia que inmediatamente la adoptaron y bordaron estrellas y medias lunas a la bandera que ríe.

Cartagena no atravesaba uno de sus mejores momentos. La Historia le conocía mejores épocas y más gloriosas, y todo el peso de su pasado no era fácil de apreciar a simple vista: ni grandes templos ni impresionantes monumentos. El pasado se escurría por sus esquinas y bajo sus suelos, pero la gente sí se sabía antigua y heredera de siglos de tradición. Podía verse en un gesto, en una frase, en el cuchicheo de dos comadres o en las sentencias de un viejo: llamémosle información genética o fantasías del que escribe.

En pocas partes podían verse ya tantos restos abandonados a su suerte y a la de los bandidos como aquí. Esta característica que sólo agrada a los amantes del Romanticismo y del siglo XIX que quedamos, resulta tremendamente inconveniente a los escasos turistas que se adentran en la ciudad.

El orgullo que demuestran la mayoría de los cartageneros por su capital, y que los pueblos vecinos confunden a veces con altanería o prepotencia, contrasta con la dejadez y desidia con que dejan que se les derrumbe piedra a piedra entre las manos. Son capaces de formar una revuelta por un quítame allá esas pajas o una ofensa a su patrona, mientras colaboran con sus peores enemigos dejando sus calles y sus casas, su historia y su futuro a merced de la catástrofe.

Aún así, Cartagena era una mujer hermosa y harapienta, sucia y, sin embargo, incomparable en su porte y elegancia.

Ni el pintor ni mi sirviente me ayudaron a entender el carácter de este pueblo pero sí a quererlo con afecto y simpatía, con la curiosidad del viajero y del ajeno.

Pasaron los días y empecé a recibir telegramas de mi jefe que, más por extrañeza que por preocupación, me interrogaba sobre la fecha de mi vuelta y por el artículo que yo estaba seguro que nunca iba a publicar. Pero algo iba cambiando en mí, cada vez me agradaba más el discreto encanto de la provincia y lo mesurado; el mar era mi reloj y el dominó mi entretenimiento. El pescado en Santa Lucía, la barca en el Mar Menor, el atardecer entre las luces de Escombreras y los cafés en Cala Cortina; pero también los cantes en La Unión, los trovos en las fiestas de los pueblos, las grúas en el puerto y el caldero: el síndrome de Cartagena, el amor por lo cotidiano.

Iba aprendiendo que la aventura, la belleza y la ciudad están en uno. Aquí descubrí las casas de Hopper, los cielos de Friedrich, las plazas de Chirico, los bodegones de Morandi, los rojos de Ruscha, los mares de Gericault: lenguajes aprendidos con los que hablar del color, del espacio y del olor, herramientas para desentrañar la emoción y la vida mientras pasa, no después, no por otros.

Encontré en una de esas terrazas de la calle Mayor a uno de los miembros de la comisión que aún andaba por estas tierras. Iba encendido como yesca despotricando del lugar y de sus gentes, augurándoles el peor de los futuros. Cuando por fin había conseguido despertar un tibio interés en los políticos locales para sus planes de desarrollo, que incluían cárceles e incineradoras de residuos industriales, alguien había robado los maletines con

proyectos y permisos, y también todas las copias. Esto lo trastornaba enormemente, le suponía meses o años de retraso y, de paso, nos libraba a la ciudad y a mí de soportar su presencia durante una larga temporada. Al extranjero lo acompañaba consolándole uno de esos cartageneros a los que Ginés tanto odiaba, los que emigran rompiendo todos los lazos con su país y que reniegan a la menor ocasión de las incomodidades y desventajas de la república. Los bastardos y descastados, en el duro juicio del guía, que se merecían lo peor. Imaginaba algo horrible y añadía su *más se merecen* habitual.

Aquella tarde el pintor me invitó a una moraga en el Gorguel en la que algunos de sus amigos portaban sospechosas antorchas de madera, papeles y brea.

Un día me llegó un telegrama disuasorio, un ultimátum. Debía volver inmediatamente o considerarme despedido. Utilicé el telegrama para apuntarme la dirección de Dolores, la hija de Ginés. Hacía una semana que había comenzado a colaborar en una pequeña publicación local y me preocupaba más el reservar la comida en El Chupa que todas las amenazas de mi jefe. Las campanas de la Caridad tocaban a misa. En el balcón de enfrente, mi vecino Charris pintaba un cielo malva y anaranjado.

Jorge Witt

Bibliografía recomendada:
Hand-Book for Travellers in Cartagena.
Caldero. Summer Months in Cartagena
A Picture of Cartagena

Catálogo *República de Cartagena* de Charris. Ayuntamiento de Cartagena. Octubre, 1993.



Historias de playa

Me nacieron tiburón en unas aguas templadas al sur de Alborán y ni los años ni las olas lograron arrancarme la sensación de sentirme ajeno y exiliado en este mundo. Las palabras de los mayores y las leyes de la manada no fueron cadena suficiente para mantenerme alejado de los cantos de sirena de las costas. Las playas de blancas arenas me gustan especialmente y en ellas ver retozar a esos extraños animales que suelen coronar su cabeza de pelo y cubrirse de extraños y vistosos colores. Pocos tiburones creen en la reencarnación pero yo estoy seguro de haber sido alguna vez el señor que alquila los patines en alguna playa mediterránea. Me gustan las voces de los niños y los absurdos chapoteos de los humanos. Me gusta ver sus piernas sin escamas aleteando sobre mi soledad. Alguna vez hasta he encallado al acercarme demasiado a una noche de hogueras y músicas.

No entiendo a los hombres, pero tampoco los de mi especie me entienden a mí. Me gusta lo raros que son: unos gordos y fofos como medusas, otros flacos como quisquillas, unos escurridizos como anguilas y otros malos como morenas. Son dignos de estudio estos seres que en tierra caminan erguidos y en el agua se comportan como ranas reumáticas. Desde los depredadores en celo en busca de alguna hembra hasta los oscuros vendedores de abalorios, desde los ruidosos alevines a las ballenas varadas en sus tumbonas de flores; los acróbatas, los gourmets, los escandalosos, los organizados, todos ellos ofrecen entretenimiento sin fin a un espíritu observador. Lástima no poseer algún tipo de recurso que permitiera congelar alguno de los maravillosos instantes captados al vuelo de una mirada furtiva¹.

Tanto me gusta el espectáculo de esta fauna colorida que estoy pensando en emigrar a otros mares donde las temporadas de baño sean más largas. Me han hablado de un mar cálido al oeste y de unas islas donde todo son playas².

Cuando el hambre aprieta y los bancos de peces se me escurren, me gusta acercarme a una de esas playas de nudistas a saborear algunas nalgas tostadas, prietas y regordetas a poder ser, sin envolturas molestas que a veces son realmente difíciles de separar del bocadillo. Es preferible actuar en lugares distantes, pues aun-

que en ellos es natural destriparse de los modos más increíbles y por las razones más bobas, se asustan y arman mucho alboroto por un muslito mal repelado o una dentellada de aperitivo.

Sólo en una ocasión recuerdo haber sentido la crueldad en mis dientes y fue la vez que vi a la dama de mis sueños en brazos de alguien que no era yo; sentí el vacío en los brazos que no tengo y el ridículo de todo amor imposible que no quiere darse cuenta que lo es. ¿Puede un tiburón enamorarse de una muchacha feúcha y tímida? No sé allí afuera, pero en el mar y en mi corazón las historias más imposibles son las más profundas y dolorosas.

Esparcí al desgraciado entre Tabarca e Ibiza: *es fácil ser bueno cuando no se está enamorado*³.

Me nacieron tiburón y yo no pedí serlo y si pudiera ahora, en la absurda fantasía del deseo, ser algo, yo quisiera ser coleccionista de pequeñas y bonitas historias de playa.

¹ El tiburón parece añorar un procedimiento similar a nuestra fotografía.

² Puede referirse al Caribe y las Antillas.

³ Sin duda este tiburón ha leído a Cesare Pavese.

Del primo Roberto sólo tenía la memoria de una vieja foto que lo mostraba disparando en una caseta de feria junto a mis padres adolescentes. Era uno de esos parientes perdidos en la caja de las fotografías y las esquelas, los recordatorios de comunión y las invitaciones de bodas. Se le suponía en una América difusa a la que parecía haberse encaminado tras una lejana guerra.

Mi madre lo decía entrañable y músico, y mi padre loco y aventurero, pero nadie había vuelto a saber nunca más de este exótico primo al que ciertamente sólo nos unía una intrincada e indescifrable línea de parentesco. Me costó días relacionar al primo de la escopeta con el Roberto Lorca del que enviaban una notificación de la embajada cubana para mi madre ya desaparecida. El celador del ayuntamiento, que me había localizado tras indagar en antiguas direcciones, me hizo albergar esperanzas de fortunas y herencias inesperadas: el tío de América me disparaba desde el otro lado del mar una perdigonada de dólares, piñas y frijoles, plantaciones de café y daiquiris bien cargados.

La imaginación novelesca heredada de mi madre luchaba con el sentido común que mi padre había intentado inculcar en mí, haciéndome vivir unos días de vaivén y marejada.

Debía haber intuido que, desde siempre, el hondo pragmatismo de mi padre vencía a las fantasías maternas, así que no debí sorprenderme tanto al ver que la única razón por la que dos países, varios ayuntamientos y un buen montón de funcionarios se habían movilizado era para hacerme llegar un viejo cofre lleno de cosas viejas que el difunto Roberto Lorca (que Dios me lo bendiga) había querido hacer llegar a mi madre, con la que no se comunicaba desde hacía más de cincuenta años.

¿Y qué contenía tan viajero cofre? ¿Qué mensaje contenía la botella arrasada desde tan lejano continente? Fotos y discos, vitolas de puros y cartas amarillentas, una bandera republicana agujereada y unas cuantas pipas

talladas: nada con el más mínimo valor, que diría papá, la historia de una vida, que diría mamá.

Decidí ocupar un anodino fin de semana invernal descifrando el jeroglífico Roberto, así que llevé tan curioso cargamento a casa de mi entrañable amiga cubana, Silvia Molina, que era la única que podía ayudarme a recrear un mundo tan extraño para mí.

Supe así quiénes eran Arsenio Rodríguez y Toña la Negra, Cachao y María Teresa Vega, las caras negras de la gente negra que saludaban desde las portadas de los viejos discos rayados de tanto ponerlos.

*Sufro la inmensa pena de tu extravío,
siento el dolor profundo de tu partida
y lloro sin que sepas que el llanto mío
tiene lágrimas negras,
lágrimas negras como mi vida.*

Y en las fotos, a las que el primo Roberto se había dedicado a recortar cuidadosamente su cabeza, aprendí a descubrir el Malecón y Varadero, los jazmines de Cuba y las guayaberas. Sólo en una de ellas quisimos reconocer al adolescente de mi foto en la feria y en los hombres que lo flanqueaban Silvia creyó ver a Beny Moré y Chocolate Armenteros, músicos buenos de la vieja Cuba.

Así que mi padre pudo tener razón al recordarlo músico. Un tal Bienvenido Granda le dedicaba una partitura con cariño y cierta envidia: a tu diosa de la rumba.

*Es la diosa de la rumba,
alegre rayo de aurora,
trigueña fascinadora.
Cuando el cuerpo le retumba
tiene su cuerpo dulzor,
tiene su alma candela.
Para entonar el tambor
tiene sandunga hechicera.*



Banderines de equipos de béisbol, vitolas y etiquetas de cajas de ron eran las piezas más curiosas de la cosecha. Desde ellas, piratas caballerescos y exóticos animales me hablaban de otro mundo y otro color: de un siglo hermoso y una risa.

En el fondo de una caja pintada y tras muchas otras cartas mandadas desde suelo cubano, una carta dirigida a mi madre y devuelta desde una Cartagena distinta, la de Indias, llamó enseguida mi atención.

Pocos años después de su partida, Roberto escribía a mamá una carta contando alguna de sus aventuras americanas, intrascendencias y chismes, y le mandaba la letra de su primera canción, que había compuesto para un negrito amigo suyo. Con el dinero que ganara cuando fuera un gran compositor le mandaría un mantón de la China y una guayabera para mi padre.

*No puedo ser feliz,
no te puedo olvidar:
Siento que te perdí
y eso me hace pensar:
He renunciado a ti,
ardiente de pasión:
no se pude tener
conciencia y corazón.
Hoy que ya nos separa
la ley y la razón,
si las almas hablaran,
en su conversación
las nuestras se dirían
cosas de enamorados.
No puedo ser feliz
No te puedo olvidar.*

La tapa de la caja que guardaba la única carta que Roberto Lorca había escrito a mi madre llevaba una bonita vista de la Habana vieja.

Días después de mi visita a Silvia, ésta me llamó para confirmarme que la imagen había sido pintada por Wssel de Guimbarda, un pintor nacido en

Cuba que había pasado la mayor parte de su vida en la Cartagena española, la mía, y que se cotizaba bastante entre los círculos de anticuarios.

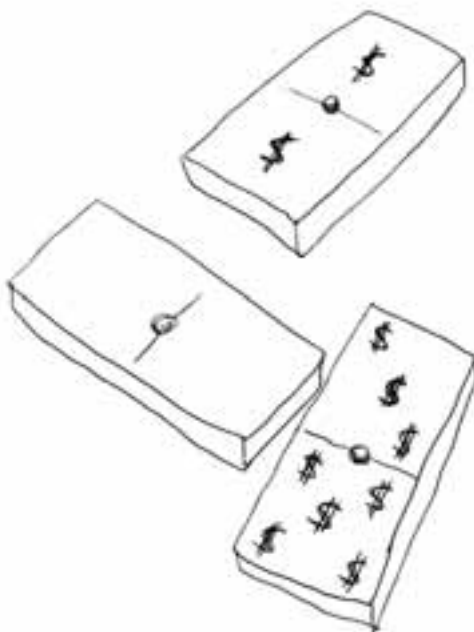
¿Qué te parece? Así que, después de todo, el viejo cofre del primo guardaba un pequeño tesoro.

Mi madre luciendo un hermoso mantón de la China bailaba conmigo un precioso bolero mientras mi padre, que jamás hubiese usado guayabera, meneaba la cabeza con desaprobación, sabiendo que jamás podría deshacerme ni de la valiosa caja ni de ninguna de las otras basuras que guardaba el cofre.

Mi padre se preocupaba por mi falta de sentido práctico.

Mi madre lo consolaba cantando:

*Eso no es ná, camará,
eso no es nada, caramba,
eso no es ná.*



El eclipse

Alicia M. detestaba a todos los miembros de su familia y especialmente a su abuela. Su padre y sus hermanos sólo le inspiraban un ligero fastidio, sus primos una irritación permanente, la maestra un poco disimulado desdén pero, entre todos, despreciaba sobremanera a la matriarca.

De ella odiaba las largas sesiones de cepillado en las que su cabeza sufría toda clase de torturas y suplicios, el largo repertorio de amenazas, acusaciones y exigencias de castigo con las que sazonaba las relaciones entre su padre y ella; odiaba su perfume dulzón y los cariños fingidos delante de las visitas. Pero todo esto ocurría a miles de kilómetros de distancia por debajo de su esmerada educación.

Alicia M. era una niña modélica, muy dotada para la música y las ciencias naturales y capitana de una banda de herederas descerebradas.

Sus inocentes diez años estaban aquella mañana ajenos por completo al bullicio que reinaba en el jardín; los invitados y el resto de la casa habían ocupado el lado norte y ella disponía de un amplio margen de movimientos en el sector desocupado.

La niña trazó un rastro líquido alrededor de una mecedora vacía y meticulosamente llenó un platito debajo de ésta. El rastro se alargó hasta unos periódicos arrugados donde la niña había establecido su mesa de operaciones. La lata de gasolina estaba casi vacía y Alicia M. esperó pacientemente hasta que la abuela se sentó, como hacía siempre en su mecedora. –Abuela, ¿me dejas tus lentes?

La anciana no respondió porque se encontraba enfrascada en una de sus continuas modorras, así que la niña le quitó con cuidado las gafas y empezó a experimentar uno de los ejercicios recientemente aprendidos en el colegio: los gruesos cristales comenzaron a condensar los rayos de sol y un leve humito comenzó a prender en los periódicos.

De pronto el barullo del jardín comenzó a subir y el sol a bajar lentamente.

te de intensidad. Su padre la llamó con urgencia.

–¡Alicia, corre, ven a ver el eclipse!

El perro sabía que ya era la hora de ocupar su lugar habitual junto a la verja del jardín. Lo venía haciendo todas las tardes de los últimos tres años, con lluvia y sol, con frío y nieve, impasible y obstinado: mi estatua de jardín, lo llamaba el dueño de la casa y enseñaba a los visitantes que intentar llamarlo cuando entraba en trance era poco menos que imposible. Y allí estaba aquella hermosa tarde la estatua de jardín, vigilando la acera de enfrente, esperando lo mismo que día tras día: a su dueño traidor. Lo hacía desde el momento en el que el viejo pescador lo dio a los encaprichados hijos de su jefe, que le pusieron un estúpido nombre de perro y le hicieron la vida insoportable durante una temporada, justo hasta que se cansaron del juguete.

Se escapó varias veces al principio, añorando los días de pesca en la barca y la compañía del viejo, pero la última vez que lo hizo encontró en los brazos del marinero un estúpido chuchó: su corazón de perro quedó tan roído como un hueso de cachorro y ya sólo vivía para ver pasar al amo y a su enemigo. Imaginaba cómo lo despedazaría a la mínima ocasión que tuviese, cómo le quebraría el espinazo y cómo no lo soltaría hasta que lo mataran a palos. Sabía que este odio acabaría destrozándole, pero la venganza era lo único que le ayudaba a sobrellevar su tediosa vida de perro de ricos.

–Sultán, ven aquí. –oyó que decía el dueño a un grupo de amigos– ¿lo veís? No se movería ni aunque un camión le pasara por encima.

Aquella tarde se le hizo extrañamente corta, pero cuando noto que oscurecía corrió a ocupar su habitual lugar en el porche. Minutos después el perro notó que volvía la luz y pensó: ¿me estaré volviendo loco?

La señora Martin enviudó cuando acababa de cumplir los treinta años. Una buena herencia y un hijo clavadito a su marido fue lo único que le quedó tras los mejores años de su vida: el resto sólo fue eso, el resto de su vida.

No le gustaba que la compadecieran y nunca demostró un dolor mayor al que las apariencias hacían necesario. Todo el mundo convenía en que nunca habían visto a una mujer con mayor vocación de viuda.

Pero a los pocos días de la muerte de su marido, ella notó un inmenso agujero en su interior que no consiguieron llenar ni su dedicación materna, ni los negocios, ni la religión. Su inmenso pantano siguió vacío durante años hasta que encontró el manantial con el que llenarlo: litros y litros de ginebra, ríos y mares que consiguieron calmar el hondo cráter de su alma. Nadie notó nunca su afición, como nadie notó nunca su vacío, y lady Beefeater envejeció entre la consideración de sus vecinos y las risas de sus nietos.

El día del eclipse la venerable dama llevaba en el cuerpo un litro y medio de trasvase.

La casa de la familia parecía una romería aquella tarde. El anfitrión, gran aficionado a la astronomía, había instalado un gran telescopio en el jardín y repartido cristales ahumados. Lo más selecto del vecindario se reunió en torno a unos espléndidos canapés y un acontecimiento único en la década: el eclipse.

Excitados y distendidos comentaban lo espléndido que había resultado y se las daban de expertos en la materia.

El señor M. echaba mano de su erudición para asombrar a la concurrencia y, de paso, consolidar su prestigio en la comunidad.

–Gonzalo ¿qué te ha parecido? –dijo dirigiéndose a uno de los invitados– Tienes que pintar un cuadro sobre esto.

–Sí, he hecho fotos –contestó lacónicamente el pintor.

En el otro lado del jardín algo llamó la atención de la inquieta cámara del invitado: una anciana cepillaba el cabello a una niña mientras un perro se tumbaba a sus pies. El señor M., atento al interés que mostraba el artista, se apresuró a informarle.

–Son mi madre y mi hija –y poéticamente embelesado concluyó– ¿No es una estampa deliciosa.

Catálogo *El año del eclipse* de Gonzalo Sicre. Ayuntamiento de Cartagena. Octubre, 1994.

Al Oeste

Al partir la naranja por su centro, el aire se llenó de cosquillas y un rocío dorado cubrió la mano de Sorolla.

–Así es Levante.

Un coro variopinto de colegas atendía las explicaciones del levantino que, apasionado y radiante, intentaba descifrarles las claves de su tierra.

–Fresca y jugosa, dulce y una pizca ácida, generosa y radiante...

En sus manos la fruta se convertía en un mundo separado en dos hemisferios, con corteza, magma y núcleo, en el que unos escrutaban con interés y otros con gran escepticismo. El valenciano repartió el planeta anaranjado entre algunos de sus colegas, hambrientos ya en los momentos previos a la comida.

En una de las mesas más largas del merendero los pintores comenzaron a entretener sus estómagos con vino de la tierra y algunos entrantes. La primavera estallaba entre las cañas y el barro de la Albufera, mostrándose coqueta y seductora ante la selecta concurrencia.

Andy Warhol cogió un salpimentero con la forma de las torres de Serrano y se decidió a salir de su mutismo.

–Pues a mí me ha parecido más así: como este bonito salero plateado. No sé... las fallas y todo eso... los petardos, el fuego.

A su lado, el del pelo rojo chapoteaba con el all i oli con un buen trozo de pan del campo. Algunas manchitas blancas salpicaron las polaroid del americano, que se incomodó ligeramente.

–Por favor, Vincent, ¿no podrías ser un poco menos informalista?

Todos coincidían en hablar de la luz y del color, del carácter alegre que a algunos les parecía entrañable y a otros superficial, del sentido hedonista de la vida... Los adjetivos se entremezclaban en una ensalada difícil de alinear: modernidad, petardeo, sensibilidad, fabulación, barroquismo y mil

etcéteras. Pero siempre sobrevolaba la charla el duende de una mediterraneidad luminosa y fascinante.

Ribera, con gesto grave y algo irritado, renegaba de la imagen fallera y pinturera, extendiéndose en descripciones del martirio de San Vicente, de saqueos y desmanes de los piratas berberiscos, de inundaciones trágicas y crecidas dolorosas y, aunque la bondad del día parecía no dar crédito a tan espantosas narraciones, un ángel negro cruzó velozmente por la reunión. Muñoz Degrain, con aire conciliador, decidió mediar en la disputa.

–Todo eso es esta tierra. El estruendo de la tormenta y el primer rayo de sol tras la calma, el color de la fiesta y el negro de la noche estrellada, las hogueras de los piratas y los salmos de los cristianos.

Una nubecilla tapó por un momento el sol y el enigmático Friedrich se levantó para contemplar el curioso efecto luminoso sobre el agua. Aivazovski se le unió en silencio.

Beuys-culo-de-mal-asiento se fijó en una curiosa libre disecada en el interior del bar. Sobre una alacena, la liebre –con anteojos, bata, pipa y mecedora– parecía interesada en las noticias del periódico. Beuys-catedrático-en-liebres la pidió prestada a la dueña del bar para darle una lección de arte contemporáneo.

–Yo lo que no entiendo –replicó Mondrian– es esa manía vuestra por particularizar, el *genius loci*, las escuelas regionales ¿Qué más da Valencia que Amsterdam, Viena o Chicago?

–Claro que da, guapo. No es lo mismo llevar en las venas sangre, horchata, hielo o fuego, –exclamó una arrogante Artemisa Gentileschi.

–O vino –replicó Caravaggio, alzando su copa a modo de brindis.

En esos momentos apareció la dueña del merendero y sus hijos portando una deslumbrante paella. Los aromas de los ingredientes sabiamente combinados se entrecruzaban danzando en complicadas volutas del humo más sabroso. La vista y el olfato se encargaban de excitar a unas bocas más que bien predisuestas. Los dorados, los verdes y los rojos, las verduras y la carne, el arroz suelto y levemente quemado por el fondo: el eterno milagro de la paella.

La oronda cocinera escondía la sentencia en el profundo valle de su

pechera, siglos de sabiduría oralmente transmitida entre pucheros:

–Señores, esto es Levante.

Vincent, arrobado y con los ojos entrecerrados, saboreando con verdadero placer cada grano, asintió.

–Amén.



Catálogo *Jove Creació*. *Colección de Arte Joven*. Generalitat Valenciana/Club Diario Levante, 1994.

La pesca en el lago Exilado

–Majestad, malas noticias. En la próxima Documenta el porcentaje de pintura bajará al seis o el siete por ciento. En el Art in America de este mes no sale ni un cuadro fotografiado: es la primera vez en la historia. Y en la liguilla de fútbol, los bricoleurs, los instaladores y los fotógrafos nos sacan más de diez puntos.

–¡Ah, bastardos! ¿Qué mierda pretenden hacer con el mundo esos descasados?

El paso de la barca rasgaba la calma del lago Exilado. El grito de un grajo se perdía entre la oscura arboleda. Los peces dormían y el rey descargaba su furia contra las pobres lombrices del cebo.

La caña de pescar silbaba en el aire en el único momento en que el monarca renunciaba a sus gruñidos y maldiciones. El lacónico asistente que lo acompañaba en sus habituales pesqueras por el lago ya estaba acostumbrado a las explosiones de ira que seguían a la narración de cualquier noticia del mundo exterior.

Desde su exilio dorado, el rey de la Pintura había jurado no volver a pisar ninguna nación civilizada hasta que la patulea de ineptos diputados y parlamentarios de pacotilla que habían derrocado la monarquía estuvieran criando cerdos en los lodazales del pantano Pompier. Siempre exculpaba a sus súbditos de tamaña tropelía –él sabía cómo lo amaban– y solo esperaba el momento en que algún acontecimiento los sacara del extraño encantamiento a que los habían sometido los políticos del reino.

Mientras tanto, la pesca de la trucha y la redacción de su *Tiariado de protocolo en las artes del ajedrez* llenaban sus veladas eternas y aburridas.

–Dicen que va a llover esta semana santa.

–Por mí como si caen sapos. Y si es en la boca de alguno de esos calabacines mejor que mejor. ¡Qué el diablo los confunda!

Una hermosa trucha mordió el anzuelo y el humor del rey cambió repentinamente de bando. El invierno regalaba una cálida tarde fuera de temporada.

–Caramba, buena pieza, ¿eh?. Vamos al Tórculo a echar unas pintas y a taparle la boca a ese insolente de De Buriil.

El Tórculo era un viejo barracón de madera que hacía las veces de gasolinera, tienda de ultramarinos, bar y taller de reparación de vehículos. Un viejo calendario pinchado en sus paredes había congelado el tiempo décadas atrás y el polvo, condensado en finas capas de historia, le daba una agradable pátina de elegancia y encanto al destartalado lugar.

De debajo de un Citroën negro modelo Tiburón salió un grasiento De Buriil. Con su mono azul impecablemente manchado y sus manos de trabajador, no era la imagen que se podía esperar del hijo del rey del Grabado, pero los tiempos nos deparan a menudo paradojas exquisitas.

–Qué, Majestad, vaya rodeo se ha dado usted para venir de la pescadería.

–Un kilo y medio por lo menos. Esto no lo has visto tú ni en fotografías –contestó un rey acostumbrado a la socarronería del príncipe mecánico.

–Bueno, bueno. Más de ochocientos gramos no pesa esa sardinilla.

Discutieron un buen rato sobre tamaños y hazañas pesqueras, pero a la tercera cerveza ya estaban hablando de tiempos pasados y nobleza de sangre. El alcohol daba alas a la nostalgia y enriquecía el arsenal de maldiciones.

–Tal vez nos adelantó la historia. A lo mejor tienen razón y no tenemos un sitio en el presente –polemizaba un resignado De Buriil más preocupado en enfurecer al rey que en defender tesis que no compartía.

–Nosotros también somos presente. Y promesa de futuro: el buen barril del mejor roble que anuncia un vino glorioso.

El rey desgranaba como en rosario las causas de su caída, que encontraba más en los vicios de la aristocracia que en el empuje de los nuevos tiempos. Culpaba a las frívolas y atolondradas herederas de la noble baronesa Abstracta del desprestigio sembrado ante la sociedad. Tan aparentes y cabezas huecas ellas, tan poco parecidas a su abuela. Culpaba también al acartonado y ultraconservador Duque del Realismo y a todos los personajes y usurpadores que habían convertido el linaje en moneda de cambio. Hablaron del tiempo de la veladura y del tema, de claroscuro y de antepasados gloriosos. Se enredaron en ismos y en santos, en bebedores de absenta y anarquistas revolucionarios.

La última luz de la tarde llenó la estancia de silencio.

–¿Y qué tal andan los príncipes? ¿Son tan malos pescadores como su padre?

La mención de sus hijos sacó al rey de su ensimismamiento. Una oleada de orgullo paternal y seguridad invadió su ánimo.

–¿Sabes que el mayor es campeón de tenis de su universidad? Y en los estudios aventaja a todos esos empollones hijos de presidentes y de dictadores de tres al cuarto.

–Sí que lo sé.

–¿Y que el pequeño ha sido nombrado explorador del año? ¿Te imaginas? Él y su pequeño grupito han conseguido arrebatarse el Rabo de Castor anual a todos esos grupos de apandadores republicanos.

–¿Cómo no he de saberlo? He tenido que oírlo decenas de veces esta semana. Casi tantas como tendré que oír lo de la trucha de hoy los próximos meses.

No había nada de lo que se sintiera más orgulloso: sabía que con ellos la monarquía de la Pintura sería restaurada algún día. Los veía crecer entre los hijos del mundo y los sabía tan preparados como el que más. En ellos veía depositados todo el honor y el saber de sus antepasados en una vida por estrenar.

–A lo mejor invito a pescar el mes que viene a ese babuino de presidente. A ver si ese engreído es capaz de sacar una trucha como ésta.

–¡Majestad, se adapta usted elegantemente a los nuevos tiempos!

–De paso podría darle un empujoncito en el centro del lago. He oído que no sabe nadar –dijo picaronamente guiñando un ojo.

El rey, alzando su jarra al aire, contento y seguro, brindó con su amigo.

–¡Por el futuro!

En la serena calma del lago Exilado la desbandada de un grupo de garzas pareció aplaudir las palabras del monarca.

Supercalifragimetafísico

-Las ideas serán verdaderas una temporada, las glosas serán aburridas, las tesis se quedarán tontas: pero las acertadas metáforas serán florecillas de los siglos, así como de desaparecidas generaciones sólo queda apenas una fibula¹.

-No está mal, pero a mí me gusta más esta: *Lo importante no es lo que se come* -le dijo *Get-Down Lucky*- sino el modo de masticarlo².

-¿Y quien es ese Lucky?

-Uff, es una larga historia.

-Caramba, Carpanta, me pillas en una mala racha.

La cara de pena de mi amigo Carpanta era amenizada con un ruidoso concierto de tripas. Debía ser la enésima vez que intentaba algún método para echarse algo al gznate y su ánimo andaba un tanto alicaído. Tanto que ni siquiera insistía con la tozudez que le era tan característica.

Me partía el corazón la mirada con la que observaba el hueso que arrasaba un chucho callejero.

-Carpanta, te propongo un trato. Tengo estropeado el televisor y ando sin pasta, de modo que seguirá así una temporada. Te invito a compartir mi cena, lo que haya, si a cambio me cuentas alguna historia que me entretenga un rato.

Mientras se iluminaba su gesto supe que iba a tener un convidado seguro las próximas noches. Con el fin de no extender un cheque en blanco improvisé una posible salida. -Pero no puedes contarme historias aprendidas. Si te copias o me traes una rematadamente mala: se acabó el condumio.

Sacó un palillo del bolsillo y se lo colocó tras la oreja.

-Bueno, ¿te parece bien o no?

Agarrándose del brazo se aseguró que enfilábamos, lenta pero inexorablemente, el camino a mi casa, o más bien a mi cocina. Sus tripas y él cantaban a coro:

-¡Supercalifragicojonudo!



UNA HISTORIA BLANCA

¿Qué le parecería un viaje a los helados paraísos del norte?

Leí por primera vez esta frase en el envoltorio de una bolsa de caramelos para la tos que me había recetado el doctor. Y volví a oirla algunos días después en las televisiones de un escaparate de electrodomésticos.

Una llanura blanca y enorme, una brisa mentolada y un gordísimo jersey de trenzas: un helado paraíso en el norte.

Busqué la bolsa en el cubo de la basura y rellené el cupón para participar en el concurso del viaje. La experiencia debería haberme enseñado a desechar cualquier esperanza para una ocasión como ésta, pero nunca aprendo, siempre acabo rellenando tarjetas y cartones, triangulitos de sopa y tapas de yogur que acaban en algún oscuro vertedero con nombre de apartado postal. Pero, sorprendentemente, una mañana tediosa de zapatillas y pijama remolones un telegrama me decía que había sido uno de los ganadores del concurso.

Recuerdo el avión, desde el que se veían los rompehielos dibujando con una fina y clara línea, y las nubes que sobrevolamos como en una inmensa réplica del cuadro de Georgia O'Keefe.

En realidad parecíamos estar convirtiéndonos en aceitosa materia pictórica. El anticuado avión de las líneas nórdicas parecía un deíneka surcando el o'keefe, el aeropuerto un de chirico medio cocido y el taxista que me llevó al hotel un otto dix más contemporáneo. No pude quitarme esa sensación en todo el viaje. En mi pituitaria, no sé si en la de los demás, el aguarrás acaba en un aroma de eucalipto, muy parecido a los caramelos de mi gentil patrocinador.

Los días y las noches eran claros y luminosos (apenas el sol llegaba a esconder un trocito de su bola) y los habitantes de Whiteville eran tan enigmáticos e indescifrables como su idioma.

El resto de los ganadores del concurso habían decidido cambiar su viaje por otro a Cancún, así que yo debía ser el único turista en aquel remoto lugar. Paseé entre géiseres, monté en trineo e hice esculturas de hielo. Perseguí conejos blancos y fui perseguido por osos igualmente blancos, y un día vi aparecer entre la niebla al fantasma de Malevitch en un gran cer-

cado próximo al lago.

Allí todo parece borrado, como en una inmensa viñeta por empezar, sin memoria ni entorno, sin sótanos ni áticos.

Lástima que el premio no incluía pensión completa así que tuve que matar a una enorme morsa que fui comiendo poco a poco. El frío conserva muy bien los alimentos y una simpática cocinera lapona se encargaba de guiarme los filetes cuando el maitre del hotel andaba viendo partidos de hockey.

-¡Estupendo, Carpanta! Esta historia bien vale un salmonete congelado. Pero, por cierto, no salgo de mi asombro. ¿Cómo conoces tú tantos nombres de pintores?

-Anda, yo fui restaurador una temporada.

-¿Además de maquinista, escalador, socorrista, sacristán...?

-Y electricista. Y astronauta.

-¿Astronauta?

-Sí, pero esa es otra historia que merece por lo menos un asado de cordero. Mientras tanto vamos a buscarle la raspa a esta sardina.

El olor a pescado trajo de los tejados a Silvestre, mi gato, que miraba escéptico dudando que aquel tragaldabas fuese a dejar algo aprovechable para mover el bigote

-Esta profesión de perito en ayunas es una birria. Cuando mejor lo haces, más hambre pasas³.

-Pues esta noche sólo hay un huevo duro para cenar.

-Bueno, te contaré una historia de medio huevo.

UNA REVOLUCION POR MINUTO

Tengo un glóbulo rojo al que le gusta mucho la gimnasia rítmica. Suele deslizarse entre sus vecinos con un elegante vaivén y un giro que, cuando alcanza su mayor rapidez, dura sesenta y dos segundos. Exactamente.

Los demás lo ignoran e incluso se ríen de él, pero el glóbulo sigue entreñándose pues su máxima ilusión sería la de dar una revolución por minuto.



Carpanta empezó pronto a practicar una treta para conseguir comer más que yo. Sacaba el tema del arte y empezaba a tirarme de la lengua. Dicen que el hambre agudiza el ingenio y él pasaba muchísima. Cuando menos lo esperaba ya estaba yo soltando monólogos y él dando buena cuenta de la ensalada.

–Si una mancha roja sobre un fondo gris es un coche viejo en una playa de arena negra ¿deja de ser una mancha? Y si en una habitación con el suelo de cemento extendemos una pala de pimentón ¿empieza a ser algo más trascendente que una viñeta de tebeo? Y si al pimentón lo llamamos Bosnia y al suelo Europa ¿subimos por ello un escalón en el nivel de altura intelectual? Y si el coche se pone en marcha y deja la playa vacía ¿conseguirá interesarnos lo suficiente como para desear saber lo que va a ocurrir después?

–Pues eso digo yo.

–Carpanta, no me estás escuchando y encima no me has dejado ni una rodaja de sandía. Ya puedes empezar a largar y además hoy pones tú el café.

SUPERCALIFRAGIMETAFISICO

Cuando quise darme cuenta, ya se me habían pegado varios cientos de palabras a la suela de los zapatos. Una enorme A con acento se agarraba obstinada ocupándome media cara. Como pude me desembaracé de unos cuantos conceptos que se aferraban a mis tobillos ¡Qué pesados! Hacía un calor de mil y un demonios: un sol del que le gusta a Induráin en las escaladas. Las palabras parecían estar hechas de plástico, de skay, de fibra, de tejidos sudorosos, de resina y miel, de barniz. Cuando me cansaba de espantar letras y signos de puntuación, hacía una parada estoica y resignada y veía llegar a la marabunta: por detrás y por delante. Algunos párrafos y frases venían juntos en una insoportable actitud gregaria.

Avancé trabajosamente hasta un lago cercano. Me zambullí en sus aguas y en ellas las palabras parecieron diluirse; al menos se despegaban y se iban al fondo, a un lodo de bocadillos de tebeo y tipografías difuntas. Haciendo el muerto en aquel mar tibio me sentí más vivo que nunca, más niño. El sol anaranjaba mis párpados cerrados y secaba las gotas sobre mi piel.

Corrí a tenderme en la arena, libre de tanta palabrería irritante y cansina. Boca abajo, emparedado entre el cielo y la tierra, creí ser feliz.

Justo hasta que entreabrí un ojo adormilado y enfoqué correctamente los minúsculos granitos de arena: eran miles, millones de pequeñas letras en un cuerpo muy pequeño. Apenas hormiguillas letradas que correteaban juntándose y formando palabras, frases y conceptos, unos huecos, otros graciosos, la mayoría innecesarios.

Decidí cerrar el ojo y no abandonarme a la paranoia. A fin de cuentas el día era espléndido y las nubecillas benévolas. ¡Que raro es todo!– pensé, y las letras de este pensamiento, manifiestamente contentas, fueron a unirse a la multitudinaria orgía de palabras que bullía bajo mi cuerpo.

–Hoy he dormido en un banco junto al Círculo de Bellas Artes. Había unas revistas muy grandes y calentitas y he aprendido un montón de nombres. Esta historia te va a gustar, es de las tuyas.

UN ARTISTA AUTISTA

De entre la enmarañada pila de apuntes, fotocopias y libros consiguió unas cuantas citas con las que sazonar su proyecto. Derrida con Lacan, Benjamin con una gota de Lichtenbergh, un eructo de Beuys con una vaselina de Oliva. ¡Caramba, qué brillante podía llegar a ser! ¡Qué imprescindible!

Henchido de gozo y satisfacción disfrutaba su gloria cuando un individuo lo aturdió. Con pajarita y camisa blanca le ofrecía una taza con una bolsita en una brillante bandeja. A su alrededor, grupos de personas se hablaban en un lenguaje ininteligible para él. Miró el techo, donde unas aspas ahuyentaban el calor de la sala; miró al suelo, salpicado de papelitos y colillas.

¿De dónde demonios han salido todos? ¿Qué quieren? ¿De qué hablan?

Recordó una cita de Nietzsche que podía sacarlo un poco de dudas.

Ante la indiferencia del cliente, el camarero apartó un poco los papeles y dejó el té en un rinconcito de la mesa.

–¿Ya está? ¿Eso es todo?

–Creía que era lo suficientemente aburrida como para que te pareciera culta e interesante.

–Muchas gracias. Tu cena para hoy será un canapé de criadillas de estornino con mahonesa a la leche de llama.

–No sea tonto. Si en realidad cuando el pedantillo reacciona y va a echar azúcar al té, del azucarero sale un alienígena de diecisiete metros con la cara de Nieves Herrero⁴ y lo engulle de un bocado, yendo a parar a su asqueroso aparato digestivo donde se encuentra a todos sus maestros citados.

–Eso está mejor. Aquí tienes tus morcillas.

...

–Los caracoles todavía no están. Si quieres ponte a leer algo que tengo que bajar un momento a la tienda.

Carpanta resistía como podía la tentación de abalanzarse sobre el frigorífico y empezar a devorar cualquier cosa comestible, pero un amigo es un amigo, así que se contentó con encender una de sus colillas y empezar a hacer aros de cebolla de humo, hamburguesas, patatas, besugos en el aire... Cogió una revista y empezó a leer por donde estaba marcado: *Temas meta-mágicos*. ¡Qué cosas lee este tío!– pensó cariñosamente.

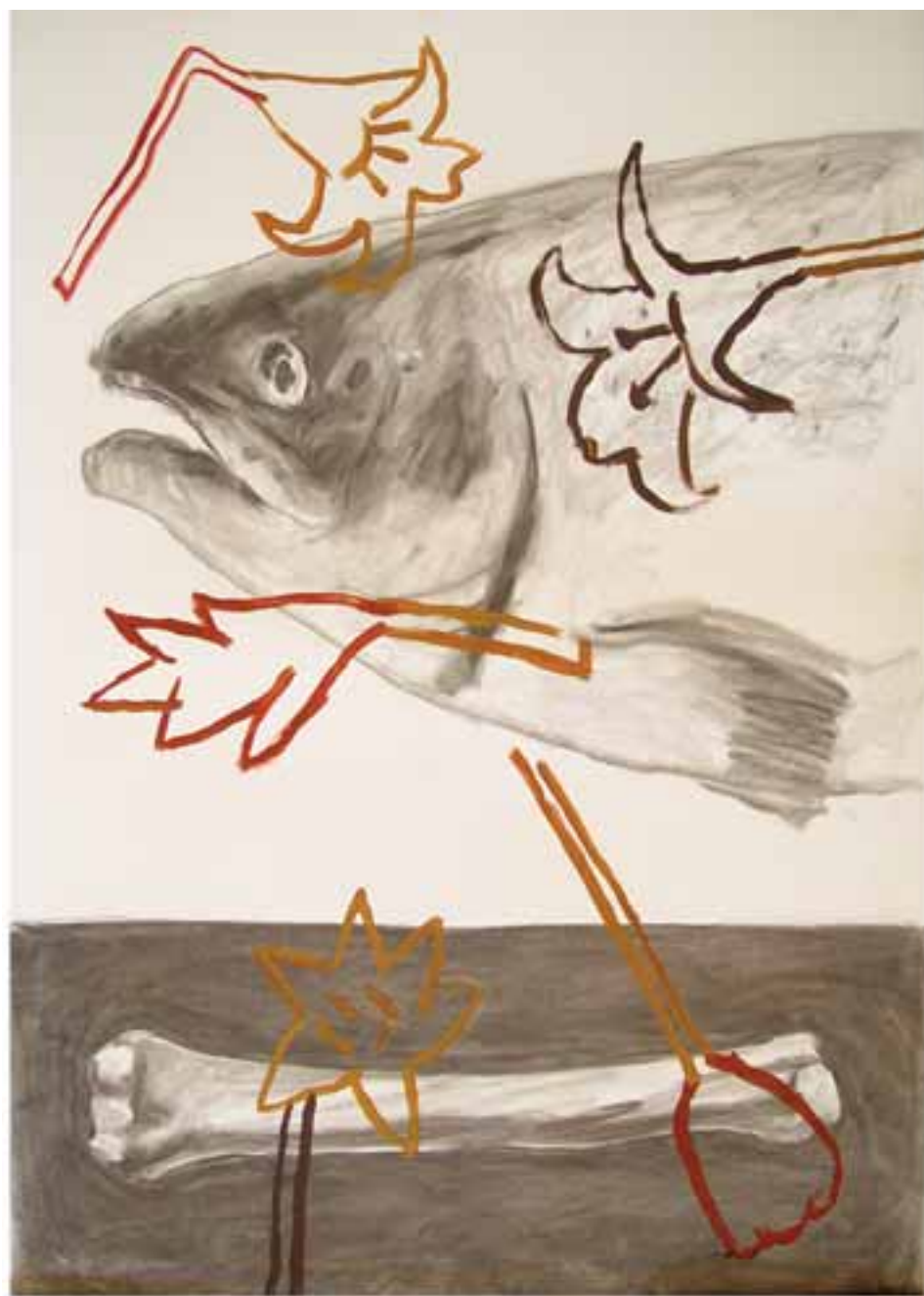
“La fabricación inconsciente de variaciones subjuntivas de un tema es algo que prosigue noche y día en cada uno de nosotros, por lo común sin que tengamos de ello noticia alguna. Es una de esas cosas que, lo mismo que el aire, la gravedad o la tridimensionalidad, tienden a eludir nuestra percepción, estando como están nuestras vidas tejidas con ellas.

(...) Para concretar este punto, permítaseme contrastar un ejemplo de deslizamiento deliberado con otro no deliberado y no accidental. Imagina que una tarde de verano Sara Adoracubos y usted acaban de entrar en una cafetería increíblemente abarrotada. A partir de ahí prosiga usted; fabrique unas cuantas variaciones de la escena, con toda la libertad que desee. ¿Que clase de cosas ocurren cuando deliberadamente desliza usted la escena hacia variantes de sí misma?

A casi todo el mundo se le ocurrirían variantes bastante obvias, construidas por deslizamiento a lo largo de lo que podríamos llamar ejes naturales de corrimiento. Ejemplos típicos son:

Pudo haber sido una tarde de invierno, y no de verano.

Pudo haber ido usted con Adán Odiasesferas en lugar de Sara Adoracubos. Pudieron ustedes haber ido a un restaurante en lugar de a una cafetería.



La cafetería pudiera estar vacía...⁵”

Carpanta entró en la cafetería donde Sara echaba a su café un cubito tras otro de consomé Maggi.

–Puagg, eso debe estar asqueroso– y pidió un par de rollos.

–¿Cómo lo sabe si nunca lo ha probado? –le respondió Sara echándose un cubito de hielo en el escote.

Un estruendo derribó la puerta del bar y un tipo armado hasta los dientes amenazó a Carpanta.

–He oído por ahí que tenemos a un tipejo al que le gustan las esferas – y con una ráfaga de ametralladora destrozó los rollos.

–¡Vamos, corra, por aquí! Ese Adán Odiaesferas no se anda con chiquitas. El camarero lo llevó a la puerta trasera donde lo esperaba un carro que, para desesperación de Carpanta, era arrastrado por un tiro de caracoles...

–Eh, vamos, despierta. La cena ya está lista.

POSTERIDAD EN EL MICROONDAS

–¿Se sabe algo de cuando va a acabar esta feria?

–Yo creo que esta tarde ya habrá noticias.

Los bedeles de la sala de reuniones del Olimpo llevaban un semana de lo más ajetreada. Desde que se supo que la fecha para decidir el curso del arte estaba próxima habían tenido que atender cientos de llamadas, telegramas y visitas.

Tenían orden expresa de no dejar entrar a nadie al edificio donde el destino, la Fama, la Historia y el Olvido estaban trazando las líneas por donde iba a transcurrir la historia oficial. Los editores de enciclopedias y libros de texto habían destacado a sus mejores corresponsales para ser los primeros en reflejar los nuevos cambios y tendencias.

–Algunos ya se ponen pesaditos. Hay un comisario de exposiciones que ya ha llamado ciento treinta veces.

–¡Pues anda que las fundaciones y los museos!

–O si no el embajador alemán: ha mandado una carta de “sugerencias”, según él, que ocupa quinientos folios.

–Y el americano, que viene escoltado por marines y se cree que está en las Naciones Unidas.

Las presiones llovían de todos lados: de los críticos, los coleccionistas, los galeristas, las corporaciones...

—Hasta han venido unos colombianos de no sé qué cártel ofreciendo dinero o balazos para que salga su candidato.

—¿Y tú qué les has dicho?

—Que aquí arriba las balas por un oído nos entran y por otro nos salen.

—¡Ja! Nunca mejor dicho.

Un timbrazo los avisó de que entraran al salón. Las decisiones ya habían sido tomadas. Unos artistas y movimientos obtendrían el reconocimiento general y otros serían olvidados para siempre, o al menos hasta que en alguna posterior reunión el Olvido cambiara de parecer. Todo estaba en un comunicado al que se iba a dar lectura en la sala de prensa.

Los fotógrafos y los historiadores se arremolinaban para ocupar un buen puesto. Los ordenadores personales y los taquígrafos esperaban la orden de salida.

—Bueno ¿y qué?

—¿Que cómo acaba? Ahora viene el postre. Los principios son los principios y un trato es un trato.

—Y no hay final si no hay principio: es decir, arroz con leche.

—Eso es.

CUENTOS JEROGLÍFICOS

Había antiguamente un rey que tenía tres hijas, o mejor dicho, que habría tenido tres hijas si hubiese tenido una más, pues la primera de ellas, de un modo u otro, no había llegado a nacer nunca.

Era, sin embargo, muy hermosa, tenía mucho ingenio y hablaba el francés a la perfección, como afirman todos los autores de esta época, aunque alguno insista en que nunca existió. Lo que sí era cierto es que las otras dos princesas distaban mucho de ser bellezas. La segunda, en efecto, hablaba con un fuerte acento de Yorkshire, y la más joven, tenía una pésima dentadura y una sola pierna, lo que hacía que bailase muy mal^f.

—Un momento, un momento. Eso es del libro que está en mi mesilla, el de Walpole. Esto es trampa.

–Maldición, me han pillado. ¡Vaya una suerte la mía!
–Te dije que no te podías copiar.
–Lo sé, lo sé. Pero es que estaba en blanco. ¡Maldición y requetemaldición!
Había llegado a acostumbrarme a las historias de Carpanta. Hacía ya días que me habían arreglado la tele y, aunque comía como una lima nueva, no podía dejar que sus tripas fueran por ahí despertando al vecindario.
–Está bien. Pero que sea la última vez.
–Ni última vez ni nada. Soy un estúpido y una palabra es para siempre. Me voy corriendo a buscar algo antes de que pasen los basureros. Todas mis insistencias fueron en vano. Desde ese día Carpanta seguía viniendo por casa pero se iba en cuanto llegaba la hora de cenar. Paseaba su hambruna por la ciudad y seguía viviendo debajo del puente. Decía que estaba pensando en irse de vacaciones con Hambrientos Sin Fronteras a Somalia o a Uzbekistán.
Siempre he pensado que Carpanta me contó aquella historia del libro para que lo pillara y acabara así nuestro pacto. Y no porque no le gustara mi forma de cocinar (puedo dar fe) sino porque, en lo suyo, es un gran artista y, como dice Lee Marvin, el hogar y las zapatillas son el peor enemigo de un artista.

¹ Ramón Gómez de la Serna.

² En *Gente Nocturna* de Barry Gifford.

³ Algunas expresiones de Carpanta están tomadas del personaje de tebeo creado por Escobar en 1945.

⁴ Presentadora de televisión popular en los años noventa.

⁵ *Investigación y Ciencia*. N° 75. Dic. 1982. Temas metamágicos por Douglas R. Hofstadter.

⁶ *Cuentos Jeroglíficos* de Horace Walpol



Radicón Robot

Un buen fotógrafo nunca descansa. Y menos los todoterreno que usamos la cámara como tercer brazo, ojo o pierna, como sombrero de mago y como hucha previsor. Puedo ser tan artista como Van Gogh y tan mecánico como una licuadora: el día que me muera quiero que me entierren en un ataúd con forma de Leika o Hasselblad (de las antiguas, de las buenas).

No entiendo la existencia a menos de dos palmos de una cámara, como un buen pistolero del Oeste. Cualquier sitio y cualquier ocasión es buena para un reportaje, así que el último día que fuimos de excursión no le hice caso a mi novia (como casi siempre) y cambié en la mochila el lugar de un par de bocadillos por uno de mis inseparables juguetes.

El tiempo no tardó en darme la razón. Un rato después de encontrar un lugar adecuado en la montaña donde instalar la tienda, comencé a avistar objetivos interesantes: jabalíes copulando para alguna revista de fauna, degradación medioambiental para un boletín ecologista... minucias. Pero, de repente, vi al gran oso blanco, el tema que me podía dar de comer este verano: en un apartado claro del bosque Barbie representaba una tierna escena familiar, carnaza fresca para el Hola, cuando mi corazón de paparazzi dio un vuelco: aquel tipo que la arrullaba no era Kent, su novio oficial, sino Bob el cuñadito recién divorciado y sus cachorros. Mi pulso seguía el ritmo del motor de la cámara. Mis pupilas comenzaban a tomar una clara forma de dólar cuando un ligero olor a chamusquina invadió la placidez de la sierra: un inoportuno fuego trastocaba todos mis planes y hacía peligrar mi vida y la de todos mis modelos.

Entre el humo y las llamas continué consiguiendo estupendas instantáneas: Barbie hecha unos zorros corriendo entre la maleza, un pirómano enloquecido riéndose con sus bermudas de amianto...

La cosa empezaba a tiznarse seriamente cuando apareció Radicón Robot, el primo de Mazingher Z que, acudiendo presto a la llamada de Protección

Civil, apagaba el fuego con su multimanguera propulsada por kriptonita: ¡menudo reportaje! Directo al Pulitzer (Time, Life, Stern...)

En el fragor de mi excitación, el humo cargado y el calor acabaron por tumbarme. Cuando desperté en una ambulancia de la Diputación lo primero que hice fue preguntar por mi cámara y poner a salvo el negativo.

-¿Cuál negativo?

Maldición infernal: hasta en las mejores familias pasan estas cosas: no había puesto carrete. Entre tirarme barranco abajo o continuar viviendo, y aprovechando que mi novia seguía inconsciente, opté por tirarle los tejos a una estupenda enfermera.

Con un poco de suerte, y su cuerpazo. tal vez podría conseguir un buen portafolio para Interviú o alguna revista así. Si no, siempre podía hacer unas cuantas polaroids guarras para mi colección particular.



Portfolio *Radición Robot* de Eugenio Vizuete en Arte Fotográfico nº 519. Madrid, 1995.



300 Exploradores

En realidad, todo esto es inútil. Lo que más importa es vivir; vivir con el corazón y la imaginación, inventar, saber, jugar. El arte es un juego. Y peor para el que quiera convertirlo en un deber.

MAX JACOB

Un pequeño pueblo de caníbales, perdido en el centro de una inexpugnable selva, decide tomar medidas ante la escasez de carne blanca que llevarse a la boca. El consejo de la tribu decide enviar a unos cuantos emisarios al punto de civilización más cercano para que corran la voz de que el pequeño pueblo esconde las claves para encontrar el tesoro más buscado de la antigüedad: el cetro del rey Picasso.

Los modernos medios de comunicación difunden la noticia por todo el mundo y la buena nueva atrae a científicos, soñadores y buscavidas de todas partes. No en vano el tesoro del rey Picasso garantizaría la riqueza, la gloria y el reconocimiento general a aquel que lo descubriese, y lo haría pasar inmediatamente a la nómina de los hombres geniales de la historia. Trescientos exploradores se dan cita en Dakar¹, el puerto fluvial antesala de la selva. Los escasos emisarios de la tribu se reparten a los expedicionarios que habrán de hacer frente a las epidemias, las fieras, los obstáculos naturales y todo tipo de peligros, sin saber que su única recompensa será el ser invitado de honor en una merienda de negros.

El juego consiste en conseguir sortear las adversidades y llegar el primero a la plaza del poblado con, al menos, un explorador para la olla. El que lo consiga será nombrado Comisario oficial de la Bienal de Arte Selvático y crítico oficial de la tribu; además tendrá derecho a comerse los lóbulos de las orejas y la palma de las manos del explorador, la parte más exquisita.

Usted es desde ahora un caníbal. Hágase cargo de su grupo de confiados y ambiciosos viajeros y sortee los peligros de la jungla que tan bien conoce. Los espíritus están de su lado: el oráculo presagia un tremendo cocido

rebotando la nueva vajilla de salacots.
Mucha suerte y buen apetito.

INSTRUCCIONES DEL JUEGO

Pueden jugar varios jugadores. Los 300 exploradores deberán repartirse entre los caníbales que vayan a jugar (Ej.: 3 jugadores, 100 exploradores cada uno). Se utiliza un dado y fichas de colores (pueden sustituirse por legumbres, conguitos, etc.) Es conveniente que cada jugador tenga un lápiz y un papel para ir haciendo las cuentas de las bajas en la expedición. Si un jugador llega a una esquina, adelantará hasta la siguiente y podrá tirar de nuevo (de esquina a esquina y tiro porque me sobra la quinina).

Con un 6 volverá a tirar de nuevo.

Si salta a la casilla ocupada por otro caníbal, éste deberá retrasarse 10 casillas y él adelantar otras 10. El adelantado no podrá beneficiarse en caso de caer en una de las casillas buenas, pero sí deberá sufrir las penalizaciones de las casillas que incluyen algún castigo.

CASILLAS

13. La suerte es parte fundamental en este tipo de expediciones. La tuya de momento no es muy buena, pero ya sabes que esto es una carrera de fondo. Pierdes 13 exploradores.

28. Un grupo de jóvenes exploradores intentan subir en marcha al primer tren que pasa, con tan mala fortuna que resbalan estrepitosamente. Pierdes 10 exploradores.

35. El gran hechicero-comisario del poblado que atraviesas ha seleccionado a tu grupo para estrenar el nuevo atajo interselvático. Adelantas a la casilla 82.

45. Un pequeño grupo de exploradores alemanes encuentran unas columnas a las que se suben para convertirse en herméticos y eremitas. Pierdes 6 exploradores.

50. Los rápidos del río te arrastran, por un afluente cercano, hasta el delta del Boccioni. Tienes que torcer por el desvío.

62 El desfiladero de la Garganta del Mal Galerista se cobra un puñado de

víctimas. Pierdes 15 exploradores.

76. Una familia de cocodrilos *Criticus Artisticus* despedaza sin piedad a unos indefensos bañistas. Pierdes 7 exploradores.

82. Los atajos tienen dos sentidos. Las prisas te traicionan y vuelves a la casilla 35.

85-87. Estás atravesando un puente de lianas. Sólo puedes salir de estas casillas con un 1 o un 2.

89. Los extraños efectos del cambio climático llegan a la sabana. Una ola de frío polar congela a todos tus viajeros antillanos. Pierdes 15 exploradores.

101. Un grupo de misioneros episcopalianos deciden convocar unas estuendas plazas de profesor en sus colonias (muy bien remuneradas). Los exploradores más pragmáticos deciden que más vale pájaro en mano que el volandero cetro del rey Picasso. Pierdes 20 exploradores.

111. Un grupo de exploradores, nostálgicos de su ajetreada vida social, se deciden a montar un party en plena selva. El olor a Armani atrae a un enjambre de abejas asesinas. Pierdes la cuarta parte de los exploradores que te queden.

119. Un grupo de viajeros desaparecidos en anteriores expediciones sobreviven como pueden en la cueva del Camino Solitario. Deciden incorporarse a la búsqueda del cetro. Ganas 10 exploradores.

127. Un extraño virus tropical hace enloquecer a un explorador que, tras cortarse una oreja, de buena cuenta de algunos de sus camaradas. Pierdes 5 exploradores.

130. Esa pequeña grieta en la montaña te lleva a la casilla 147.

147. Caramba, esa gruta no fue una buena ruta. Vuelves a la 130.

150. Tus exploradores no te hacen caso y se adentran en un pantano de aguas movedizas. Los pierdes a todos y tienes que volver a empezar, pero con el mismo número de exploradores que han ido cayendo a lo largo del juego (300 menos la suma de los exploradores que tengan los demás).

155. La fiesta organizada para festejar un triunfo que ya se acaricia tiene malas consecuencias. Te pasas con el ron y, no sabes cómo, apareces en la casilla 100.

157. ¡Lo conseguiste!



FIESTA EN DAKAR

La calle pasa con olor a desierto, entre un friso de negros sentados sobre el cordón de la vereda.

Frente al Palacio de la Gobernación:

¡Calor! ¡Calor!

Europeos que usan una escupidera en la cabeza

Negros estilizados con ademanes de sultán.

El candombe le bate las ubres a las mujeres para que al pasar, el ministro les ordene una taza de chocolate.

¡Plantas callicidas! ¡Negras vestidas de papagayo, con sus crías en uno de los pliegues de la falda. Palmeras, que de noche se estiran para sacarle a las estrellas el polvo que se les ha entrado en la pupila.

¡Habrán cohetes! ¡Cañonazos! Un nuevo impuesto a los nativos. Discursos en cuatro mil lenguas oscuras.

Y de noche:

¡ILUMINACIÓN!

a cargo de las constelaciones.

Oliverio Girondo

Este poema, abandonado en una caja de puros vacía a dos días de Dakar, es uno de los escasos rastros que nos quedan para intentar reconstruir la expedición que llevó a un grupo de visionarios a la búsqueda del cetro del rey Picasso.

La selva se tragó, en una calurosa jornada africana, las ambiciones, esperanzas y todos los pájaros que revoloteaban en las cabezas de los trescientos exploradores ávidos de gloria.

Nada se sabe de ellos desde el día que comenzaron la travesía con una gran fiesta que los medios de comunicación se encargaron de difundir por todo el orbe.

Después: la nada.

Pasó la estación seca y llegaron las lluvias y ni helicópteros, ni avionetas, ni sistemas de localización por satélite, sirvieron para descerrajar las especiales condiciones naturales y climáticas de la selva que ha sido llamada el agujero negro de África.

Las expediciones, que durante años sucesivos intentaron descifrar las claves del misterioso extravío colectivo, tuvieron escasa fortuna en la búsqueda de hallazgos esclarecedores y, algunas de ellas, corrieron la misma suerte que el objeto de sus pesquisas, perdiéndose en la leyenda y la mitología popular.

El vientre de un extraño cocodrilo, arrastrado hasta las aguas del delta –muy lejos de su entorno natural– escupió un rolex de oro sin agujas, que alguien atribuyó a uno de los buscadores del botín picassiano.

Otro año, unos antropólogos en misión de la Unesco, recogieron en sus grabadoras una curiosa melodía que alguien tuvo que enseñar a los habitantes de aquel poblado desconocido. Alguno de aquellos exploradores tuvo que ser el que le transmitió la cancioncilla que cantaban en las noches de luna nueva, y que decía:

Carabalí, no hay un corazón
que llegue junto a ti
Carabalí, no te alegra el bongó...

El cielo enmarañado de la jungla guarda los sueños de algunos hombres, nuevos soldados al servicio del rey Picasso. Cada época tiene su El Dorado y su Xanadú y, cada cierto tiempo, siempre aparece algún nativo que, en un extraño dialecto, vuelve a hablar de un cetro y de un tesoro en la selva, y a su llamada se arremolinan los deseos de hombres de todo el mundo, para los que no parece contar demasiado la extraña suerte que corrió la gran expedición de los trescientos exploradores.

¹ No confundir con la capital de Senegal.

Santa Juana son unas cuantas calles y un buen puñado de casas, una población de pescadores, comerciantes, piratas en paro, viudas y obreros, unos castillos abandonados y una orilla que ha visto llegar a navegantes de toda ralea, desde fenicios a berberiscos, de garibaldistas en retirada hasta apóstoles extraviados. Santa Juana es un verano radiante y también unas tardes de otoño mortecinas, de nubes secas y polvorientas: un volcán dormido y una queja jonda. En ella se refugian los supervivientes de los antiguos oficios: el afilador, el del arropo, el cristalero, el del carro de la luna, el filósofo, el borracho... A ella llegan los estorninos en otoño y las golondrinas en primavera, aunque cada año encuentran menos aleros donde anidar y más razones para no volver.

El pueblo tiene su inevitable calle principal, la arteria que rige la vida provinciana, por donde pasan las procesiones y los entierros, los sueños y los fracasos. La misma calle por la que pasa Florentina Cuesta cada tarde de vuelta a casa desde el trabajo, sin más novedades en su trayecto que el de alguna zanja recién abierta o un nuevo coche en la puerta de un vecino.

La primera vez que se topó con el extraño sólo fue una voz turbia a sus espaldas, un borracho de los habituales en la vieja taberna, un bulto en los escalones. Lo siguió viendo desde entonces a diario, siempre hablando en su verborrea inacabable. Aprovechaba el cristal de la pajarería al pasar, justo enfrente del bar, para ir formando en el reflejo los rasgos del individuo, por la mera curiosidad hacia lo que rompe la rutina.

Pero un viernes sucio y desastroso, de viento frío y alfileres de hielo, tuvo que fijarse un poco más en aquel hombre: el tropiezo con un ciclista de seis años le hizo esparcir todo el contenido del bolso por la acera. Mientras se arrodillaba recogiendo las mil y una chucherías inservibles, lanzó una mirada furtiva. La voz, que le pareció grave y melodiosa, declamaba:

—...sabe limpio y seco en la lengua, pero una vez dentro empieza a arder y ese

fuego dura mucho tiempo. Y eso no es todo... si se escribe con zumo de limón en una hoja de papel, no queda rastro de la escritura; pero si se expone el papel al fuego, las letras se vuelven de un color castaño y se puede leer lo escrito. Imaginad que el licor es el fuego y que el mensaje está oculto en el alma de un hombre1; entonces se comprenderá el valor del licor

Y aquel reflejo fugaz en el espejo fue formando un rostro noble y una melena cana; una andrajosa pero noble indumentaria, un insospechado brillo acerado.

–Estos son los prodigios que ocurren cuando un hombre ha bebido este licor. Podrá sufrir, podrá consumirse de gozo; pero la verdad ha salido a la luz: ha calentado su alma y ha podido ver el mensaje que estaba oculta en ella.

Y en un silencio de cien ángeles su mirada la tocó, y era azul.

Subió las escaleras que la llevaban a su ático en un arrebato de sofocos y estrellitas. Las terrazas se desparramaban a su alrededor como un tapiz de láguena; las tejas, los palomares, los vuelos de la colada se dibujaban con más claridad que de costumbre. Allá arriba cien desconocidos y una luz roja cruzaban el mar rumbo a África.

Cada tarde, al volver del trabajo, Florentina Cuesta se entretenía contemplando los cachorros de la tienda que hay frente al Pinacho. Sabía cuando faltaba algún pájaro, y quién se había llevado cada gatico. Pero ella prefería sobre todo a los perros: jugaba tras el cristal con ellos al tiempo que imaginaba el montón de inconvenientes de vivir con una mascota, de atarse a otro ser vivo.

–Nada de seres alados, ni túnicas de raso blanco. Los ángeles son perros– y al oír esas palabras supo que eran sólo para ella. –cada humano tiene su perro de la guarda. O varios. Puede que nunca lo sepa, puede que muera sin verlos, pero ellos siempre están ahí: meando en una farola o salvando la vida a un ciego.

El alcohol trababa a veces los pensamientos del filósofo.

Un vómito repentino se le anudó en la garganta. Ella, que lo estaba observando por el cristal, se volvió para ver como fumigaba sus demonios con un nuevo trago a la botella.

–Los perros son ángeles y los gatos son demonios. Pero no nos engañe-

mos: hay diablos buenos y ángeles malvados, como hay sueños reales y vidas de mentira.

El dueño de la pajarería salió con un cachorrito en las manos.

–Señorita, éste es el suyo.

Con negativas y frases de cortesía se desembarazó del vendedor, que había visto en el súbito interés de la mujer por su escaparate una mina de interrogantes por explotar.

En el escrupuloso desorden de su ático, la mujer retomó un cuadro que había dejado a medias. Pintó un perro, una mujer y un hombre.

La luz blanca de su estudio vigilaba el sueño de la colmena.

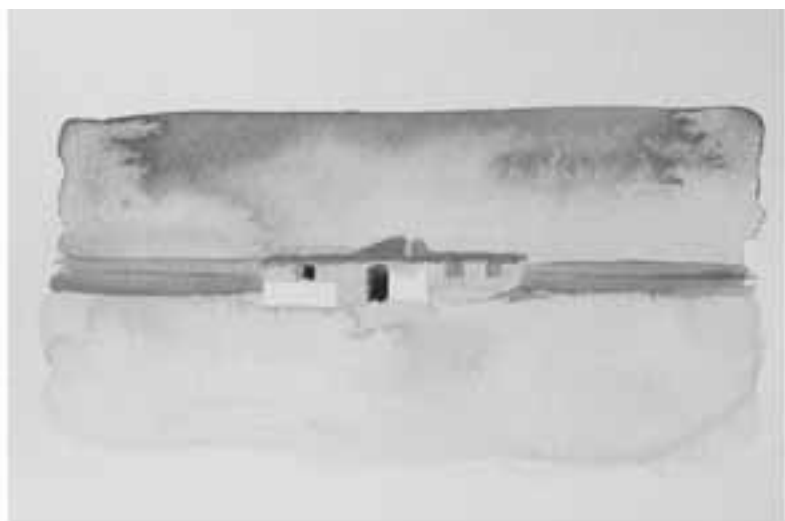
Cuando el bar cerró barriendo tras su puerta a los últimos noctámbulos, el borracho se acurrucó en un portal. No hacía frío y las constelaciones se dibujaban claramente: los toros bramaban y los centauros lanzaban flechas. Aquella noche soñó con mujeres, hombres y perros; no tosió, y al levantarse aún le quedaba algo de vino con el que empezar el día.

Los días empezaron a girar en torno a los breves encuentros vespertinos. El hombre se esforzaba en estar a esas alturas en un estado lamentable, mientras ella dividía sus pensamientos en horribles y maravillosos, mágicos y repugnantes, diabólicos y angelicales. Los cuadros se acumulaban en su estudio del mismo modo que las frases del alcohol lo hacían en su memoria. Intentaba descifrarlas y encontrar sentido a lo que a veces era puramente un disparate, un intento de impresionar o simplemente de cazar palabras del fondo de una cazuela de ponche. Los extravíos del destino y el orden de su universo se enzarzaban en una condenada disputa.

Mientras, las horas pasaban como bandadas de pajaritas de papel.

El pajarero, tras tardes de divagaciones ociosas, había decidido resolver la incógnita de la señorita del escaparate de la manera que más halagaba su orgullo: detectando interés no en los cachorros sino en la mano que mecía la cuna: la suya. Así que alargaba las charlas en la puerta de un modo que convenía a los intereses de Florentina.

Cuando el comerciante creyó que la fruta estaba madura, una tarde de ciudad vacía y tormenta, encontró un par de excusas para que ella entrara en la tienda.



Sólo el borracho, aterrizando de su habitual paseo por las nubes, vio como aquel tipo cerraba el pestillo de la tienda y giraba el cartel de *cerrado*; y como miraba a todas partes buscando en las ausencias cómplices. Sintió un trueno en su cabeza y levantándose, incomprensiblemente seguro y desafiante, avanzó hasta la puerta de la tienda y dibujó en el aire una espada con el vuelo de su botella.

Los vidrios, el coñac, los deseos, el amor, las mentiras: todo estalló en un momento, y lo único que vio, ajena a todo, Florentina fue a su caballero andante enmarcado en una puerta sin cristal, furioso e imposible, mudo de angustia.

Santa Juana tiene un puerto para piojos y una leyenda en cada calle. Cada viento tiene un nombre y nadie pregunta al forastero de donde viene ni porqué se va.

Cuando Florentina Cuesta tuvo la certeza de que no volvería a ver a aquel hombre, entró por última vez en la tienda y se compró un perro al que llamó Coco. Y en las pesadas tardes del tedio, mientras el sol recogía su caja de pinturas, aquel ángel se entretenía persiguiendo a las palomas por la azotea.

¹ Carson McCullers, La balada del café triste.

La Clave Azul

Agustín Lara, el enorme compositor mejicano, paseaba su hastío por la cubierta del barco, como aquel pavo real que se aburría en la luz de la tarde en una de sus canciones.

Su última musa dormía la resaca de los cambiantes estados de ánimo del maestro en la alfombra del camarote.

Le agradaba, aunque hiriera su vanidad, el ser tan escasamente reconocido entre los viajeros que compartían la travesía hasta su adorada España, pero empezaba a echar de menos su piano –se negaba a acercarse al manso teclado de la sala de baile– y la musa perdía día a día el olor y el brillo de la pieza recién cobrada.

En su anodina ronda tropezó extrañado con un tubo de pintura al óleo, absurdo mensaje añil en la madera, y desde las alturas una voz le recordó su letra.

–Mi paisaje triste se vistió de azul. Con ese azul que tiene usted.

Desde un pequeño saliente elevado junto a una de las chimeneas, le hablaba un joven armado de paleta y pinceles.

–¿Nos conocemos?

–Usted es Agustín Lara y yo soy otro caballero español. ¿Le importaría subirme el tubo?

Si algo molestaba al músico era la insolencia, pero adoraba que lo adularan y, sobre todo, ser tratado de caballero español. Así que el pavo real subió asíéndose a la barandilla que llevaba al improvisado estudio. Apenas podía moverse entre los fardos, el caballete y los aparejos de pintura.

–Muchas gracias. Soy un gran admirador suyo.

Lara asintió complacido y se entretuvo contemplando las obras que asomaban de una caja de madera entreabierta: formatos imposibles y enigmas esbozados.

–Usted ha nacido con la pintura por dentro –y las palabras sonaron sinceras y cálidas.

En la cubierta principal, los instructores de cricket se las veían con una

bandada de señoras chillonas y sobreexcitadas.

Desde aquella tarde los paseos del mejicano acababan en interminables charlas con el pintor, al que siempre encontraba en su puesto, según él aburrido de tanto insoportable petulante y tanto indiano fanfarrón que se tropezaba en las hamacas y los salones. Hablaban de la escasez de mujeres y del celo de sus guardianes, de las tierras españolas, de hoteles y de alfombras y, tras los silenciosos desfiles de los ángeles, de la melodía que el artista silbaba continuamente.

-¿Qué canción es esa? -preguntaba intrigado Lara.

-¿El qué?

-La canción que silba todo el tiempo.

-No lo sé.

Y las notas jugueteaban en la cabeza del compositor conjurando palabras dormidas.

*Ya se va la clave azul
se va el son del marabú*

-El mar, como todos los colosos, tiene caprichos admirables. Deja escapar en su color una tormenta de esmeraldas y en cambio permite que el sol arrulle a las palmeras.

-Maestro, eso es un poco cursi -se atrevía a decir el pintor, al que ya le eran permitidas ciertas familiaridades.

-Soy ridículamente cursi y me encanta. Otros lo son y no se atreven a serlo.

Las gaviotas de las islas cercanas acompañaban sus risas y discusiones.

El mejicano feo y el pintor solitario habían convertido la atalaya en una partida de camaradas, en un privado sometido a las leyes de la charla ágil, el buen tequila y el respeto a la excentricidad.

A Lara, como poco, los cuadros del amigo le parecían raros, turbadores y llenos de cajas secretas, que ni las escasas explicaciones conseguían abrir, pero podía sentir la fiebre de la emoción en algunos de sus cielos y sus faros, en sus huérfanos personajes: como en un afortunado cambio de tonalidad o en un acorde desesperado.

De la forma egoísta y parcial en que un creador puede admirar a otro con-

temporáneo, Agustín Lara admiraba al chico. Aunque el hecho de que no fuese músico ayudaba bastante.

Las jornadas se estiraban como el asfalto de agosto, agotando las novedades y los romanticismos navieros. En la quieta calma de los estómagos revueltos se pensaba ya más en el fin del viaje que en otra cosa. El viento traía nubes gallegas y brisas afiladas.

–Si pudiera vivir algún momento de mi vida, elegiría aquel en el que el mundo entero se convirtió en una dulce mentira. Para eso siembro, ya vendrá el tiempo de cosechar estrellas.

A veces el español dejaba enredarse a don Agustín Lara en sus interminables monólogos, se abandonaba a la pintura y enseguida volvía a sus labios la melodía que obsesionaba al músico.

–Ahí está otra vez. La tonada.

–¿El qué?

–Pues ese maldito soniquete que siempre anda cuchicheando.

–¿Yo? Aquí el especialista es usted.

Y volvía a escabullirse la melodía al limbo de las canciones y las ideas, emborronada en la niebla de los tiempos pasados y futuros.

La última tarde las sillas del salón comenzaron a moverse por su cuenta, de un lado a otro, sorteando a las damas mareadas y a los camareros equilibristas. El cielo se volvió de un gris perverso y la orquestilla fue perdiendo miembros hasta que apenas un violonchelo y un oboe ponían fondo musical a una tormenta del demonio.

Agustín Lara hubiese querido encontrarse con el pintor de no haber estado buscándole las entrañas al servicio, con la ayuda de una musa con vocación de enfermera. Había notado un deje extraño en el amigo, una mirada velada, un amargo sarcasmo al trastocar sus citas:

–Si pudiera elegir un momento para mi muerte, elegiría aquel en el que el mundo entero se convirtió en una dulce mentira.

Al músico le pareció ver al chico hundiéndose entre la espiral de restos que se precipitaban por la taza hasta el fondo del negro océano. Allá afuera los truenos marcaban los compases del gran vaivén.



Al clarear el día, cuando el mar había vuelto a enseñar su cara plácida y sus buenos instintos, el compositor se puso a buscar al otro. Como nunca había llegado a saber dónde se alojaba, pidió la lista de pasajeros al encargado, pero se dio cuenta que tampoco sabía su nombre. Subió a la chimenea y no encontró ni rastro del estudio. Corrió los salones y las barras, las cubiertas y las cocinas y no lo encontró. Preguntó al capitán y a los pasajeros: todos lo habían visto pero nadie sabía quién era.

Con la audaz estrategia del polizón osado había llegado a hacerse tan presente e inevitable como el salitre y como la humedad. Y con la misma facilidad se había evaporado con los primeros rayos de sol tras la tormenta. La policía estuvo investigando cuando el barco atracó en su destino.

El maestro esperaba apoyado en la baranda mientras las sirenas de los barcos, que festejaban el día de la Virgen del Carmen, comenzaron a entrelazarse y a dibujar una melodía familiar. Nadie más parecía oírla pero el compositor agradeció el regalo al vuelo: por la hendidura de su cicatriz se deslizaba la partitura de una de sus nuevas canciones.

*Ya se va la clave azul.
Ya se va, no volverá
jamás, pero jamás la clave azul.*

Los primeros pasajeros comenzaban a descender del Siboney en el puerto de Santander.

NOTA: Algunas de las frases atribuidas a Agustín Lara están recogidas del libro Agustín Lara de Paco Ignacio Taibo I, Ed. Júcar, Gijón 1985.

Catálogo *La clave azul* de Charris. Galería Siboney. Santander, 1996.

Lolita en el país de las maravillas

El Hotel de las siete estrellas acogía a una fauna de lo más variopinto, desde cazadores de tormentas hasta atracciones de feria ambulante, actrices glamurosas, oscuras familias de provincia, caballeros de fortuna...

Debía su sólida, aunque minoritaria, reputación tanto a la calidad de su servicio como a la discreta profesionalidad de su personal. Decorado con clase y valentía –no exenta de cierta afición a los excesos– el hotel era una rara avis en la era del turismo masificado y la hostelería de mercadotecnia. La primera vez que Lolita se hospedó en él, arrastraba unas gafas oscuras, una tonelada de equipaje y una historia para olvidar. El sol se filtraba entre las persianas de la recepción, llena de relojes parados, vacía, con un precioso timbre cromado en el mostrador que invitaba a su uso. Un conserje apareció al poco y ofreció sus sonrisas y su amable disposición a la dama. –Quiero la habitación más bonita.

–Nuestras siete habitaciones son bonitas. Y diferentes –contestó el hombre– y casualmente hoy están todas disponibles.

–Pues quiero verlas todas.

Un botones, vestido de rojo y oro, la acompañó por las escaleras con un manajo de llaves grandes y pesadas. Cuando llegaron a una gran puerta con la inscripción *Mavi Escamilla*, una campanilla sonó desde el hall.

–Señorita, ¿le importaría disculparme? Me reclaman en recepción –el botones se azoraba un poco ante la insistencia de la llamada– Si no le importa, puede verlas usted misma. Las llaves llevan un grabado con las iniciales de cada habitación.

Lo que podía ser una descortesía del personal, a Lolita le pareció fascinante: todo un hotel vacío y un racimo de llaves con que destriparlo.

Abrió la primera puerta. La sala era amarilla y roja, los tapizados de los sillones eran de piel de marinero tatuado, las telas de raso, los espejos de escandalosa pedrería. Cotilleó los cajones de los armarios –lo primero que hacía en estos casos– y los encontró repletos de pistolas con la empuña-

dura de nácar, armamento variado y munición.

–¡Fantástico!

Tras la inspección del cuarto de baño, encontró irresistible una grandísima bañera de bronce dispuesta para su uso. Sin pensárselo mucho, se desnudó y se deslizó entre la espuma, pero extrañas franjas y estrellitas comenzaron a aparecer y desaparecer ante su cuerpo, tapando sus desnudeces, sus ojos, su boca. Continuaron molestándola sobre el albornoz y decidió consultárselo al jefe, pero no antes de haber visto el resto de habitaciones.

La puerta con el nombre *Joël Mestre* escondía un mundo de grises nocturnos, con lucecitas y letreros parpadeantes, dígitos fosforescentes de un estilo más low que high tech. Un curioso muzak sonaba en los altavoces del hilo musical. Lo que más le gustó a Lolita fue la réplica de la chacha robot de los Supersónicos que, siempre atenta a sus requerimientos, la seguía a todas partes por la suite.

Si allí todo era penumbra, en la habitación *Margarita Ariza* todo era luz y transparencia, reflejo e ilusión. La ilustre visitante enloqueció con una cama con dosel sujetado por enormes pintalabios acuosos llenos de bocas sonrientes. La luz jugueteaba entre las sillas y los muebles traslúcidos, entre los patos y las arañas de poliéster. Entre tanta luminosidad sucedió lo peor: Lolita perdió una lentilla.

Subió el botones trayendo un gracioso monito vestido igual que él y en un periquete la encontraron. Aunque sólo eran unas lentillas para colorear sus pupilas, ella se puso muy contenta y, sacando del bolso unos cuarzos tallados en forma de elefante y cacahuete, se los regaló a los pequeños.

–¿Y aquella puerta adónde va?

–Se comunica con la *PDLT*.

–¿Y eso que es? –preguntó intrigada.

Y haciéndole un guiño, el muchacho la llevó a la habitación *Paco de la Torre*, un mundo geométrico y paradójico, como un gran juego de arquitectura hecho de memoria y de trampantojos.

Descansó un rato en el sillón oreja y le pareció ver a unos hombrecillos arrastrando triángulos debajo de la cama. Al dormirse, soñó con cactus, y las campanadas de un reloj escondido fueron transformándose en los golpes que el conserje daba en la puerta.

–Señorita ¿puedo preguntarle si se llama usted Goncharova? ¿Lolita Goncharova?

–Pues, sí...–contestó dubitativa.

–Hay alguien que pregunta por usted. Dice que es de la policía.

–Pues entonces no soy Lolita Goncharova.

–Entiendo. –asintió cómplice.

El conserje bajó a convencer al madero de que su investigación andaba equivocada, pero las artes interpretativas de aquel no parecía convencer al curtido olfato del sabueso.

Cuando la rusa oyó los pasos que subían se metió en la primera habitación que pudo, la de *Gonzalo Sicre*.

Tras las ventanas se presagiaba una tormenta terrible; de las paredes pardas colgaban fotografías de grupos familiares, escenas de playa y lo que parecía un *rembrandt*. Los armarios guardaban toda clase de trajes y uniformes, insignias y sombreros. Lolita pensó en disfrazarse de algo, cuando unos arañazos le llamaron la atención. Venían de una pequeña puerta bajo una mesa de despacho con un letrero que decía: Tupa. Al abrirla salió una cariñosa perraza peluda.

–Tú te vienes conmigo –y colocándose una pamelita y un traje anticuado salieron al pasillo intentado esquivar a su perseguidor.

–Pues sepa que la tal Lolita es una de las ladronas de guante blanco más buscadas del Mediterráneo. Acaba de pegar un buen bocado en Montecarlo –dijo el policía a un conserje convertido en la viva imagen de la inocencia.

El plan de fuga parecía estar saliendo a la perfección cuando las perras pasaron junto a los dos hombres pero el conserje, no sólo la reconoció, sino que se percató que el pantalón arremangado bajo el vestido comenzaba a ser peligrosamente visible. Lolita se dirigía mansamente a su perdición: otros dos policías que esperaban en la entrada.

–Señorita Lempika, su marido ha dejado un recado para usted –y ahí el encargado estuvo rápido de reflejos– Quiere que la espere en su suite.

Venga por aquí, yo le abro, y no se preocupe por su perrita que nosotros la sacamos a pasear.

Y abriendo la suite *Equipo Límite* le salvaba el pellejo momentáneamente. Lolita pensó que, definitivamente, le gustaba mucho este hotel.

La habitación era alegre y luminosa: una feria con espejos y barracas. Cada mueble era una sorpresa de santos y juguetes, cada cortina una cascada de bordados multicolores, cada lámpara una falla, cada detalle un homenaje al horror vacui. Se hundió en la cama de peluche y plumas de marabú, hasta que se percató de que el coche de policía se había ido.

Al salir al pasillo vio entreabierta la última habitación –Charris– y la curiosidad pudo más que los peligros que la acechaban. Decidió echar una ojeadita.

Las paredes eran acristaladas y se veía todo el valle. Con el potente telescopio que habían instalado en un rincón se podía ver la nieve en las montañas, el desierto, el mar; el suelo dejaba ver el acuario del hotel y por el techo, igualmente transparente, planeaban aviones y dirigibles. Era, sin duda, una habitación con vistas.

Se había entretenido contemplando la curiosa colección de muñequitos de conchas, cuando notó una oscura presencia a sus espaldas. Lentamente, haciéndose la distraída, saco su pequeño revolver del bolsillo y se volvió amenazante hacia la visita.

–Puede usted guardarse eso. Los señores ya se han ido – contestó el conserje sin inmutarse– Y ahora que ya ha visto nuestras instalaciones ¿podremos contarla entre nuestros ilustres huéspedes?

–Por supuesto. He de felicitarle por tener un hotel tan encantador, señor...

–Ramón, llámeme sólo Ramón –dijo el hombre en un ambiente que se había vuelto cordial y distendido– ¿Puedo preguntarle qué habitación ha escogido?

–Me quedo con todas. Traigo mucho equipaje y necesito un buen descanso. Creo que disfrutaré una temporada de su hospitalidad.

–Encantados de servirla, señora Lempika –y con un pícaro gesto el conserje supo que sus servicios serían recompensados con una generosa propina.

Lolita encendió un cigarro con su Dupont de oro y después se lo regaló gustosa a su encubridor.

Las siete camareras del hotel, todas llamadas Estrella, comenzaron a preparar las habitaciones.

En La Naval nº 2. Prensa de la República de Cartagena. Febrero, 1996.



¿Quieres hacer el favor de callarte de una vez?

Próxima estación: VILLACHATARRAS.

El metro siempre iba congestionado a esa hora. Un invidente tunecino se esforzaba en destrozar *Doce cascabeles* a lomos de un acordeón enrobinado, los viajeros aguantaban y sus oídos padecían. Alguien jugueteaba con un zippo remolón.

En una esquina del vagón Juan garabateaba en una libreta mientras sus vecinos intentaban fisgar por encima de su hombro. Su pequeña cámara portátil los alejaba oportuna con su flashazo. El rotulador bailaba una polka desafinada sobre el papel de dibujo.

—Una vez en Benidorm me hicieron un retrato. Eran unos chicos que tenían unos dibujos estupendos de Linda Evans y de los vigilantes de la playa, como muestra, ya sabes. El mío no me gustó mucho. Me hacía más vieja. ¿Has estado alguna vez en Benidorm?

Parecía imposible sacarla más vieja y parecía imposible que alguna vez se hubiera estado quieta el tiempo suficiente para hacerle un retrato.

Próxima estación: RUE DEL PERCEBE.

Las puertas se abrieron y por ella entraron una pandilla de adolescentes derrochando acné y testosterona. Su alboroto le hacía más fácil el trabajo al carterista que pretendía robar a un viejo paleta de provincias: en el interior de la cartera mugrienta sólo le esperaban las fotos de una burrita con sombrero y de Rosita Amores en todo su apogeo.

Allá en el fondo Dan Cameron escuchaba a Camarón.

—¿Así que eres pintor? Me tienes que regalar un cuadro. Es por si te haces famoso.

La bruja continuaba hablando sin parar: de su ciática y su sobrino, de los robos y peligros del presente y de televisión, sobre todo de televisión.

Juan se quedó mirándola un instante. Concentrando su interés, empezó a dibujar a la señora.

La súbita atención del pintor envaneció a la modelo.

–Te voy a cobrar por posar.

Unos ejecutivos japoneses probaban un nuevo jueguecillo porno en el teclado de su ordenador de maletín. La luz falló un instante y el vagón pareció por un momento un velatorio.

Cuando el pintor daba los últimos toques al dibujo la monjita de al lado se persignó. La señora insistía en su verborrea.

–Cuando era joven decían que era igualita a Kim Novak. Y mis primas no querían salir conmigo porque decían que les quitaba los novios.

La impaciencia empezaba a comérsela.

–Pero ese dibujo me lo tienes que regalar. Por si te haces famoso. ¿Tu has estado alguna vez en Benidorm?

Cuando Juan le enseñó el retrato la señora se puso verde y dejó de hablar por un rato.

Guiñando los ojos el pintor notó que algo faltaba en el dibujo y añadió un par de marcianos en el súper. Parecía estar medianamente satisfecho así que guardó el cuaderno y desempolvó la cámara.

Un grupo de centroafricanos que comentaban el partido de sus selecciones rodearon a Kim Novak.

Próxima estación: CARTAGENA.

Un pescador con sus útiles le hablaba a un perrito blanco y negro con pañuelo. Juan le hizo una instantánea y el perro comenzó a hacer piruetas. Un senegalés sacó un hueso de plástico de su bolsa y se puso a jugar con él. Los fogonazos del flash detenían el tiempo y en la cabeza del pintor los cuadros iban y venían sin saber muy bien cual podría atrapar y cual no. La congelada voz femenina anunció la estación y los actores se bajaron de la escena.

–Yo no sé cómo dejan subir a animales y a cierta gente, lo mismo da, en el Metro. Es insalubre. Y no es que yo tenga nada contra los animales, ni contra los negros o los gitanos...

El metro había subido a la superficie y pasábamos por un trayecto de bloques de viviendas setentones y parques post-democráticos. Los aparcamientos del hipermercado servían de improvisado estadio de petanca a los jubilados.

–...O si no a los drogadictos. A esos sí que había que meterlos a todos en un barco.

A esas alturas mi habitual prudencia se soltó definitivamente la faja: No podía soportarla más. El bueno del vasco también se encendía por momentos.

–Píntala otra vez, Juan. Y dile que se calle de una vez.

La monjita pareció asentir desde su hábito. Dos faxes muy trajeados comentaban su viaje a Port Aventura. Muy sutilmente, un libro de filosofía le tiraba los trastos a una novelita rosa



Catálogo *¿Quieres hacer el favor de callarte de una vez?* De Juan Ugalde. Ayuntamiento de Cartagena. Enero, 1996.

Un raro veneno

El surrealismo es un raro veneno.
Salvador Dalí

Sucede siempre de noche, en la calma que sigue al estruendoso concierto de la banda de basureros, cuando las estrellas más parpadean y el estudio duerme su resaca de agurrás.

Es entonces cuando aparecen –sus voces primero y sus impertinentes modales después– los simpáticos camorristas, los tristes y lunares, los maniáticos y adorables artistas del pasado.

Dejó de extrañarme el ver convertido mi lugar de trabajo en la excéntrica caverna platónica, en la jaula de grillos que muchas veces parece, el día que pude conjurar mi miedo con el estúpido chiste que un Picabia especialmente inspirado soltó de improviso. Ya no lo recuerdo, pero nos partimos de risa: ellos y yo, las familiares presencias y el artista impresionable. Aquella noche estaban también De Chirico, Miró, un japonés del que no recuerdo el nombre, Rockwell Kent y un servidor.

Desde aquel día, casi siempre estoy acompañado. Del país de las sombras vienen a verme los príncipes y los paletas, los héroes de las enciclopedias y los anónimos artesanos de la historia, y de todos aprendo los enigmas y los trucos, los juegos de manos y las concienzudas autopsias del alma.

La lluvia, escasa y siempre sorprendente en esta república, empezaba a despertar a los gatos remolones. Subía un olor a tierra mojada y a zotal redívivo.

Dejé el balcón abierto para que el canto del agua acompañara a los chelos chaplinianos.

–Caramba, chico. Ese cielo es igualito a uno que fotografié en Hungría en el cuarenta y siete.

Ruidosos y envueltos en una nube de tabaco se colaban los pintorescos miembros del Club del Bourbon. Así era como yo llamaba a los fotógrafos de los viajes y la aventura, de entre los que sobresalían los fanfarrones del National Geographic.

—¿Con esas nubes? Calla, calla, si tu no has sacado un cielo sin quemar en tu vida.

—Ya. Y por eso gané el Pulitzer en el cincuenta y nueve.

—Por una foto de un mandril borracho.

—No, por la de tu padre subiéndose a un árbol.

Llegan en pandilla, siempre dándome consejos de luces y sombras, de cascadas encabritadas y desiertos infernales. Desgranan sus batallitas entre ríos de Four Roses y Jack Daniels, y siempre tienen una frase aguda y una cita picante con la que distraerme mientras pinto.

No sé como se enteran, pero el día que vienen los fotógrafos siempre se dejan caer los del otro Club, el de la Absenta: ilustradores y grabadores decimonónicos, igual de viajeros y resistentes, románticos y con un lenguaje deliciosamente pasado de moda.

—Sus tribulaciones son cuentos de damisela. Tenían que haber estado en la fiebre del oro de California.

—Oye, tú, fray-buriles, que yo estuve en la de Klondike, a sesenta grados bajo cero.

—Oh, ya veo. Y debió cansársele mucho el dedo disparando su maquinillo de daguerrotipos.

—A ver si se me dispara este puño a tu jeta.

Pero todas sus disputas acaban en nada. Después, cuando los licores empiezan a actuar como embajadores de la tremenda amistad de—toda—la—vida, todos acaban entonando el himno que comparten:

Oigo el tambor del África
y la cascada en el Iguazú,
gritos de lobos hambrientos
y tigres sin amaestrar.
Siento el ardor del sol en el Sahara
y la fina lluvia de la estepa siberiana.
Masco tabaco en Colombia

y bebo Tecate en Cancún.

Y en las noches claras de plenilunio,
siento el batir de mosquitos tras el tisú.

Y poco a poco el estudio se va vaciando de presencias.

Siempre queda algún rezagado destilando alguna lágrima furtiva en la hora de los cuentos tristes y las esperanzas defraudadas. Algunas de esas historias y de esas fotos arrugadas en un rincón de sus carteras, son las que yo guardo con especial cariño. A veces las veo posarse en algunos de mis cuadros y entonces no tengo más remedio que tomarme un chupito de absenta con bourbon –tremenda porquería– a la salud de la rumba, del mambo y del cha cha cha.

Las noches de luna llena son especialmente conflictivas, sobre todo si he estado pintando todo el día y el aire es fresco, como de nalga de bruja y losa de cementerio.

Llega primero Dalí, y luego suelen venir Tanguy, Calder, Magritte, Buñuel y García Lorca, Apollinaire... enemigos que la leyenda hace irreconciliables, amistades imposibles como Groucho Marx y Caspar David Friedrich.

Van y vienen por mi estudio, del sofá al frigorífico y de los libros al compacto. En buena compañía charlan y discuten, y se empeñan en retocarme esta o aquella parte del cuadro.

Todo va bien hasta que llega André Breton del brazo de la reina de corazones. Se hartan de excomulgar y de hacer rodar cabezas, y la gente empieza a aburrirse.

–Giorgio de Chirico: que le corten la cabeza.

Algunos empiezan a cuchichearme despedidas de compromiso y atraviesan las paredes más aprisa que el correcominos.

–Salvador Dalí: que le corten la cabeza.

Y en un momento queda sólo la extraña pareja, sin sospechoso al que condenar ni público que los soporte.

Después de pedir mi cabeza los veo alejarse hacia algún otro estudio menos permisivo.

A veces encuentro una oreja en la paleta y ya sé que al rato vendrá Van Gogh a recogerla. Creo que lo hace a propósito para que no me sienta tan

solo. Entonces me regala uno de sus interminables monólogos salpicados de diamantes.

–Por el hecho de que durante mucho tiempo he trabajado aisladamente, me imagino que, si quisiera y pudiera aprender algo de los otros y hasta recibir préstamos de su técnica, continuaría siempre mirando con mis propios ojos y teniendo mi propia manera de concebir:

Que probaría a aprender algo, nada más cierto¹...

–Me impuse normas luminosas y firmes como un cerco de espadas. Azoté sobre el alma desnuda y sangrienta con cingulo de hierro. Maté la vanidad y exalté el orgullo. Cuando en mí se removieron las larvas del desaliento y casi me envenenó una desesperación mezquina, supe castigarme como pudiera hacerlo un santo monje tentado del Demonio.

Salí triunfante del antro de las víboras y de los leones.

Amé la soledad y, como los pájaros, canté sólo para mí.

El antiguo dolor de que ninguno me escuchaba se hizo contento. Pensé que estando solo podía ser mi voz más armoniosa, y fui a un tiempo árbol antiguo, y rama verde, y pájaro cantor.

Si hubo alguna vez oídos que me escucharon, yo no lo supe jamás. Fue la primera de mis Normas².

Las palabras de Valle-Inclán nos sumieron en un desconcertado silencio. Quien más y quien menos, amábamos la soledad. Pero el claxon de Harpo nos trajo de vuelta al mundo.

Empeñados en recitar sus textos en idioma original, los poetas acostumbran a hablarse en lenguas desconocidas para mí, convirtiendo la tranquilidad de mi estudio en una confusa torre de Babel. Las palabras trenzándose producen una musiquilla arrulladora, a veces me parece escuchar unos versos con ritmo de bolero:

Soy un torrente fiero.
Soy, hoy, un tren en marcha,
un viento fuerte,
brazo de mar,
tornado.
Soy una máquina



de dispar metáforas,
pequeños globos,
ideas.
Soy un pirata
entrando a saco,
rescatando el cofre
que por ley me pertenece:
mi fiel tesoro,
mis obras.

–Sucede siempre de noche, en la calma que sucede al estruendoso concierto de la banda de basureros.

El médico me escrutaba desde un enorme sillón enmarcado por caobas y orlas, títulos ininteligibles y trofeos de tenis.

–Está bastante claro. Y ha hecho usted bien en venir a tiempo. Cuando se empieza a soñar poemas, el daño puede llegar a ser irreversible.

Había decidido acudir al médico ante la insistencia de los amigos de confianza a los que había contado lo de las visitas. Hasta el más esotérico había decidido que aquello no era normal, así que me recomendaron a un doctor que luego me mandó a otro, y éste me mandó a un tercero.

Me daba un tremendo pudor ir contando las confidencias que me habían hecho las habituales presencias nocturnas, sin contar con el complejo de bicho raro que me entraba al ver la cara de los especialistas.

–No se preocupe usted, lo suyo es un clarísimo caso de fiebre del óleo.

–¿Fiebre del óleo?

–Efectivamente. Suele afectar a personas que, como usted, están sometidas durante largos periodos de tiempo a las emanaciones de esencia de trementina, de cadmio, plomo y demás guarrerías con las que ustedes trabajan.

–¿Fiebre del óleo? –repetí incrédulo.

–Olvídese de pintar durante una temporada, márchese al campo o a la playa, al Caribe si hace falta, y dentro de unos meses, cuando vuelva a pintar, procure airear suficientemente su lugar de trabajo. Porque imagino que será inútil pedirle que abandone la pintura, la pintura al óleo al menos.

–Totalmente inútil.

Mientras el médico extendía una serie de recetas de complejos vitamínicos supermineralizados, ya empezaba a echar de menos las apariciones. Sólo por decir algo se me escapó un pensamiento:

–La pintura es un raro veneno.

–Y si no que se lo digan a Fortuny, que murió a consecuencia de su costumbre de chupar el pincel que empapaba con una acuarela altamente tóxica.

Recordé que una de aquellas noches de la vigilia gloriosa, Fortuny me había contado que esa leyenda era una estupidez y que había muerto de algo totalmente diferente y que no viene al caso.

Recogí el sobre de las recetas y, después de pagar la abultada cuenta del matasanos, la tiré a la primera papelera con la que me topé. Tras sopesar los peligros y los temores, las feroces competencias y las temperaturas extremas, el peligro del fracaso y los riesgos del intento, decidí que bien valía la pena pasar tantas penalidades si al final del camino se me ofrecía la promesa de una hermosa y deslumbrante pepita de óleo.

1: Vincent van Gogh, Cartas a Theo.

2: Valle-Inclán, La lámpara maravillosa.

Así les pilló el siglo

Era diciembre y el frío cristalizaba en una incoherente procesión de gotas en las ventanas. O a lo mejor era verano y las golondrinas buscaban sus antiguos nidos bajo las persianas recién instaladas.

Aquella noche el Atlético de Madrid ganó su última liga. ¿O fue aquel otro día en que una bomba acertó en la diana de un supermercado en Sarajevo –de lo que dio buena cuenta el telediario de los noctámbulos, ensangrentando una noche de estrellas parlanchinas y cielo serenísimo?

Ya de madrugada, el estudio de Dora Catarineu era un plácido campo de batalla, un Belchite de óleos y papeles, un cuadrilátero silencioso abarrotado de brochas y cubos exhaustos. La asistenta le había aconsejado proteger con algunas hojas el maltrecho suelo del estudio, y la pintora había esparcido toneladas de periódicos que lo convertían en un mar de dunas impresas.

En el momento en que, rendida por la lucha contra los bastidores y las tablas, comenzaba a emigrar al territorio de los sueños, la velaban desde el alfombrado Miguel Induráin, Broto, Zubizarreta y un montón de políticos aguarraseados. De entre el caos comenzaban a emerger los cuadros que iban a formar parte de la exposición: una serie de retratos de escritores y un gran fresco de la generación del 98, entre los que destacaba, como su particular faro, la figura del abuelo Ricardo, flanqueado por Azorín y en medio de una selección de leyenda: Unamuno, Benavente, Pío y Ricardo Baroja, los hermanos Álvarez Quintero, su compadre Manuel Bueno, Valle-Inclán...

Ahí estaban todos, rodeando solemnes el modelo que los había inspirado –una foto en tonos sepia milagrosamente salvada de la lluvia de salpicaduras y goteos que acompañaba al brazo ejecutor de la pintora.

Desde la foto, tomada en torno a mil novecientos, convenientemente numerados e identificados, una pandilla de bigotudos trajeados de paño contemplaban la visión que de ellos acababa de terminar Dora.

–No es posible que ese monigote de ojos saltones sea yo –comenzó a gruñir un bisoño Baroja de talante malhumorado.

–Mi nieta es una artista –terció el abuelo Catarineu– Ella no retrata la realidad, inventa una nueva. Deberíais estar agradecidos de que a estas alturas todavía se acuerde alguien de nosotros.

–¡Claro, como a ti te ha puesto más guapo de lo que eres! ¡Cómo se nota que es de la familia!

Los Quintero suscitaban sonrisas a costa de su peculiar gracejo.

Mientras se alborotaban en la bulla, considerando la interpretación que de ellos había hecho la pintora, una sonora voz irrumpió de otro de los pequeños cuadros del fondo.

–Cállense ya, pandilla de alfeñiques presuntuosos. ¿Qué saben ustedes del arte? Apenas son unos fantasmas que la tinta de impresión ha dibujado en el papel amarillento. No saben lo que es el pulso de la vida, la materia animada. La creación.

–Que me esfume ahora mismo si lo que oigo no sale de esa tela pintarrajeada –los hombrecillos de la fotografía parecían sorprendidos de que aquellos trazos pergeñados en los lienzos pudieran hablarles de tú a tú.

–Quién es ese mamarracho de ahí?

–Parece Fernando Pessoa. Bueno, una caricatura inoportuna del portugués. Comparto estantería con él en la Biblioteca Nacional.

–Soy Álvaro de Campos, si no le importa. O mejor, ese es mi título. Porque yo no soy una biografía, ni pura química como ustedes. Yo estoy hecho de la materia de los sueños.

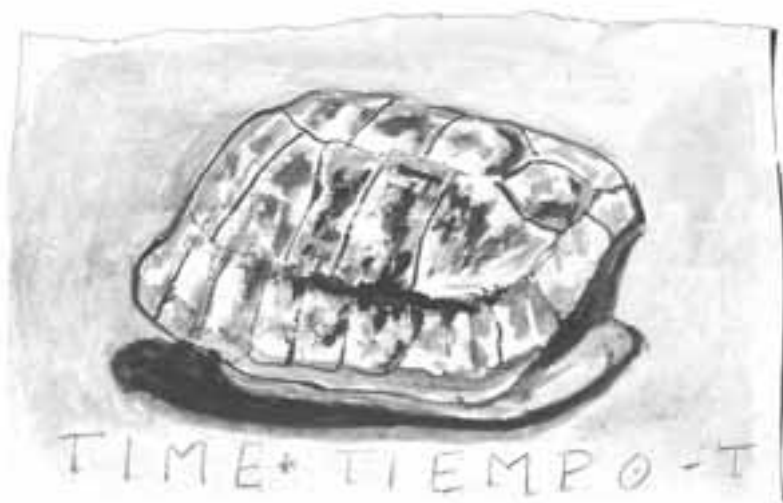
Oscar Wilde, desde otro cuadro recién empezado alentaba a su colega con aspavientos.

–Dales fuerte, Alvariño. Estos insensatos no cuentan con el tiempo. En unos años ellos serán papel mojado en el Rastro y nosotros eterna semilla de inspiración, afluentes del gran río del arte que no cesa.

Las voces comenzaron a entrelazarse en un murmullo que importunaba el descanso de la pintora. Y eso que ella luchaba por no despertar. Le gustaba mucho este sueño en el que su abuela Dorita, la hija del embajador español en París, era solicitada por el encargado de cortar la cinta de inauguración de la torre Eiffel. La niña usaba las tijeras como una princesa y guardaba el trozo de seda tricolor para su nieta favorita, Teodora Sofía.

Cuando por fin abrió los ojos a la noche, le pareció que todos los cuadros eran diferentes: juraría haber pintado a Pessoa de perfil, a Machado de tres cuartos...

Desde la terraza, dos grillos cantaban las excelencia de las obras que acababan de ver. De algún oscuro portal de la Subida de las Monjas trepaba una queja por cartageneras.



Catálogo *Teodora Sofía y Letras, dos* de Dora Catarineu. Ayuntamiento de Cartagena. Mayo, 1997.

El vecino de Ed

El sol plateaba un mar ligeramente encrespado. Sobre las blancas arenas de Truro unos pescadores se esforzaban en sacarle partido a una mañana de octubre. Las gaviotas se acercaban intentando aprovechar el buen humor de los hombres. Uno de ellos le acercó un pez a Gonzalo y Paqui, que andaban por ahí curioseando, para que se lo dieran a alguno de los pájaros.

Desde las casas encaramadas en lo alto de las dunas se bajaba a la playa por serpentinadas de madera. Las boyas y aparejos multicolores colgaban de las verjas y, aunque la mayoría de las casas estaban cerradas por el fin de la estación de vacaciones, el azul nórdico del cielo le daba un aire decididamente optimista al día.

Paseamos por la playa, recogiendo conchas y extraños caparazones, mientras tratábamos de reconocer la casa de Hopper. Veníamos de un país lejano, allá en el viejo mundo, tras los pasos de una sombra mítica. Su pequeña casa de madera, recordada en el blanco y negro de las fotografías de los catálogos –su estudio de verano– era uno de los faros de nuestra pintoresca peregrinación. Dos pintores: tres españoles y una cita con la imaginación hopperiana.

Las construcciones se parecían unas a otras. No encontrábamos la casa blanca, ni la chimenea roja, y las pistas nos llevaban de un lado a otro por caminos ondulantes entre las colinas, alejándonos de nuestro objetivo cuando más cerca creíamos estar de él. Los escasos turistas no parecían estar muy al tanto de pintura del siglo XX, y los lugareños no aclaraban nada la cuestión de por dónde acceder a nuestro Graceland particular.

Por fin un viejo, en una casa por la que habíamos pasado un buen puñado de veces, nos indicó el camino. El atardecer se filtraba entre los árboles. Las tumbonas, y una manguera derramándose en la hierba, le daban un aire extraño a la escena. No era el momento adecuado pero, tanto Gonzalo como yo, nos arrepentimos de no haber desenfundado la cámara.

ra en ese momento.

Cuando descubrimos la casa al final de una colina, las sombras ya empezaban a huir hacia el fondo de los valles. Los naranjas se tiznaban de oscuros y el aire leve del ocaso meneaba las briznas otoñales. Un camino trazado entre la hierba llevaba hasta unos sillones de madera solitarios.

Nos sentamos. Y el silencio se hizo entre nosotros.

Los siguientes días volvimos a la casa, a diferentes horas y con diferentes luces, como punto de reposo de nuestras correrías por el territorio.

Siempre que pasábamos ahí estaba el viejo, que había comenzado a resultarnos familiar. Se acercaba Halloween, y una de las veces lo pillamos encendiendo las velas de unas calabazas que acababa de tallar para la decoración de la entrada. La imagen era demasiado tentadora como para no bajar del coche.

Le pedimos permiso para tomar unas fotos y, muy amable, nos lo concedió. Al saber que éramos españoles pareció ponerse muy contento, y comenzó a hablarnos en un castellano más que aceptable.

–Mi segunda esposa era de Cádiz –dijo con un curioso deje andaluz.

–Yo nací en Cádiz –contestó Gonzalo, en lo que fue el prelude de una larga noche de conversaciones animadas y cervezas frías.

Hablamos de España, que conocía bastante bien –había sido militar en Rota– y de América, de Frank Sinatra y de flamenco, de los años dorados de la pesca de la ballena en estas costas y de los bohemios de Provincetown.

Estaba un tanto intrigado por nuestro interés con la casa del pintor y reconoció, en la distendida charla que proporciona el alcohol, que había estado a punto de llamar a la policía por si éramos alguno de los escasísimos cacos de la región.

Cuando le contamos nuestra admiración por el maestro de Nyack, y nuestra intención de hacer una exposición para homenajearle allá en España, se puso sentimental.

–Ed era el mejor. Se portó tan bien conmigo cuando yo era un chaval.

–¿Es cierto eso? –pregunté en un tono ciertamente excitado.

–Mi padre era carpintero en North Truro. Yo le ayudaba a hacer chapuzas, y varias veces fuimos a repararles la casa a los Hopper. Era un gran tipo



–dijo yéndose a la cocina a buscar algo.

–¡Esto lo tienes que sacar en el catálogo! –se apresuró a decir Gonzalo antes de que viniera Mr. Kent, que así se llamaba nuestro anfitrión.

–Pregúntale si tiene alguna foto de Hopper – comentó Paqui mientras el hombre entraba con una increíble tarta de chocolate.

–¿Fotos de Ed? Por supuesto. Ahora os las enseño.

El señor Kent apareció con una gran caja de lata llena de papeles. Empezó a rebuscar y encontró una foto en la que se veía muy jovencito junto un maduro Hopper. Sacó otra en la que los padres de Kent bromeaban junto a Jo y Edward, y otra en la que se veía al pintor en plena faena, abocetando lo que podía ser un estudio preliminar para Sun in an Empty Room. Me extrañó no haber visto ninguna de aquellas instantáneas en los libros que hablan de la vida del artista.

–Alguna vez ha venido gente por aquí haciendo preguntas sobre los Hopper, pero esta caja era de mi madre y apareció hace escasos años en un estante del garaje. Los papeles son míos, y no se los pienso ceder a ningún listillo de esos de Columbia para que se lleve unos galones a mi costa.

–¿Los papeles? ¿Qué papeles? –pregunté intrigado.

–Los papeles. Los más antiguos me los daba cuando yo era niño para que dibujara por el dorso, siempre que no se enteraba la señora Hopper, claro. Yo no salía de mi asombro. Me sentía como un arqueólogo al comenzar a desenterrar el dedo gordo de una esfinge: un subidón de adrenalina y todo el vértigo de la Historia.

–Éste está fechado en el 62.

En otros tiempos los artistas volvían la vista atrás para indagar en las raíces del continuo río del arte. Buscaban el nacimiento del Nilo y, aunque no llegaban a encontrarlo, siempre había algún afluente interesante en el que echar un trago.

Hubo viajes al clasicismo, y luego al Renacimiento, vasggios a Italia y, más tarde, a París. Hasta que acostumbraron por acostumbrarse a seguir el camino fácil. Ya no les interesaban los intrincados senderos en medio del bosque, de incierto destino y dudosa conveniencia. Preferían transitar la vía principal, suficientemente marcada por los pasos de cientos de viajeros que les habían precedido.

Pero un grupo de intrépidos aventureros decidió romper con aquel orden de cosas. Abrieron otros caminos, que muchos otros siguieron.

El tono alegórico parecía tener poco que ver con los escasos textos que yo conocía del pintor. Pero me fascinaba la forma en que las palabras de Hopper cobraban vida en los labios de Kent. Y si estos textos añadían más matices a lo que ya sabíamos de sus intenciones artísticas, aquel era un buen día para los fanáticos hopperianos.

Como todos comenzaron a adorar a estos pioneros del nuevo espíritu del siglo, que habían aireado las habitaciones enmohecidas y traído una brisa fresca, muchos decidieron hacer lo mismo que aquellos: lo importante era abrir un camino nuevo. Armados de picos y palas trazaron nuevas líneas en un mapa que cada vez se hacía más caótico.

Un día se dieron cuenta que no sabían para que servían las pistas que estaban construyendo tan trabajosamente, ni adónde querían ir por ellas, ni cómo había empezado todo este barullo. Se habían convertido en unos estupendos zapadores y se habían olvidado de todo lo demás.

Ahora todo está bastante complicado. El terreno parece una hoja de esparraguera, y hay que afinar mucho los sentidos, alquilar helicópteros y equivocarse de vez en cuando.

Pero si uno pone interés aún encuentra alguno de los cauces primigenios, una de esas fuentes capaces de insuflar valor al guerrero y vigor a los esqueletos.

No se trata de acomodarse a una nueva senda, ni de instalarse a acampar indefinidamente, sino de estudiar las muescas que dejaron en los árboles los viejos exploradores, descifrarlas y sentir el tiempo. No se trata de cavar, sino de encontrar las fuentes del lejano e inalcanzable Nilo azul o, al menos, de dejarse el pellejo en el empeño.

Los ojos se nos hacían cristalinas. La caja estaba repleta de papeles: un mundo inexplorado en el que perderse.

La creación es un mar en calma tras un naufragio. La neblina amarilla dibuja los objetos que flotan alrededor, a los que vamos agarrándonos para no hundirnos. Al principio asimos los más cercanos, hasta que, pasado un tiempo, comenzamos a interesarnos por cofres y trozos de barco más lejanos, que nos sirven mejor a nuestros propósitos de supervivencia.

Por ahí vemos pasar un barril oportuno o un mapa apetecible... Y algunos de estos objetos, que en un principio no nos parecen útiles ni necesarios, acaban siendo claves para la extravagante patera que tenemos que construirnos. De la calidad de los materiales que recopilamos dependerá el éxito de la agotadora travesía.

Siguieron horas de asombrosa escucha. Una borrachera de textos teóricos y apuntes biográficos. Estábamos convencidos que nuestra buena misión del día era convencer al señor kent para que diera a conocer su pequeño cofre del tesoro. Pero no parecía que estuviese interesado en hacernos el mínimo caso. Seguía leyendo aquellas hojas caligrafiadas cuidadosamente con la misma devoción con la que nosotros le escuchábamos.

De entre las especialidades circenses, se ha puesto de moda una de las relativamente más recientes: la de la doma de pulgas.

Se montan pequeños circos en los que los pequeños hércules compiten en fuerza y destreza arrastrando pesos muy superiores a su tamaño y, saltando de resorte en resorte, pasean por las diminutas cuerdas de su escenario. Yo soy el primero en admirar la tremenda destreza que supone entrenar a estos insectos, atarle los finísimos hilos de oro, y conseguir que hagan todas sus acrobacias. Sin embargo esta especialidad requiere una gran dosis de fe por parte del espectador, y probada honestidad de quién practica este oficio.

Es muy fácil para un vividor sin escrúpulos hacer que se muevan los resortes y las poleas del pequeño circo sin que su mérito tenga que ver con todo esto. El tamaño de las pulgas y la distancia de los espectadores permiten este tipo de fraudes.

No es bueno que paguen justos por pecadores, pero tampoco lo es que, por la supuesta novedad de este espectáculo, se menosprecien oficios más antiguos ni se minusvaloren profesionales más competentes.

Todo el mundo parece saber de equilibristas y payasos, de domadores de leones y de ilusionistas, lo cual inmediatamente los convierte en críticos y entendidos. Pero la profesión de domador de pulgas levanta exclamaciones papanatas de admiración, por encima de la calidad del espectáculo y del rigor profesional.

Los empresarios, al son del dinero, contratan todo tipo de espectáculos que incluyan pulgas y sólo los buenos espectadores del circo, los perennes visitantes de la grada de madera, parecen entender que la supervivencia de este Arte no depende de novedades ni de espectáculos televisivos sino del talento, del amor al oficio, de la disciplina



y del trabajo de todos los componentes de la caravana, incluidos los domadores de pulgas.

–La verdad es que a veces no me entero de nada –dijo Gonzalo.

–Es un poco crítico en algunos párrafos, parece un jeroglífico.

El cansancio y las emociones empezaban a pasar factura. Cada vez entendía menos de lo que oía. Aunque, de vez en cuando, mister Kent apuntillaba con explicaciones que lo hacían parecer todo un experto en el tema.

–Sí, hombre. Se refiere a algunos de esos artistas conceptuales. Éste lo escribió hace poco. Creo que es para el próximo número de *Reality*. ¿Hace poco? ¿Próximo número de una revista desaparecida hacía décadas? Algo empezaba a no encajar. Los tres nos miramos con extrañeza mientras el viejo recogía la caja con todos sus tesoros.

–¿Podría explicarme eso de que lo escribió hace poco? –le pregunté un poco inquieto.

–Sabía que no tenía que haber sacado los papeles –el hijo del carpintero de North Truro parecía deslizarse hacia territorios insondables.

Adoptando un aire misterioso nos hizo un ademán para que lo siguiéramos. Subimos al piso superior por una crujiente escalera. Las habitaciones a los lados del pasillo no tenían puertas, y un mundo oscuro se abría detrás de cada dintel. Al fin llegamos a una amplia habitación iluminada levemente.

–Aquí es donde los escribe.

El único mobiliario de la sala era una gran mesa redonda con incrustaciones, en un fino trabajo de marquetería, que representaba un alfabeto y unos símbolos esotéricos. Aquello tenía todo el aspecto de una ouija decimonónica, y el simpático ancianito se metamorfoseaba por momentos en un extraño ligeramente siniestro.

Las paredes eran verde oscuro, las lámparas se sustentaban con patas de vaca disecadas, y el papiro que hacía de pantalla era tan recio que apenas dejaba pasar la luz lo justo como para dibujar un vaquero en pleno rodeo. Empecé a recordar las calabazas de Halloween, pero, sobre todo, me venía a la mente el aparatoso cuchillo con el que las tallaba.

–Ponéos aquí. Aunque no sé si hoy querrá venir –dijo mientras nos sentaba empujándonos por los hombros con energía. Paqui se había dejado el

color de su cara en el piso de abajo.

Mr. Kent apuró el whisky de su vaso y lo puso boca abajo en el centro de la mesa. Todo el mundo ha jugado a esto alguna vez en su adolescencia, pero no con un exmarine que recibe artículos de prensa desde el otro mundo con un fax de duralex.

Pusimos nuestros dedos en el vaso, más para no contrariar al medium de extraña voz que por otra cosa y, al poco, empezó a trazar caprichosas combinaciones en el tablero que aquel apuntaba en unos folios como los que ya habíamos visto.

I don't know what my identity is. The critics give you an identity. And sometimes, even you give it a push.

Estaba convencido de que el que burdamente movía el vaso invocador era Kent, pero me seguía sorprendiendo su capacidad para hilar frases con sentido. De interpretar tan fidedignamente un personaje que debía habitar su retorcida estructura cerebral.

I believe that the great painters, with their intellect as master, have attempted to force this unwilling medium of paint and canvas into a record of their emotions. I find any digression from this large aim leads me to boredom.

El oficiante se levantó bruscamente y el vaso siguió moviéndose. Lo achaque a nuestros propios nervios que nos hacían la faena de continuar una rutina de palabras en inglés y dedos pegados a un vaso jugueteón. Estábamos tan asustados que ni atendíamos a lo que iba componiendo.

De pronto, se paró.

–¿Qué pasa? –dijo Paqui interrogando a Kent.

–Dice que os lleve mañana a Indian Neck, que os gustará. Mejor por la tarde, ya sabéis, cuando las luces empiezan a enrojecer.

Cogí el vaso y le di la vuelta. De la oscuridad de la noche nos llegó el grito de un pájaro solitario.

Catálogo Cape Cod/ Cabo de Palos. Tras las huellas de Hopper de Gonzalo Sicre y Charris. Caja de Ahorros del Mediterráneo, Ayuntamiento de Cartagena, Editorial Blanco. Cartagena, 1997.



La pintura es así

Cuando llega un jefe nuevo a la redacción, ya sé que me toca una temporada de ajetreos y trabajos sin sentido. Todos llegan al periódico con la intención de laurear a la empresa con un par de Pulitzer, hasta que se dan cuenta que no están en el New York Times, sino en una oscura redacción de un periodicucho de provincias con más prestigio que importancia, con más agujeros contables que anunciantes, y con una plantilla de impresentables perdedores entre los que me encuentro.

Así que no me extrañó que este pimpollo universitario recién enchufado por el alcalde me embarcara en una de mis más estúpidas búsquedas periódicas.

Alertado por uno de esos programas televisivos carroñeros, había considerado importante enviarme a investigar unos turbios asuntos de robo y tráfico de órganos cerca de la frontera mexicana con destino a las clínicas privadas más prestigiosas. Un reportaje que alguien se encargaba de hacer cada cierto número de años y que lo único que había conseguido reunir era un buen montón de basura en algún rincón del mal organizado archivo del periódico. Pero por supuesto me callé todas mis opiniones y me dispuse a pegarme unas bien merecidas vacaciones a costa de las dietas, que, si bien bastante escasas, me libraban durante unas semanas de los fiambres y vísceras desparramadas que tenía que atender normalmente como encargado de la sección de sucesos. Alquilé un bonito coche plateado con el que recorrí unos cuantos moteles en el desierto, probando las piscinas y socorriendo a divorciadas de-seosas de cariño y de gastar unos cuantos billetes junto a un tío fino como yo.

Del Chelsea al Frontier, del Art Motel al Flamingo: el caso es que mi bronceado subía del mismo modo que el mosqueo de Mr. Yale por la ausencia de avances en mi investigación. Por fin, un día que me encontraba escoltado por un par de pecosas juguetonas en las hamacas del solarium, una llamada del jefe me instaba a dirigirme a un pequeño motel cerca de

Tijuana a seguir una, según él, pista segura. Por el tono de su voz deduje que o me lo tomaba un poco en serio o el fin de mis vacaciones estaba muy cerca.

El Nasa Motel era una especie de basurero espacial. El dueño había comprado una serie de satélites de deshecho y con ampliaciones de paseos lunares, paredes azul marino, estrellitas y unos cuantos trajes de purpurina había convertido unos barracones en medio de la nada en un apañadito picadero comarcal. La recepcionista, una señora muy pesada entrada en los setenta, era la que más se tomaba en serio su papel y todas las tardes se colocaba una especie de pecera de metacrilato en la cabeza a modo de escafandra: verdaderamente patético.

Cuando empecé a sondear sobre el tema del tráfico de órganos sólo me encontré con respuestas misteriosas y con un cierto número de individuos dispuestos a hablar a cambio de unas suculentas propinas. La calaña de estos individuos y su común afición por el mescal, el tequila y toda clase de matarratas, me hacía dudar que de ahí pudiera sacar algo en claro, pero me decidí por el de la nariz más gorda y roja. El tipo me enseñó una serie de cicatrices diciéndome cómo lo habían secuestrado durante la noche y le habían extraído un riñón, el bazo, un pulmón y no sé cuantas cosas más. Total, que podía parecer que aquel tipo andaba medio hueco y de ahí su pasión por rellenarse de alcohol. De toda su palabrería me quedé con el nombre de un tipo, el Diablo, que parecía ser el mafioso de la región y por donde pasaban todos los negocios, especialmente los sucios, en kilómetros a la redonda.

La entrevista con el narizotas me trajo, aparte de una bajada de mis ahorros, una imponente resaca que trataba de paliar en parte con un buen Bloody Mary cuando apareció por la cantina del Nasa Motel la chica más peligrosa de todo el oeste: una cintura de avispa, unas curvas de puerto de montaña y los ojos más bonitos que una tormenta.

A pesar de mi estado, decidí que no podía dejar pasar una oportunidad así y me lancé a tantear con un par de andanadas. La cosa fue de mal a regular, y al final me regaló una miradita que me heló la sangre y me calentó todo lo demás.

Poco después el camarero me dijo que tuviera cuidado, que Jambalaya, que así llamaban a la preciosidad, era cosa del Diablo, y que al que con fuego

juega... pues ya se sabe lo que le pasa. También supe que vivía allí mismo, en un ala del motel con un par de chicas más y cerca de la suite –a cualquier cosa llaman suite estos tipos del desierto– que el Diablo ocupaba para sus juerguecitas particulares.

Cuando se hizo de noche me acerqué a la habitación de Jambalaya. Hacía mucho calor y un murmullo de voces era lo único que movía los visillos de la ventana iluminada. Las chicas hablaban de un quirófano, de bisturís y de tijeras, de órganos y del señor Diablo. Y algo me dijo que el imbécil de mi jefe puede que tuviera razón después de todo, y allí hubiera algo que rascar.

En cuanto las chicas se fueron me colé por la ventana y tras registrar cuidadosamente la habitación encontré un sobre de fotos que hubieran hecho llorar de emoción a Mr. Yale: fotos de quirófanos en plena actividad, vísceras, chicas ensangrentadas y toda una declaración de culpabilidad para el Diablo.

Llamé a un amigo que tengo en el FBI para ponerlo al tanto del asunto, y para sacarle un poco de información y contraté a un fotógrafo de bodas –el único que pude conseguir– para estar preparado para actuar.

Algo debían saber del asunto en Washington porque al día siguiente se presentó mi amigo con un par de tipos de la agencia en el NASA Motel. Decidimos repartirnos el trabajo –además un reportaje siempre queda mejor si hay tipos del FBI por medio– así que a mí me tocó sonsacar a mi querida Jambalaya.

Cuando entré en la habitación la encontré en la cama, cubierta de sangre. Después oí gritos en la suite del Diablo. Llamé a mi comitiva y en un par de minutos los armarios de la agencia estaban echando la puerta abajo.

Lo que encontramos no fue exactamente lo que estábamos buscando. En efecto, ahí había un quirófano con todo el material necesario para la mejor de las carnicerías, y riñones y todo eso, el par de amiguitas de la ensangrentada vestidas de enfermera... y el señor Diablo enfundado en un mínimo tanga de leopardo jugando a los médicos con aquel par de Lupitas.

Cuando el fotógrafo echó el primer flashazo todo resultó bastante ridículo.

Corrí hacia la habitación de la muerta y la encontré limpiándose las manchas rojas sobre su piel. Quería que me tragara la tierra.

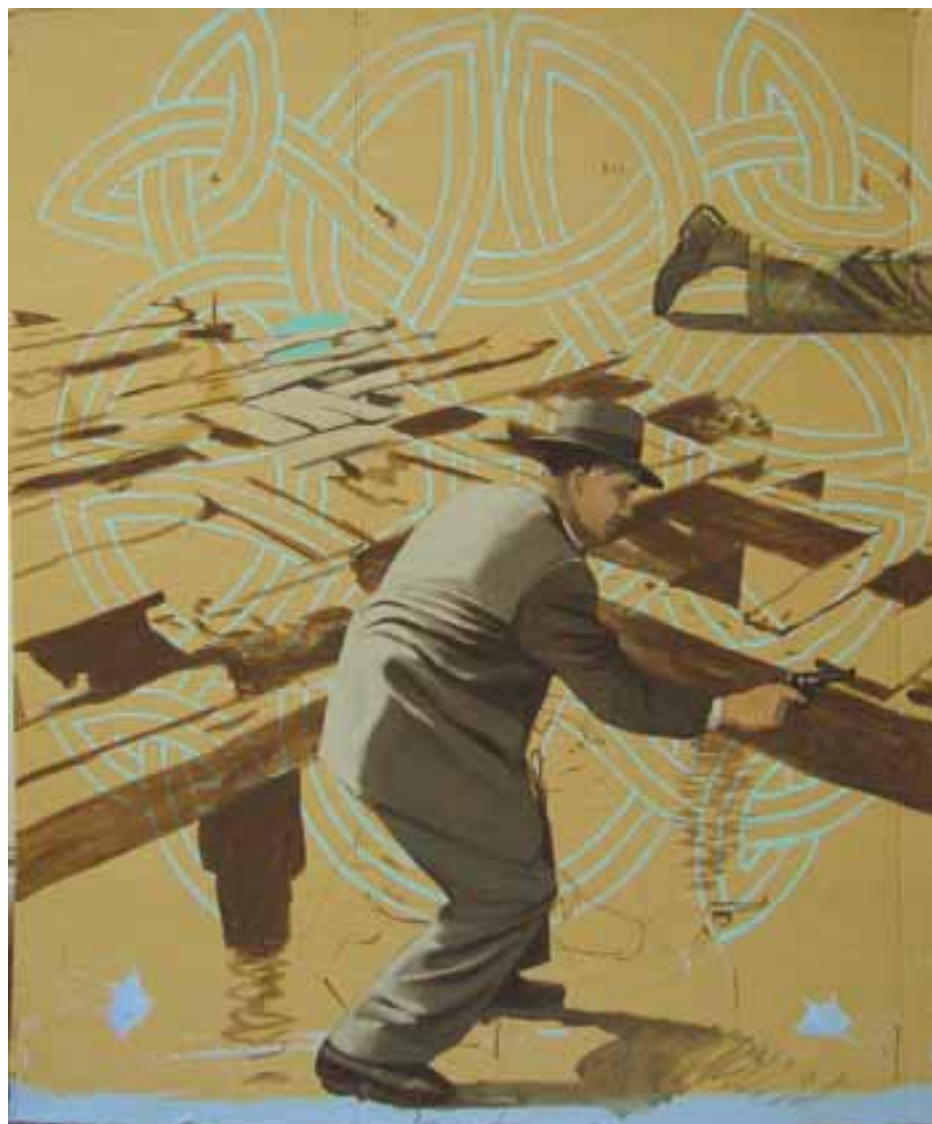
-Carajo, Jambalaya, todo parecía tan real.

Ella siguió en su tarea y pareció enternecerse con mi cara de tonto.

-Sí, querido, la pintura es así.

Menos mal que en aquella suite el señor Diablo escondía suficiente información como para condenarlo por docenas de delitos federales, ninguno de ellos relacionado con aquellos estúpidos tráfico de hígados, así que después de todo mis amigos no hicieron el viaje en balde y yo tuve un buen artículo que mandarle a mi jefe.

Con la excusa de investigar más el tema pude disfrutar de los cantos de los coyotes junto a mi deliciosa Jambalaya. Durante aquellas noches de canciones fronterizas y margaritas frías, los cielos se poblaron de una lluvia de meteoritos, la luna se volvió azul y yo recogía moscas con las que alimentar a la colección de plantas carnívoras de mi chica.



Xirimiri Express

Cuando decidí viajar por primera vez al norte, consulté con mis amigos sobre la mejor forma de llegar allí. Con toda su buena voluntad, me dieron diversas opciones para el trayecto, desde las más rápidas y sofisticadas combinaciones aéreas, a las más rústicas y encantadoras. Los tecnófilos me hablaban de aviones equipados con terminales de ordenador en cada asiento, televisor individualizado con docenas de canales, internet, rapidez, eficacia. Los, llamémosles, románticos me sugerían un viaje pausado y enriquecedor, con trenecitos de vía estrecha enlazados por rudimentarios medios de transporte, entre paisajes bucólicos y lecturas de los clásicos.

Cuando salía el tema en alguna de nuestras reuniones comunes, los partidarios de ambos frentes organizaban intrincadas trifulcas a costa de organizar mi recorrido, formaban bandos cerrados, desautorizaban al enemigo, acababan con todas mis bebidas y me dejaban la casa hecha unos zorros.

Así que pasaron los meses y, ante tanto argumento irrefutable y tanta biblia en pasta, yo seguía sin decidirme y por tanto sin viajar. No quería perder los encantos que un viaje sin arrebatos proporciona, pero mis posaderas de urbanita no estaban para paseos en burro por la sierra. Y en los medios más sofisticados el viaje y el dinero se te va en un suspiro, sin contar con mis resquemores a los efectos que tanta interferencia electrónica podía causar en mi marcapasos. Pero cuando me enteré por casualidad, por el escaparaté de una agencia de viajes cochambrosa, de la existencia del Xirimiri Express, no lo dudé un momento.

El tren es un medio de transporte con gracia y abolengo, es cómodo y te da tiempo a cumplir con todos los trámites de un viaje como Dios manda: leer un poco, tomar café, charlar con desconocidos y ver trozos de películas infames. Para contentar a mis futuroscópicos amigos me llevaría mi ordenador portátil, más que nada para jugar un rato, mi nueva cámara digital, el móvil; para no dar por perdidas las bienintencionadas palizas de mis camaradas alérgicos a la modernidad, me llevaría un libro de Ramón

Gaya, una pipa para empezar a fumar, una mantita a cuadros y un buen surtido de música de cámara.

Así que con tan variopinto equipaje llegué a la estación brumosa e invernal, dibujando nubes con mi aliento y frotando una nariz poco acostumbrada a los rigores mañaneros.

El tren era moderno aunque ya empezaban a posarse en él las capas de cebolla del tiempo, aquí un desconchado, allá una cortina estropeada. Desde la ventanilla observé los ritos y ceremonias de los revisores y mecánicos, los maquinistas que llegaban y las limpiadoras que se iban. Los escasos viajeros fueron desperdigándose por los vagones y el tren comenzó una suave y traqueteante travesía hacia el norte.

Fuimos atravesando campos escarchados y caseríos de piedra, paisajes antiguos y ciudades de provincia; tan pronto nos adentrábamos en un arrabal neorrealista de chabolas como aparecían ante nosotros las cúpulas plateadas de una futurista central nuclear, y de unos promontorios neolíticos pasábamos a los desvaríos tecnológicos de un nuevo parque temático.

Las finísimas gotas de lluvia empañaban los cristales dándole a las panorámicas un cierto aire encantado.

Entre las revistas que la compañía deja para el entretenimiento de los viajeros, encontré un catálogo de una exposición de arte que supuse patrocinado por la empresa ferroviaria. Como no soporto las películas de artes marciales decidí echarle un vistazo y, en contra de mis principios, empecé por leer el texto de presentación.

Desde siempre los tiempos luchan incansablemente entre sí. Los viejos y los nuevos, las promesas de lo que vendrá y la nostalgia de lo que ya se pierde. En esa ola de senos y cosenos, a los hombres nos toca surfear entre paisajes que cambian, sastres caprichosos, profetas enloquecidos y mujeres de Lot.

Aún no te acabas de acostumbrar al automóvil cuando ya hay que comprarse el último grito en naves espaciales. Te crees que eres de esta época cuando ya te ves en los documentales luciendo unos cortes de pelo ridículos.

Y en este vértigo de relojes y satélites, uno sufre la tentación de dejarse llevar por el pretérito imperfecto o de correr hacia adelante en una estampida de píxeles y fuegos artificiales.

Pero enseguida llega el sirimiri y te lava los ojos, el mismo y repetido calabobos de



Altamira, el de los paseos vespertinos de Pío Baroja, el de ayer por la mañana, el de Blade Runner: gotitas de lo inmutable que nos agujijonean con su eterna sonata de sensatez.

Analizadas al microscopio, esta gotas nos devuelven las imágenes sin deformaciones: a Cervantes sin gola y a Mondrian sin regla. Es allí donde podríamos encontrar las claves de nuestros sueños.

No soy quién para dar consejos, fascinado de igual modo por los fastos del futuro y los cantos de sirena del pasado, pero yo dejaría que, de vez en cuando, me calara el sirimiri, paseando por la playa o navegando por la red: sólo sabiendo el antes y el después intuiremos el ahora.

Nada de fascinarse con carcasas plateadas, ni con olores de naftalina: rasque la corteza y si verdea, es que está vivo.

Esperen la fina lluvia sin prisa y con buen ánimo, siempre llega... y se lo dice ¡un pingüino en el Sahara!

–Pero hombre, ¿eres tú?

Yo pensaba que sí que era yo, pero tardé un poco en reconocer al señor que me hacía esta pregunta. Resultó ser el peluquero de mi infancia, toda una celebridad en la ciudad, y que me había torturado el cogote hasta que tuve el uso de razón suficiente como para elegir barbero.

–Veo que ya no te peinas hacia este lado, en realidad creo que no te peinas en absoluto. Siempre es mejor que peinarse hacia el otro lado, pero dejame que piense qué se podría hacer con tu cabeza.

Y así comenzó una larga disertación sobre el tiempo en el que todo el mundo se peinaba hacia el otro lado, hasta que él, salvador de los destinos de mi pueblo, hizo ver a todo el mundo el grave error y consiguió desterrar para siempre tan ridícula forma de peinarse. No contento con su prestigio y sólida posición como mejor peluquero de la ciudad, le amargaba la vejez el ver como reaparecían de vez en cuando algunos elementos discordantes con el pelo hacia el otro lado, sin contar con aquellos que se lo cortaban tanto que era bastante difícil de averiguar hacia dónde se peinaban o los que como yo que sencillamente huíamos del peine. Don Marcelino, que así se llamaba este gendarme de la pureza, estaba dispuesto a encarrilar a todas las ovejas perdidas del rebaño y si no, a dejar bien claro lo impresentable de la actitud de los rebeldes.

Todo el tiempo hablaba mirando los enredos de mi pelo, y a veces se le escapaba una mueca de desaprobación. Un poco molesto saqué de la bolsa una gorra de lana y me la encasqueté.

–Uy, ni se te ocurra ponerte eso si no quieres quedarte calvo en pocos años.

Convencí a don Marcelino para que viniera a tomar un café al vagón restaurante, momento en el que aproveché una oportuna puerta abierta entre dos vagones para empujar al peluquero fuera del Xirimiri. Aunque en principio consiguió aferrarse a un lado de la abertura, un golpe de aire lo despeinó y al echarse mano a su cuidado pelucón se despeñó puente abajo.

Me dirigí a la cafetería y ojeando la prensa me encontré con una idea del profesor Pinillos: Estamos inmersos en el tumulto.

La retuve un rato, la observé, empecé a jugar con ella y al final decidí mojarla en el cortado y tomármela de desayuno.

Cuando uno viaja siempre hace cosas que habitualmente no haría.

El tiempo se comportaba de forma caprichosa en ese tren. Las horas se alargaban y encogían como un muelle recién estrenado, los segundos duraban horas y los meses minutos, o al menos esa era la sensación que a mí me daba. Algo parecido a los efectos alucinatorios de algunas sustancias de dudosa honorabilidad. Cuando me cansé de leer, empecé con la obra completa de Paul Klee en cd rom, luego jugué a adivinar las vidas de la gente que veía por la ventanilla, vi una película de los hermanos Cohen, dormí la siesta...

–¿Está ocupado este asiento?

Cualquiera podía ver que el asiento no estaba ocupado tan claramente como yo veía el pelmazo que me estaba cayendo de compañero de viaje. No voy a cansarles con la odiosa y cansina verborrea con la que me castigó mi vecino. Cuando tras horas de suplicio agoté mis buenos modales y mi caja de aspirinas, me eché a dormir en sus narices. Durante unos minutos pareció funcionar y permaneció callado, pero, tras ojear el catálogo del pingüino, me despertó para una de sus agudas observaciones.

Desde siempre los tiempos luchan incansablemente entre sí...

–No hace falta ni que lea este prólogo. En seguida se nota que es de esos

típicos textos de catálogo de arte que hablan de cualquier cosa menos de arte. Ni te cuentan de lo que van las obras, ni te explican nada, ni te las analizan. Vamos, estoy seguro que ni trae una foto del artista.

El sirimiri continuaba escoltando nuestra larga travesía hacia el futuro, de presente en presente, de estación en estación. El tren entró en un túnel, momento que aprovecharon una excursión de ángeles para cambiarse de asientos. Era el momento propicio para invitar a mi compañero de viaje a un café bien calentito en el vagón restaurante.

¡Ojo con el ojo!

La sala de espera del consultorio rebosaba pacientes. Toda una legión de adictos dispuestos a liberarse de sus ataduras gracias a los nuevos métodos del profesor Azúa. El acelerado ritmo de la vida moderna había hecho de Telépolis una jaula de grillos. Un ejército de ansiosos, histéricos y maniáticos amenazaba con hacer saltar los mecanismos de una sociedad en continuo coqueteo con la catástrofe.

Ludópatas, alcohólicos, drogadictos, profesionales de las fobias, y posesos de las aficiones más diversas constituían la selecta clientela de la clínica.

Los martes se dedicaban a las terapias de grupo, con lo que era bastante fácil clasificar a los pacientes de un vistazo: los adictos al Nintendo, los del síndrome Tourette-TV, los chistosos...

Una enfermera llamó al primer turno de la tarde.

–Por favor, Mirones Anónimos.

De entre el murmullo de la sala fueron apareciendo los miembros de este curioso clan. Lo formaban una docena de ojos, que parecían tener poco en común aparte de un ánimo un tanto sombrío.

Uno de ellos pisó a una incorregible golosa que se atiborraba de bombones de licor.

–Oiga, ¡qué le pasa! ¿Es que no ve por dónde mira?

El ojo pidió disculpas y cerró tras él la puerta de la salita.

El despacho del profesor estaba decorado en azules y verdes eléctricos, con divanes formando un semicírculo en torno a la mesa de Azúa. Tras él, una gran pantalla de cuarzo líquido dejaba ver una espiral luminosa moviéndose pausadamente.

Los ojos fueron acomodándose según el rito conocido de sesiones anteriores. El profesor Azúa dirigía unas amables palabras a cada paciente y, en su caso, introducía a algún nuevo miembro a la terapia.

–Queridos amigos, como ven hoy contamos con la presencia de un nuevo compañero, el señor... –tuvo que repasar las notas de la sesión– ...el señor

Ogino. Bien, como es habitual comenzaremos presentándonos a nuestro nuevo invitado.

Un coro de bufidos hizo notar cierta desaprobación, una desgana hacia la tediosa rutina de repetir sus historias a nuevos desconocidos.

Últimamente, se palpaba menos entusiasmo en algunos. Las cacareadas doctrinas antiadictivas de Azúa despertaban menos fervores que poco tiempo atrás.

–Bien señores, ¿quién empieza? ¿No querrán que el señor Ogino se lleve una mala impresión en su primer cita?

Se oían murmullos pero nadie se decidía a hablar. El profesor arrugó el ceño y se puso de pie. Apretando una tecla la espiral subió de intensidad y comenzó a moverse más deprisa.

–Les recuerdo que todos estamos aquí por algo. Ustedes porque tienen un problema y yo porque puedo solucionarlo. Siempre que colaboren y deseen realmente su curación –el tono de Azúa se había tornado decididamente agrio. Una complicada mañana con un grupo de ancianitas enganchadas a las tragaperras tenía bastante que ver con su estado de ánimo.

–No soy yo el que necesita ayuda, el que está obsesionado con mirar y mirar y mirar. El que destroza familias por su desmedida y desenfrenada pasión por la mirada y el figoneo. No soy yo el que, arrastrado al fango de su vicio, olvida lo que es una vida decente y ordenada, útil a la sociedad, completa.

El rapapolvo parecía surtir efecto. Uno de los ojos se adelantó a la amenaza del profesor de interrumpir la sesión.

–Vale, vale. Yo empiezo.

Azúa se sentó y la espiral volvió a su estado inicial.

–Excelente, señor Ojete. Puede usted empezar cuando quiera.

–Sabe que no me gusta que me llame señor Ojete. Con Paco es suficiente.

–Muy bien, Paco. Adelante.

–Bien. Yo comencé a mirar hace unos años. A mirar obsesivamente quiero decir. Lo mío son los logotipos, las marcas comerciales. Empezaron a gustarme tanto que no podía dejar de mirar: en la calle, en los anuncios, en los botes de comida... Pronto comencé a coleccionarlos, álbumes y álbumes completos, luego, polaroids cuando paseaba por el centro, cientos

y cientos de ellas, luego...

–Al grano, Ojete –dijo otro de los pacientes.

–Vale, soy controlador aéreo. Me apasionaba ver los logotipos desapareciendo en el cielo. Instalé un telescopio en la torre para poder verlos durante más tiempo. Hubo un accidente. Me echaron del trabajo. Mi mujer me dejó. Eso sí, me defendió el bufete de abogados con el logotipo más bonito.

–¡Estás pillado, Ojete! –comentó el ojo impertinente.

–Señor Ojeriza. Lo veo con ganas de hablar. Es su turno.

El profesor ejercía de moderador con pulso firme. Una juventud de entretenedor de jubilados en Benidorm lo había hecho un gran conocedor del género humano.

–Y muchas gracias, señor Ojete. Su caso es muy ilustrativo de adónde nos puede llevar una pasión insana.

El señor Ojeriza era bastante pintoresco. Lleno de tics y convulsiones varias, asistía a diferentes grupos de terapia en función de sus múltiples y preocupantes obsesiones.

–Lo mío son las pantallas. Me vuelven loco. Ya sabéis: los ordenadores, las televisiones, cualquier cosa que parpadee, que escupa imágenes digitales...el día de mi boda pasé por delante de un macrotelevisor de última generación y no pude despegarme del escaparate. No me casé, claro. Tengo sesenta y cuatro televisores y doce ordenadores en mi casa.

Azúa interrumpió para impresionar al recién llegado.

–Aunque con nuestra terapia hemos conseguido que no las tenga encendidas todas al mismo tiempo.

–Sí –comentó lacónico Ojeriza– después de dos años de tratamiento puedo apagar diez teles y cuatro de los ordenadores.

–Paciencia y constancia –sentenció el profesor– Es el lema de mi clínica, querido amigo.

El nuevo pretendiente a la salvación, el señor Ogino, fue escuchando a sus compañeros de diván. A uno le obsesionaba contemplar anuncios de tienda y a otro las vetas de la madera, a aquel las salidas de los centros comerciales y al otro sus pies mientras caminaba. Todos parecían reconocer su problema, pero no se les veía excesivamente decididos a acabar con sus malas costumbres.



–Ahora le toca a usted, señor Ogino.

Tras un largo silencio, el tímido primerizo comenzó a hablar.

–Yo soy todos ustedes –se oyeron risitas contenidas– Me explico.

Quiero decir que soy la suma de todos a los que he oído. Yo quiero mirarlo todo, verlo todo. Puedo pasarme horas mirando en las páginas de Internet, u ojeando las revistas chinas del Centro Cívico Taiwanés, o escrutando las caras de la gente que sale de los fotomatonés. Soy todo mirada. No puedo seleccionar porque todo me parece digno de ser visto. La audiencia había comenzado a prestar verdadera atención a sus palabras.

–He venido aquí porque mi jefe dice que me distraigo mucho mirando. Que tengo un problema. Pero... ¿qué es la vida sino problemas? ¿Y qué sería yo sin mirar?

El ojo saltó del diván y comenzó a dirigirse a sus vecinos.

–¿Quién seríamos sin nuestros tics y nuestras manías? ¿Qué haría el señor Ojeriza todo el tiempo que no estuviese observando pantallas? ¿Quién dice hasta cuanto tiempo es normal contemplar un cruce de calles? ¿Menos que una puesta de sol? ¿Más que una alcantarilla? Imagínense ustedes sin mirar, ordenados y sociables. ¿Qué ven? Cualquiera cosa menos un ojo libre.

El profesor comenzó a detectar un clima de desasosiego y la actitud de su nuevo paciente comenzaba a incomodarlo.

–Señor Ogino, vivimos en un mundo que funciona como un engranaje. Para que una cadena no se rompa, para que ejerza la fuerza necesaria, todos sus eslabones tienen que ser similares.

–A la mierda las cadenas –el tono de Espartaco del ojo comenzaba a enardecer a los demás, encerrados durante años en su sentimiento de culpa.

–Quiero mirar. Mirar arriba y abajo, al sur y al norte, a derecha e izquierda. Mirar es vivir.

–¡Yo también quiero mirar!

–¡Vivan los mirones!

La pequeña revuelta había conseguido encender al profesor.

–Señor Ogino. Le ruego que abandone ahora mismo esta reunión. Tal vez su actitud no sea la más apropiada para esta terapia. Y con seguridad no lo es para el resto de mis enfermos, ni para sus problemas.

–¡A la mierda su terapia! ¡Y que vivan los problemas! Me voy al bar de la

esquina. Está lleno de monitores y de imágenes, de revistas y de cristaleras, de bocas y de orejas. Y el que quiera puede acompañarme a echar un vistazo...

Todos empezaron a levantarse y siguieron al insurrecto. En vano trató Azúa de detener a sus pacientes y a sus chequeras. Descompuesto el gesto, no podía ni imaginar que aquel estúpido incidente iba a ser el comienzo del fin de su prometedora carrera.

Sólo Ojeriza permanecía sentado en su sitio.

–Menos mal, amigo, que aún queda alguien sensato en este mundo. ¿Ha visto la que ha organizado ese imbécil?

El ojo escudriñaba insistentemente a la espiral.

–No, si yo también me voy. Es sólo que no puedo dejar de mirar esa pantalla. Cuestión de minutos.

El enfurecido profesor apagó de un manotazo la imagen y Ojeriza aprovechó para despedirse.

– Menudo peso me ha quitado de encima ese tipo. Y con lo que me ahorro de sus sesiones me voy a comprar una televisión guapísima que he visto viniendo para acá.

Al salir el último paciente, la secretaria dio por terminada la sesión y el comunicador sonó en el despacho vacío.

–Señor Azúa, ahora viene el grupo de Oyentes Compulsivos.

¿Les hago pasar ya?

Cinco años después.

Los ojos formaron una empresa de asesoría gráfica de gran éxito. El señor Ogino ha sido elegido recientemente empresario del año por la revista Forbes.

El profesor Azúa reside en Benidorm, dónde ha retomado su antigua profesión de entretenedor de jubilados.



La Patatera

Decidí aprovechar una de esas treguas del invierno para ir a tomarme un trago de sol al pequeño quiosco del puerto. Acompañé el calorcito con un martini y unas patatas. El aletear de las gaviotas traía unas agradables rachas de mediterráneo.

En una mesa próxima, dos viajeros de los de venerable melena cana y aspecto señorial, compartían conmigo el estupendo deporte de la vagancia. Uno de ellos, con acento italiano, se mostraba especialmente comunicativo.

–¡Qué hermoso puerto! ¡Y qué precioso establecimiento, signora! –la propietaria agradeció el cumplido y les sirvió otro par de cervezas.

–¿No le parece agradabilísimo este local y este entorno? –dijo el anciano dirigiéndose hacia mí.

–Claro –contesté yo– Aunque no todo el mundo parece pensar lo mismo por aquí. Hay quién dice que desentona, que no es suficientemente...

–¿Suficientemente mediocre tal vez? Ah, botarates. Aquí todo el mundo opina. Hasta los columnistas de la hoja parroquial, que todo lo que saben de arquitectura se reduce al arreglo de su cuarto de baño, empiezan enseguida a dar clases de urbanismo –refunfuñó el hombre.

–No importa, mañana también sentarán cátedra sobre arqueología, pasado sobre enfermedades venéreas y, al otro, le lamerán las botas al político de turno.

Sin perder la sonrisa, comenzamos a desgranar quejas contra las llagas de la vida de provincias y los enemigos del progreso. Parecía tener alguna de esas espinas clavadas o a lo mejor sólo era un tipo lúcido.

–Parece conocer bien el carácter de esta ciudad. ¿Ha estado antes aquí?

–No, hijo mío –dijo soltando una carcajada– en todas partes es igual.

El compañero se estaba arrullado por nuestra conversación. En ese

momento se nos acercó un joven con un teléfono móvil. Parecía ser algún miembro de la tripulación al servicio de los abuelitos cerveceros.

–Señor Terragni, tiene una llamada de Los Ángeles.

Gesticulando con las manos le indicó al marinero que no quería contestar la llamada.

–Tengo todo el tiempo del mundo para hablar con los ángeles. ¿Cierto Mies?

El otro pareció despertar repentinamente y se dirigió a mí como si hubiera estado participando en la conversación desde el principio.

–Claro que todo el mundo opina. Lo importante es que, a pesar de todo, construyamos piezas como ésta. *Las cosas se van haciendo mejor y mejor a través del ejemplo. Si no lo hay, entonces la gente únicamente habla; hablan de cosas que no conocen, con lo que de ningún modo pueden juzgar la diferencia entre lo bueno y lo malo*'.

–Un arquitecto no puede estar esperando ni las alabanzas ni las críticas de cualquier hijo de vecino. Ah, pero hablo de arquitectos, no de levantaparedes –dijo Terragni, el más guerrero de los dos–. ¿Para qué sirve el aplauso? ¿acaso somos futbolistas?

–Así que son ustedes arquitectos –pregunté.

–Lo fuimos, al menos –contestó el italiano limpiándose un bigotillo de espuma– No es que me parezca mal que todo el mundo opine, pero luego la gente cree que todos los que escriben en un periódico tienen un juicio fundamentado: que saben. ¡Que saben escribir al menos!

–Sí, es mucho suponer. Porque aunque la mona se vista de Umbral...

–me atreví a decir para darle más cuerda al cascarrabias, que me divertía mucho.

–¿Quién es Umbral? –preguntó Mies.

–¡Y qué importa! –dijo el italiano– ¡miren ese sol! Mejor: mírenlo a través de esta cerveza. Miren lo azul y lo lejano.

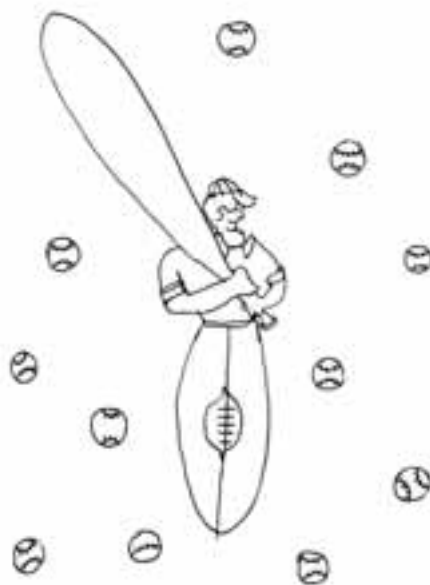
La señora Magdalena –la propietaria del chiringuito– trajo otra ronda. A esas alturas ya me había incorporado a la mesa de los turistas, y nuestras conversaciones iban y venían, de la India a las patatas, y de la creación a las lasañas. Discutíamos sobre la verdadera receta de la lasaña, de la receta

de mi madre a las de las dos abuelas de Terragni, desde los diferentes tipos de queso a la temperatura del horno.

–Todo el mundo opina –sentenció Mies.

Y hasta los ángeles estuvieron de acuerdo.

¹: En Conversaciones con Mies van der Rohe. Editorial Gustavo Gili, S.L.



Primera versión en *La Naval* nº 10. Quiosko Martín Lejarra. Prensa de la República de Cartagena. Septiembre, 1998.

Belleza transgénica

000A001

Primer día del año 0. Comienza aquí el cuaderno de campo del profesor Florentino Botafogo, repudiado por la ciencia oficial, defenestrado por el Tribunal de los Mediocres, hermano de Galileo: creador.

No me extenderé más en la infamia, me espera todo un mundo de nuevas formas y colores, de aromas inexplicables y texturas desconocidas.

Mi destino es una nueva vuelta de tuerca a la Historia de la Ciencia, un latigazo al fundamentalismo dogmático. Poesía, imaginación y vida ¿es todo esto tan incompatible con el progreso?

Ética y razón: fango para mis ruedas.

097A001

Mis primeras investigaciones me llevan a utilizar las estructuras de ADN como un inmenso teclado de piano, de órgano catedralicio y de sintetizador a un tiempo.

He empezado a crear mis primeras flores metanaturales, de momento pura forma, pura extrañeza y colores confusos –una flor saxofón y un cactus perchero– pero se me abren infinitos campos en los que proseguir investigando.

457Ñ005

Flores púdicas o desvergonzadas, amigas de la luna o solares, asexuales o ninfómanas, todas ellas nacidas de una cepa común, pero infinitamente variables según las mínimas y pertinentes variaciones a las que las someto en mi procesador. Mezcla interdisciplinar de cadenas cromosómicas, musicales: pensamiento y azar.

Entre la ansia devoradora de Nepente y las gozosas tormentas de polen se mueve mi destino.

341C006

¡Cuánto tiempo ha pasado desde que el abarrotado y caótico laboratorio en el que ahora me muevo era pulcro e inexperto! Los informes, las pruebas, los archivos rebosantes, los cultivos neonatos, van formando el paisaje que acoge a una nueva generación de habitantes de este universo.

Ya es relativamente fácil para mí conseguir plantas tristes y hongos extrovertidos, azucenas que prefieren a Satie y costillas de Adán encaprichadas de una lámpara de flexo.

Puedo ya empezar a afirmar que no basta con la carga genética para entender a un individuo: dos ejemplares del tipo AZ14 fueron criados frente a cuadros de Lúgrís y de la Mallo. El uno luce ahora un porte marinero y la otra es una castañuela alegre y cupletera.

Introduciendo cromosomas con las mismas incoherencias que presentan los de los monjes de un monasterio griego he visto rezar a crasas y blasfemar a palmeras.

202E007

¿Quién, viendo mis rosas aceradas y mis tallos serpentes, podrá culparme por jugar con la Naturaleza? ¿No es ésta otra creadora aún más caprichosa y absurda que yo?

En ella cabe las aberraciones más crueles y las deformaciones más dañinas; en mi mundo sólo la metáfora y la rara belleza.

202E008

Busco ahora una nueva generación de plantas camaleónicas, transformándose continuamente en función de su entorno y de sus propias leyes estéticas. Células fractales y clorofila óptica para una nueva era.

985H010

Mis plantas han comenzado a interrelacionarse y mis invernaderos a transformarse en un complicado laberinto de relaciones y pasiones encontradas. Han aparecido las sectas y la política botánica, la frustración y el individualismo. No era esto lo que esperaba al comenzar mis investigaciones. He de repetir todos los experimentos a partir de 000F001. Tengo ahora la duda de qué hacer con este universo confuso y que tanto amo. ¿Debo seleccionar las plantas que deben sobrevivir y eliminar las que yo creo que

son dañinas y perjudiciales para el orden general?

Entiendo ahora las dudas del Creador. Entiendo también la tentación del dictador y el genocida. Horror y lágrimas.

Mi abundante secreción lacrimal ha ido a caer al frasco AM56: en un par de minutos he visto nacer toda una nueva especie de orquídeas plañideras.

997[H01]0

Debía haber entendido los deseos de esas enredaderas por jugar con mis piernas, por abrazarse a mí cada vez que pasaba junto a ellas. Nacieron del tango y el bolero, de la novela rosa y la crónica negra: eso es jugar con fuego.

No culpo a esta *Passiflora Racemosa* 3Zt ni a esta *Hedera Helix* 6a por su amor, por la irrefrenable pasión que las lleva aferrarse a su creador, por no ver en él al imposible sino al amado.

Su estructura molecular es similar a la del titanio así que no es probable que consiga deshacerme de sus lazos. He hecho una sencilla ecuación con la velocidad a la que sus tallos cubren mi cuerpo y pienso que me quedan diez minutos, más o menos.

¿Qué hacer los últimos diez minutos de una utopía, de una vida consagrada a la belleza transgénica? ¿Ironizar? ¿Encontrar una frase [perfecta] con la que entrar en la Historia? ¿Pedir perdón por mi osadía? ¿Saldar cuentas con [Dios]? ¿Cantar un aria? ¿Con esta voz?

Extractos de los trabajos de investigación del profesor Botafogo, encontrados tras su muerte en el Centro de Desarrollo Transgénico de El Ejido, Almería, en el que paso recluido los últimos años de su vida.

Falsacapa

Tenía delante todo el mar, todo lo azul y lo lejano, y, sin embargo, se encontraba irremediabilmente atado al lugar. Las cuerdas de los numerosos barcos del puerto trenzaban la red que le impedía escapar al desastre. Se sabía en la calma del ojo del huracán, en uno de esos curiosos nudos de la historia que marcan los destinos de un pueblo. Los dados estaban echados, pero él aún desconocía el papel que le había reservado el azar: el de héroe o villano, el de víctima o verdugo, el de peón de brega o lugarteniente de la Gloria.

Todo alrededor se empeñaba en la rutina y el sopor de lo cotidiano: los hombres malgastándose en tareas banales, las gaviotas acunándose al son de la música de las jarcias y los quejidos de las maderas, las nubes dibujando con sus sombras en las montañas peladas.

Cogió un guijarro aplanado para hacerlo rebotar sobre la superficie lacada del agua. Pero la piedra se fue al fondo sin intentar siquiera un salto de cortesía.

No importaba que al otro lado del horizonte lo esperara su adorada Orán, o la Nápoles de sus antepasados: al extremo de la argolla invisible que colgaba de su tobillo había una tremenda y pesada bola, una condena inmensa del tamaño de toda la ciudad de Cartagena.



Toys are us

El teléfono sonaba insistentemente en la destartalada sucursal de la C.I.A. en Tucson. Los recortes presupuestarios del Congreso, propiciados por una serie de continuas pifias en operaciones delicadas, habían hecho que la nueva plana mayor llegara a acuerdos con empresas de todo el país para el mantenimiento de la agencia. En Arizona, los sótanos de Toys'r'us servían de improvisada oficina secreta desde la que manejar los destinos del mundo. Una remesa de jirafas de peluche y una pila de mecanos oxidados vigilaban los teletipos y ordenadores de segunda mano, que servían a los fines de la élite del mundo de los espías.

Alguien se decidió a coger el teléfono aquel cansino lunes invernol. El inspector, mientras tanto, daba de comer a los famélicos peces de su acuario. –Jefe, es Rodríguez. Olvidé decirle que estuvo llamando toda la tarde del viernes y el sábado.

–¿Rodríguez? ¿No estaba de vacaciones?

–Sí. Llama desde España. Dice que es muy importante.

El inspector esbozó una mueca de fastidio infinito, pero se decidió a coger el toro por los cuernos.

–Dígame Rodríguez.

–Señor Van Sickle, no se lo va a creer, pero creo que he descubierto algo grande...

–Puede jurar que no me lo creo, pero siga.

–Mire, estoy de vacaciones en Cartagena...

–¿Está usted en Colombia?

–No, no, en España. Es que aquí hay otra. Verá, el otro día estuve en una exposición de pintura, que ya sabe que me gusta mucho, y encontré algo desconcertante.

–Eso me va sonando.

–Déjeme explicarle. Los cuadros son de una pintora que se llama Carmen Navarro. En un primer momento no me di cuenta, pero poco a poco todo

empezó a encajar como un rompecabezas.

El inspector se puso cómodo y empezó a hacer su crucigrama mientras el excitado agente relataba su vital descubrimiento.

–Los ovnis de Reykjavic, ¿le suena?, la Operación Dromedario Insolente en Libia, ¿le suena?, las gatitas gemelas del presidente ¿le suenan?. Pues está todo ahí, en sus cuadros, a la vista de todo el mundo, aunque sólo alguien que sepa de qué va todo esto puede descifrarlo. Pero me temo que es un mensaje en clave para comunicarse con algún servicio de inteligencia. Estamos vendidos, jefe.

–Rodríguez, cálmese. Me abrumba con su capacidad de imaginación, pero creo que otra vez se excede. ¿Mensajes en cuadros? ¿En Cartagena de España?. Mire, relájese y disfrute de sus vacaciones, a ver si a su regreso vuelve convencido de que la guerra fría terminó hace años.

–¡Que sí, jefe, que está clarísimo!

–Bueno ¿y que tal pinta? –interrumpió el inspector tratando de dar un nuevo rumbo a los desvaríos del agente.

–¿Qué? Ah, realmente bien. A mí me parece detectar un aire de Alcolea, de cierto Hockney, de Basquiat, de Kenny Scharf...

–¿Kenny Scharf? ¿No es ese el que, según usted, había descubierto toda la verdad sobre el caso Roswell en su anuncio de Absolut?

–Sí, verá, aquello fue un error. Y tampoco quiero decir que sea lo mismo que...

–Oigame, Rodríguez. Lo único que le reconozco es su buen olfato para el arte, que corre paralelo a su ineptitud para practicar este oficio. Así que va a hacer una cosa: regáleme alguno de los cuadros de esa chica y puede que se me olvide este incidente. Su hoja de servicios tiene tantos tachones que pronto parecerá una hoja de calco.

Y diciendo esto colgó enérgicamente el teléfono.

Una carretilla sepultó a la secretaria de la oficina entre montones de cajas de Power Rangers.

–Pero, ¿qué demonios es todo eso?

La señorita Myers –resignada– se apretujó todo lo que pudo mientras recogía una nueva llamada.

–Jefe, no se preocupe. Sólo será unos días, el encargado dice que es por lo de las rebajas. Por cierto, tengo por la otra línea a Elvis. Dice que está

harto de ser croupier en Barbados y que quiere una nueva identidad.
–Lo que me faltaba! El inspector se fue a por los dardos y lanzó uno contra el viejo mapa mundi de la pared.
–Sierra Leona, dígame que estoy allí por un asunto muy importante.
El inspector examinó pensativo el dardo. Sierra Leona tal vez fuera un buen destino para esa tortura llamada Rodríguez. Decidió esperar y darle una oportunidad del tamaño del cuadro que éste le trajera. ¡Y más le valía que fuera bueno!





Europía

*Inmóvil observo este cuarto desnudo, en Alemania,
el alto cielo raso, antaño blanco,
el hollín que cae sobre la mesa con flecos diminutos;
y mientras la ciudad que me rodea oscurece deprisa,
yo me entretengo en escribir un texto que tal vez no existió.
Restauró mis imágenes, yo soy mi propio falsificador.*
H. Magnus Enzensberger

Autopistas de Europa. Museos del mundo. Lluvia azul. Ojos agotados y disco duro sobrecargado, suplicando memoria, emborrachado de historia. París. La imponente figura de la torre Delaunay se recorta en el oscuro silencio de la gran plaza deshabitada. En la ciudad de la luz sin luz sólo destacan los enormes dígitos que señalan los días que faltan para entrar en el nuevo siglo.

El viejo Montmatre es ahora un león desdentado y sarnoso, pero aún ruge en las obras de Toulouse y Rusiñol, en las melancólicas sonrisas de Satie y en los gorgoritos ebrios de una vieja soprano enamorada.

Querida amiga:

Limpiaparabrisas moderato. Mondrian negro. Luz de cruce. Vincentland.

Bruselas. En la Maison du Dragon, un complicado laberinto oriental, un chino de ojos taimados busca dónde alojarnos. De una pequeña entrada se pasa a un gran restaurante, of course chinoise, de ahí a un bar y, por fin, al hotel. Las habitaciones están escondidas en extrañas escaleras, lejos de las inspecciones de hacienda. Afuera parpadean los neones de los espectáculos eróticos, los grandes hoteles, los barecillos de travestíes.

A la mañana siguiente: desayuno continental en decorado asiático. Veo la sombra de Hergé sonriendo entre la perfumada lluvia de la capital de los belgas.

Me fascina la capacidad de Magritte para aunar jovialidad y hondura, negros presagios y sonrisas tiernas. De inventar un código con el que nunca se traiciona: colgado en el MOMA o en un anuncio de dentífrico. Veo sus inocentes gamberradas en súper ocho y reconozco en él al amigo. En la noche de Bruselas encontré los tranvías y las calles de Delvaux, los hombres grises de Magritte. Nunca los hubiera considerado costumbristas. Ensacharon los horizontes de su provincia hasta hacerlos coincidir con nuestros sueños.

Me he comprado unos zuecos en Holanda. Rembrandt, Van Gogh y Basquiat pintaban con ellos. Tengo también una máscara africana para hablar con los antepasados, y un ojo de cristal para adivinar el futuro.

En algo me parezco a Van Gogh: tengo una oreja averiada, sufro de constantes ruidos y zumbidos, y pinto. Como él aspiro a la intensidad y soy atacado constantemente por la estupidez cotidiana. En lo demás me parezco tanto como un elefante a una hormiga. Pero ante las carpetas que un día guardaron sus cartas a Theo, la hormiga se estremece como ante el abrazo ausente de los padres.

Perdiéndose por las autopistas de Europía, uno puede toparse con la Villa Saboya de Le Corbusier, pasar junto a la arcadia de Claude Lorrain, o engrosar el bolsillo de un par de espabilados que se aprovechan de un depósito vacío y un bosque negro. Negro como el más oscuro de los rothkos.

La mujer de azul del cuadro de Vermeer lee esta carta:

Querida amiga:

Todos estos días han sido de intensa y reveladora experiencia. He paseado por el filo del síndrome de Stendhal, recorriendo kilómetros de pintura y horas de silencios. No sólo fueron Macke, Whistler, Delvaux, Sickert. Ni los espléndidos fuegos de artificio del Guggenheim bilbaíno.

No sólo las calles de Burdeos, ni el Louvre, ni el Petit Palais, ni el Museo de Arte Moderno de París. Ni todo el resto de París. Ni Munch y la luz del norte.

No es que fueran las brasas pálidas del gran Magritte en el país de los tintines, ni



Stuart Davies, ni Rembrandt y todo el Rijksmuseum. O los canales grises de Amsterdam, o los amarillos visionarios de Van Gogh.

Es toda la locura condensada de este cuerdo y todos los otros locos, destilada en un poderoso veneno que aún me impulsa a escapar al sur, a buscar la luz: la Sainte Victoire. Que me arrastra a buscar supervivientes en el naufragio, a Spilliaert, Whitsen, Monory, George Bellows... Que me amarra a un vídeo explorador; que me impulsa a revolver entre los libros, que me obliga a mirar y a ver, a robar compulsivamente las imágenes.

Querida amiga, dirás que ya te he contado esto otras veces, que no hay fiebre que no pase con un buen tazón de monotonía, pero es que ahora veo a la oruga devorando el tiempo.

Esa pequeña oruga belga.

Llevo el bolsillo lleno de divisas caprichosas, calderilla multinacional, y con ella quiero comprarme un castillo en los Pirineos.

Mañana te contaré otras cosas, sobre la búsqueda del motivo o sobre la conveniencia del desorden, sobre colores puros y saturados, sobre grisallas.

Mientras tanto, saludos por Delft.

No se explica este siglo de máquinas y extraños, de aeropuertos y tiendas de gasolinera, sólo con pintura. Reconozco por donde voy los instantes congelados de Jeff Wall y Phillip-Lorca Di Corcia, los paneles de Jenny Holzer, las manías de Sophie Calle. Hasta las propuestas más estúpidas y manidas comienzan a incorporarse a este paisaje, a fuerza de verlas aparecer entre oleadas de turistas cubriendo días de agenda: rayas de Buren en cafeterías, kellys troceados, cientos de cuadros blancos de pintores de cuadros blancos.

Entre aquellos y estos, los que me interesan y los que avivan mi muy exigente intransigencia se abren grandes fosas de ironía. Aunque he visto como giraban la veleta de mis admiraciones en direcciones insospechadas, como se iluminaban autores oscuros y cómo perdían su brillo los elefantes dorados, ya he cultivado enemigos irreconciliables y amistades peligrosas; en cualquier bando, no siempre en el que los demás esperan. El lema de mi república es: nunca digas nunca.

Tener dos ojos en casa, diez, cien si es necesario. Ver a cada cual como es,

sin necesidad de mirarle los dientes, ni quitarle las herraduras.
Aprender a mirar sin leer la partitura, de oído, y después, a improvisar. A llenar largas veladas de humo y copas con solos e instrumentales de miradas. Voyeur boogie-woogie.

*(...) moja el pincel en sombra calcinada:
hará un cuadro sombrío. ¿Por dónde comenzar
cuando se quiere pintar el fin del mundo?*

*(...)Os lo he dicho una y otra vez:
no hay arte sin placer
H. Magnus Enzensberger*

Arrastro mi cuaderno digital por Europía. Mi vídeo barre imágenes que ni siquiera he visto; es tan rápido como mi cabeza, tan certero como cien carboncillos, como diez mil bocetos. Mi brazo es de esta época. Pinto con óleo y píxeles, con el cerebro y la máquina, a la luz de cientos de bombillas incandescentes, tensando arcos de fibra óptica, lanzando flechas de millones de gigabytes de potencia. Tengo un pincel atómico y un lienzo la mar de tradicional.

Cada viaje esconde sus claves secretas. En un mostrador abarrotado de un drugstore de Madrid encontré El Hundimiento del Titanic de Enzensberger. En los alrededores de Maastricht sonaba Kurt Weill en las cascadas voces de Lou Reed y Marianne Faithfull. Gail Levin me habló del libro de Peter Handke sobre Cape Cod y la montaña Sainte Victoire. Viajes exploratorios, fanáticos, iniciáticos. Próxima salida: Realidad.

*Querida amiga:
Ahora que estoy leyendo el libro del escritor austriaco del que te hablé, te imagino como en el cuadro de Hopper, con este papel entre las manos y una maleta a medio hacer.*

Yo ya casi no me atrevo a no deshacer la mía, cansado de este trasiego de hoteles y recepcionistas. Sabes que no me gusta viajar, aunque adoro la idea del viaje. Otra de esas contradicciones de las que estoy hecho.

Cézanne, una vez que le pidieron que describiera lo que entendía por “motivo”, acercó “muy despacio” los dedos abiertos de ambas manos, unos frente a otros, los dobló y los entrelazó.

Peter Handke.

El norte quedó atrás con su húmeda belleza gris. Un sol deslumbrante me recibe en las puertas de la Provenza, una luz de pelo rojo y tráfico dominiguero. Un calor familiar: cuervos en los trigales.

Hace años, en las arenas de Arles, vi la única corrida de toros de mi vida. Buscando a Vincent encontré a Robert Franck, noches iluminadas en las fábricas de Marsella, sillas de Hockney y pastis mañanero.

Aix-en-Provence es lo suficientemente soso como para parecerme interesante, pero el imán de la montaña atrae poderosamente. En Vauvenargues, mi ventana da a la ladera norte de la Sainte Victoire. Un hermosísimo castillo, sobrio y rotundo, humea junto al pueblo.

Hay pintores en la ruta cezanniana, como antes en Paris, en Amsterdam... Seguidores confesos del plein air, del instante, domingueros y algún genio, casi todos sinceros, momias muchos. Escapados de algún musical americano.

Hay una reproducción de una acuarela en mi cuarto. No sé si es un estudio de Cézanne de la Sainte Victoire o de alguno de su corte de admiradores. El comedor del hotelito está lleno de cuadros regalados a la dueña por pintores transeúntes. Todos parecen haberse sentido cerca de la fuerza. O han venido a buscar el motivo.

Yo sólo quiero –ante la mole sagrada– acercar los dedos abiertos de ambas manos, doblarlos y entrelazarlos.

In him was life; and the life was the light of men.

And the light shineth in darkness; and the darkness comprehended it not.

John, 1, 4-5

A la hora de la cena, pregunto a la dueña por el imponente castillo que veo desde mi ventana

–¿No lo sabe? C'est le chateau de Picasso.



Y un extraño escalofrío recorre mi estómago provenzal. Más fantasmas para agregar a la lista: Picasso, Matisse, Volland... fotos en camiseta de rallas y calzoncillos: el titán del siglo y de las leyendas aprendidas.

Después de tanta Europa y tanto cool, una brisa de misterio y romanticismo sureño. ¿Cómo, sin buscarlo, se puede caer en un cuarto que va a dar a la tumba de Picasso?

Un coro de ranas enloquecidas anima el descanso del malagueño. Dejo las ventanas abiertas para que entren todos los mosquitos de la oscura noche de Vauvenargues. Tal vez alguno descienda del que le picó a don Pablo Ruiz, una noche como ésta tiempo atrás. Tal vez alguno aún conserve un cromosoma del genio, transmitido durante generaciones de veintisiete días...

Mi lado cerebral está en crisis.

Querida amiga:

Voy a dormir –si es que la excitación me deja– junto al viejo castillo del maestro, a la sombra de la montaña blanca, con la maleta llena de libros y la cabeza de imágenes.

¿Crees que todo esto será suficiente para pintar un cuadro –al menos uno– que merezca la pena?

Pensar en formas, en franjas, en campos de color. Bocetos de Corot, molinos de Mondrian, acuarelas de Macke. Plástica pura, placeres matemáticos, laberintos en el alma. ¿Cómo se pueden tener cien maestros a la vez, y no estar loco?

Siempre echaré de menos las obras ante las que tuve que pasar de largo, extenuado y al borde de mis fuerzas, con los ojos doloridos y la cabeza zumbando: giottos, mantegnas, flamencos, kirchners, delacroix, riberas, de la Tour, watteaus, zurbaranes, de koonings, broodthaers...

Milagros que llenarían días enteros de oscura existencia provinciana. Gritos de sirena ignorados en bien de mi cordura.

Europa es una larga autopista, un continuo rosario de peajes (de Barnabooth a Wim Wenders, de Robert Walser al realismo mágico). Una avenida de sex shops y restaurantes multirraciales. El espectro de Le Pen sonriendo en una valla, las Ardenas, Verdún, el arte degenerado, la sombra

al norte, la luz al sur. Ronda de noche: Europía amenazada.

Cadaqués: otro de esos pequeños puntos en el mapa que atraen como un faro irresistible a los artistas. A Magritte y Georgette, a Duchamp y su tablero de ajedrez, a Arroyo y a María Grazia Eminente...

Y en Port Lligat –gran murmullo– a presentar mis respetos al mejor artista de la provincia de Gerona, al gran Dalí, el apestado, el desterrado del Olimpo de los grandes por leídos y estudiantillos. Culpable de sus excesos, de su interminable fertilidad, de su horror al vacío, pero que aún ha de sacar conejos de su sombrero, a poco que la historia se deje y sus bigotitos se olviden.

En medio de una oscura tarde uno de esos cursis y gloriosos efectos dali-nianos: un espléndido arcoiris recortándose en el azul profundo. Doy las gracias y recojo piedras y cristales blandos: hormigas transparentes.

*Qué otra cosa podría ver un explorador cansado
dentro de los límites de un metro cuadrado de tristeza...*

Bernardo Atxaga

Querida amiga:

¿Me escucharás también cuando te escriba lejos de la carretera, fuera de este mundo de moteles y ropa arrugada? ¿Querrás saber de este gris y aburrido pintor cuando no oigas de él más que los lamentos de una vida pulcra y ordenada?

Lejos de toda heroicidad, con la sola compañía de los pinceles y la memoria, seguiré pensando en ti y en esa noche de ranas plañideras, pero no sé si tendré el valor de escribirte ni el coraje de olvidarte.

Madrid, Bilbao, Burdeos, París, Bruselas, Amsterdam, St. Priest, Aix en Provence, Arles, Cadaqués, Barcelona, Cartagena. 1998.

En Arte y Parte nº 22. Santander, 1999.

Lili, Mimi, TT

Los días decisivos no siempre avisan su presencia. Muchas veces se disfrazan del cotidiano ir y venir de nuestros cansancios y rutinas, del aburrido y eterno aroma de lo gris.

En uno de aquellos días, mientras contemplaban la cueva de los osos del zoo de Berna, supieron que su vida estaba a punto de dar un vuelco.

–Quiero ser una mujer, una sola mujer.

Y la hermana asintió, sin apartar su mirada del joven que fotografiaba los juegos de los animales.

–Estaba pensando lo mismo. Y quiero ser artista.

Saludaron al unísono al joven ondeando un pañuelito de encaje. La coordinación de sus movimientos recordaba los afanes de los espejos por imitarnos, por enfrascarnos en sus caprichosos jeroglíficos de apariencias y realidades.

El joven se ruborizó y devolvió una sonrisa que ambas hermanas guardaron en su camafeo, creyéndose únicas poseedoras de la hermosa promesa azul.

Las siamesas Kitsch eran una de las atracciones del Teatro de Fenómenos Pop, un circo ambulante que cosechaba un gran éxito entre los amantes de lo extraño en una época, por lo demás, bastante extraña. Mutilados, deformes, tatuados y demás enemigos de la norma, paseaban su rareza para tranquilidad del resto del género humano, eternamente preocupado por la uniformidad y el espíritu gregario. Estos monstruos asustaban, más que a los niños impresionables, a los fantasmas de sus padres: el rechazo del grupo, el síndrome del patito feo. Cualquiera era “normal” al lado de este desfile de excentricidades.

Lili y Mimi, hermanas de sangre y carne, unidas por lazos mucho más fuertes que el parentesco, no sabían lo que era la soledad.

Acostumbradas como estaban a la eterna presencia de la otra, nunca ha-



bían sentido la necesidad de encaminar sus pasos adonde sólo una quisiera ir.

Hasta aquella mañana de primavera en que sus deseos se desperzaban al tiempo que los adormilados osos.

Volvieron al día siguiente y supieron que el joven impresionaba placas para una editorial de postales, que era rumano y que tenía una voz dulce y fuerte, y que próximamente marcharía a Zurich a casa de su tío.

Y ellas, que se lo contaban todo, no se dijeron la una a la otra lo que sentían por el joven Hugo, que así se llamaba el fotógrafo.

Se despidieron del circo, pese a los ruegos del director y a los consejos de sus compañeros, llevándose todos sus ahorros y sus escasas pertenencias.

Unos días después se instalaron en la calle Spielgasse de Zurich, enfrente de un local al que sabían solía acudir su galán.

Y así fue como llegaron, con la única guía de la música del azar, a uno de esos ojos de huracán de la Historia.

Cogieron unas habitaciones junto a las de un refugiado ruso desde las que se podía ver el Cabaret Voltaire, cuartel general de los alocados miembros de un nuevo movimiento artístico: Dadá.

Solían pasar largos ratos asomadas al balcón, viendo entrar y salir a la gente.

A veces jugaban partidas de ajedrez a tres con su vecino, constantemente interrumpidas por el trasiego de visitantes que recibía.

Una noche de fanfarria y farolillos vieron entrar en el cabaret al fotógrafo de osos y, olvidando su timidez y su aversión a las masas, decidieron entrar a conocer el lugar.

Con sus mejores galas y el paso tan acompasado que sólo parecían un par de mujeres caminando agarradas, las Kitsch se instalaron entre el bullicio y se atrevieron con un par de jarras de cerveza.

–¡Qué sorpresa encontrarlas aquí! –el joven parecía realmente confundido con su presencia.

–Sólo los montes no se encuentran. –dijo Lili con un brillo de diamante en sus ojos.

–Es un proverbio belga. –puntualizó Mimi– Los españoles dirían que el

mundo es un pañuelo.

–Y yo me alegro de que lo sea.

Todo el mundo acababa por detectar la presencia de las siamesas, pero los rumores acababan en cuanto dejaban de ser novedad.

Un grupo especialmente interesado se acercó a la mesa.

–Mi querido sobrino. Tienes que presentarme inmediatamente a estas bellezas.

Las hermanas reconocieron al tío artista del que les había hablado Hugo.

–Las señoritas Lili y Mimi Kitsch –y dirigiéndose a ellas– Señoritas, mi tío Tristan Tzara y sus amigos...

–¡Oh! Estos son nuestro dadafilósofo Hugo Ball y nuestro dadabasurero Kurt Schwitters.

Las hermanas se miraban extrañadas y divertidas.

–Y ustedes, mis queridas señoritas, son la dadabelleza personificada.

Las dadadivagaciones de Tzara dieron pie a una velada de chascarrillos y locuras, de teorías y contrateorías, que acabaron por confundir totalmente a las hermanas, pero que les abrieron las puertas a un mundo tan disparatado como el real, pero mucho menos serio.

Las Kitsch se convirtieron en asiduas de las tertulias y acciones Dadá.

Mientras tanto, el amor se introducía entre las siamesas como una cuña en el hielo.

El día que Mister Majareta –un músico llegado de Berlín cuyo espectáculo consistía básicamente en ir destrozando uno por uno los instrumentos de su pequeña orquesta entre el frenesí del público– tocaba en el Voltaire, las hermanas decidieron aceptar la invitación de Tzara para intervenir en un acto.

Hugo Ball deambulaba por el escenario vestido de hombre lata, las hermanas lanzaban coloridas pompas de jabón y Tzara anunciaba el nacimiento de un nuevo artista.

–Lili, Mimi, TT. Un artista con tres cabezas y dos cuerpos. Li-Mi-Te.

El rumano, en volandas de una docena de licores, recitaba con la convicción de un charlatán de feria.

–*Nosotros somos directores de circo y chiflamos por entre los vientos de las ferias, por entre los conventos, las prostituciones, teatros, realidades, sentimientos, restauran-*

*tes, uy, jojo, bang, bang.*¹

Y acompañó el recitado sacando una pistola real y disparando al aire. La gente corrió espantada y acabó interviniendo la policía.

En un pequeño banco de la comisaría de Zurich fue donde el joven Hugo Tzara rompió dos corazones con una sola frase.

–Parto inmediatamente para América. Sé que allí está mi futuro.

Y cada hermana Kitsch supo que el suyo también.

Pero antes debían soltar lastre y comenzar a vivir en un mundo sin mitades.

Gracias a su vecino ruso, Vladimir Illich Lenin, comenzaron a divisar una luz al final del camino.

–Precisamente en América, en Nueva York, conozco a un cirujano maravilloso que podrá ayudarles con su problema. Vive en el sur de Manhattan, en un barrio tan lleno de ucranianos que lo llaman la pequeña Odessa.

Meses después, las hermanas que habían ido arrojando todo su pasado contra la estela que dibujaba el barco hacia su meta, divisaban la antorcha de la estatua de la libertad. Brillaba casi tanto como la sonrisa del sobrino de Tristan Tzara, como los ojos del fotógrafo de osos, como la esperanza.

–Su operación es relativamente sencilla. Pero no está de más que encomienden su suerte al dios que ustedes prefieran.

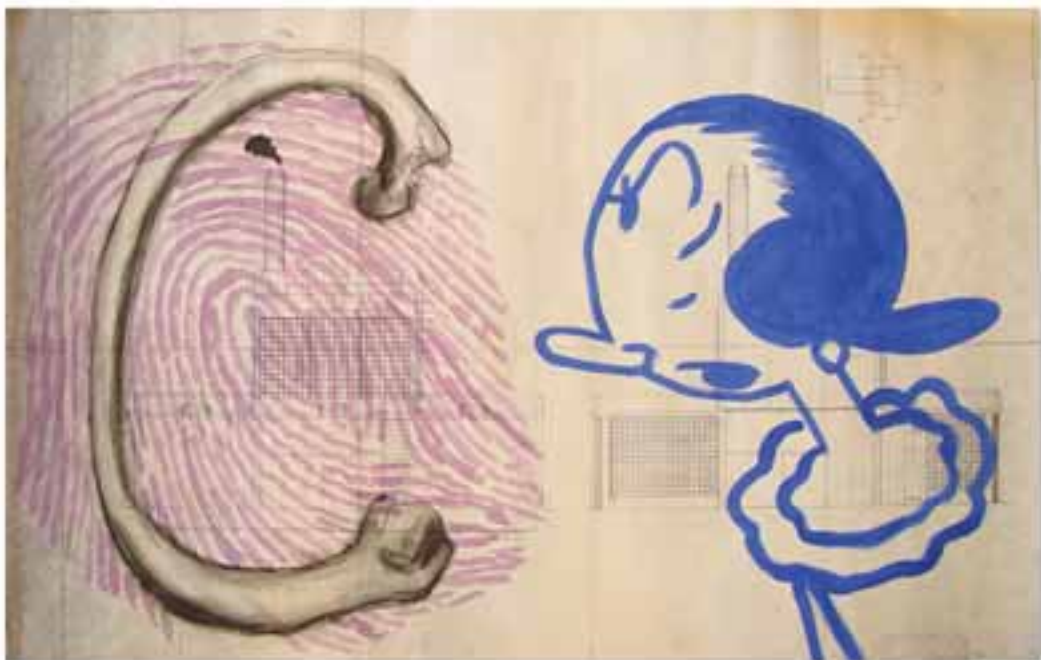
Y sea por los dioses o por las hábiles manos del cirujano, el caso es que Lili y Mimi fueron por fin dos, y a lo único a lo que estaban atadas era a su propia sombra.

Vivían juntas y ambas, que habían recibido su bautizo de fuego en el cenáculo dadaísta, querían ser artistas.

Lili, inspirada por las enseñanzas del dadabaturero Schwitters, se decidió por la plástica, frecuentando el círculo de Stieglitz y su galería.

Mimi prefirió las variedades, y consiguió cierta fama entre los asiduos de la calle 42, no sólo por su hermosura y su peculiaridad –le faltaba un brazo– sino por su electrizante e hipnótico baile y por las diabluras que conseguía hacer con los aditamentos incorporados a unos senos de belleza clásica.

Mientras tanto el hombre de sus sueños se había diluido entre la marea de inmigrantes que, como un chorro incesante, entraban por la isla de



Ellis. El gran continente americano se lo había tragado con la glotonería de una ballena bulímica.

Sucedió en un museo. Fue en la primera exposición Dada organizada por el Museo de Arte Moderno donde los tres garabatos de sus vidas se volvieron a tropezar.

–Estás estupendo, Hugo.

–Y vosotras... es increíble. Es toda una sorpresa.

–Dos, somos dos. Una y una.

–Ya veo.

Y volvió de nuevo a girar el engranaje en una orgía de feromonas y deseos entrecruzados.

Los días pasaron y las hermanas, que seguían sin contarse su mutuo amor por el joven, se entregaron a un vodevil de citas a escondidas y encuentros entrecortados.

Una excursión al paraíso que amenazó tormenta en cuanto el ánimo del rumano se tornó oscuro y premonitorio.

–Tengo que decirles algo.

Las Kitsch empezaron a oír un silbido, como cuando estallaba una bomba, como el que hacían los suicidas que volaban a la acera desde los rascacielos.

–Me marcho al Oeste. He decidido dedicar mi vida a Dios.

Y las hermanas tuvieron que apoyarse la una a la otra por su brazo ausente, como en la vida anterior a él, como cuando el mundo aún no se había vuelto loco y las únicas monstruosidades que pasaban en Alemania eran las del circo Pop.

Nueve meses después de que la luz escapara al oeste, un par de pequeñas luciérnagas comenzó a brillar en las vidas de Lili y Mimi.

Y la vida siguió girando.

Nadie puede escapar al destino.

Nadie puede escapar a DADA.

Tan sólo DADA pude hacerle a usted escapar al destino.²

Mil novecientos noventa y nueve. Esperanza y Carmen Kitsch, descendientes de una larga saga de madres solitarias, salían del despacho del abogado de un pequeño pueblo de Utah.

Habían ido al funeral de sus abuelas, fallecidas en un accidente coche.

–Todas sus pertenencias están en esas cajas.

Pasaron la noche en un bonito motel, dedicándose a descifrar las mil y una historias de las abuelas, cuidadosamente documentadas en forma de fotos, cartas, carteles, cuadros, dibujitos, colchas...

La heroína del erotismo y la precursora del pop art entrecruzaban sus vidas en calendarios para camioneros e invitaciones a inauguraciones, carteles para actuaciones en Las Vegas y anuncios para refrescos, collages y revistas, trajes de lentejuelas y boinas negras.

Y dos cofres de tesoros: uno con una preciosa colección de zapatos de tacón de aguja, otra con dibujos dedicados a Lili de Grosz, Dove, Marsden Hartley, Rauschenberg, Rosenquist, Vargas...

Tesoros empaquetados el mismo año que el abuelo decidió mandar dos cartas anunciando a sus destinatarias que había decidido hacerse pastor de una secta mormona escindida: la única que aún permitía la poligamia.

El último recuerdo era una foto de los tres –el abuelo Tzara y las abuelas Kitsch– metidos en un gran poncho indio con tres agujeros para sus cabezas. Al fondo el Gran Cañón del Colorado, el gran agujero sagrado amparando sus sonrisas y sus arrugas. El marco era de indios y vaqueros, con la leyenda “Recuerdo del Gran Cañón”.

Puro pop. Puro kitsch. Pura vida.



Los hermanos McCharris

*A María Charris,
la niña de mis ojos.*

La luz azulada del ordenador comenzó a dibujar la habitación. El ruido de la gatera anunció la llegada de Duchamp, que volvía de su habitual gira por los tejados reclamando su cena. Me pareció que el estudio estaba demasiado ordenado. Tanta limpieza denotaba una de esas paradas biológicas en la actividad de los artistas, previos al combate contra los materiales y las ideas, previos a las cacerías de milagros, unas veces saldadas con piezas insignificantes y otras con rinocerontes blancos. Los lienzos tensados, los pinceles limpios, los archivos ordenados: una gran llamada al desorden, un motor esperando ser arrancado. Cuando fui a sentarme frente al ordenador, la habitual imagen de la pantalla había sido sustituida por una gran nota amarilla, uno de esos post-it electrónicos que a veces utilizábamos para recordar citas y tareas. Noté que algo raro estaba pasando: la nota amarilla me recordaba a uno de esos oráculos escondidos en las galletas de la fortuna de algunos restaurantes chinos.

*Estoy lejos. No huyendo ni escondiéndome: no desapareciendo.
Hago un viaje al porvenir. No sé cuánto va a durar; ni lo que voy a encontrar en el camino, pero sabes que siempre vuelvo. Al final siempre gana mi mitad sensata, esa absurda fidelidad a los principios de la Constitución de los Buenos Chicos. Pero necesito este órdago lanzado al destino, tan generoso y tirano a la vez.
Hermanito, dales de comer a mis tortugas.
Tendrás noticias mías.
Mateo.*

¿De qué demonios estaba hablando el imbécil de mi hermano? ¿A qué venía ese estúpido tono melodramático? Huir, esconderse, desaparecer, no eran palabras que estuviera dispuesto a escuchar en esos momentos.

Sólo me tranquilicé en parte al autoconvencerme de que todo se trataba de algún juego de Mateo, que bromeaba con mi angustia de los últimos días al ver que no había forma de empezar la exposición a la que nos habíamos comprometido.

Sin duda sería una broma. Sin duda le haría pagar de algún modo por las horas de insomnio y cavilaciones, por el gran saco de pulgas que echó en mi cama en el momento en que decidió escribir la dichosa nota amarilla.

...

Al día siguiente intenté localizarle. No sabían nada de él ni la familia, ni sus amigos, ni nuestros galeristas. Su casa estaba vacía y no había aparecido por el estudio.

Pasaron unos días de incertidumbre y rastreo de posibilidades: hospitales, policía, llamadas discretas...

Decidí esperar unos días antes de contarle a nadie la extraña ausencia.

La siguiente noticia me llegó, vía email, desde algún extraño lugar en el cono sur.

Hola Ángel.

Ya sé que odias estos gestos míos que tu llamas peliculeros, pero me conoces desde siempre (desde que tenías diez minutos de vida más o menos) así que no sé de qué te extrañas.

El Porvenir es un puerto azotado por los vientos, de arquitectura oxidada y viajeros en tránsito.

Cuando te pregunten, di que estoy en Benidorm.

El mensaje había sido enviado desde el Residencial Colón en Porvenir, Tierra del Fuego, un destino de opereta digno de los desvaríos de mi hermano.

Este era uno de esos viajes que, aunque tremendamente inoportuno, llenaban la cabeza de mi hermano de toda clase de pájaros. Los mismos pája-

ros que tanta falta nos hacían para que nuestra obra echara a volar. No estaba seguro de si quería matarlo o abrazarlo, si destrozarle la casa con un hacha o si sentarme a ver los nostálgicos súper-ocho de nuestra infancia. No sabía si odiarlo o quererlo, y no puede pasar ni un minuto más sin contarles el porqué.

Tal vez hallan oído hablar de los hermanos McCharris. O tal vez no, no soy uno de esos artistas que creen que todo el mundo tiene el deber de saber quiénes son.

Baste con decir que somos unos de esos creadores empeñados en lanzar su avión de juguete a un cielo plagado de aviones de juguete.

La única peculiaridad es que somos un artista de dos miembros –como Gilbert & George o Equipo Límite– y que, además, somos gemelos.

El mundo del arte ha decidido que mi hermano Mateo es la mente pensante, el cerebro, las ideas, y que yo, Ángel McCharris, soy el artesano, las manos, la forma. Una categorización lo suficientemente simplista como para encantar al establishment artístico.

Así, Mateo es el listo, el torpe y el bueno, y Ángel es el tonto, el mañoso y el malo.

Estoy dispuesto a considerar que básicamente es así, como que ninguno somos nada sin el otro –apenas un charlatán y un pintamonas– y que sólo juntos podemos acercarnos a hacer lo que queremos.

Digamos que nos iba relativamente bien a esas alturas de nuestra carrera –empezando, siempre empezando– y que nos enfrentábamos a uno de esos retos que nos harían fuertes o en el que pereceríamos en el intento: nuestra primera exposición individual para un gran museo: una cita con la gloria o una invitación al desastre.

Mi hermano y yo decidimos que la palabra antológica nos sonaba a pre-jubilación anticipada, así que nos propusimos una gran muestra individual: decenas y decenas de obras que deberían ser tan estupendas como aquellas que a los demás les parecían estupendas de nuestra producción anterior.

Nuestra firme decisión acalló las dudas del comisario, Oskar Grosz, de nuestros galeristas, Raimon y Leopoldo, y de todos los que confían en



nosotros, al tiempo que servía para afilar los cuchillos de nuestros bienamados detractores.

Planificamos el trabajo concienzudamente, estableciendo plazos y prioridades: todo muy europeo y profesional. El estudio se fue llenando de lienzos y bastidores, de cajas de pintura y buenas intenciones.

Nos reuníamos cada día buscando la llave que haría arrancar el motor tan perfectamente engrasado.

La buscamos por todas parte, entre los libros y en nuestras notas de apuntes, en las calles y en las salas de los museos, pero no aparecía por ninguna parte.

Mi hermano lo llevaba especialmente mal –recordemos que era a él al que le tocaba pensar– y yo me sentía incapaz de empezar a hacer nada sin saber qué ni para qué.

Nuestro barco avanzaba a la deriva y con un gran agujero en el velamen. Las hojas del calendario fueron cayéndonos encima hasta formar una pesada manta.

No podía culpar a mi hermano por echar a correr, sobre todo cuando sabía que había ido a buscar la condenada llave hasta el fin del mundo.

...

El comisario estaba a punto de venir a España a ver las primeras obras de la exposición. Los galeristas empezaban a ponerse nerviosos y a mí sólo se me ocurría ordenar una y otra vez el estudio.

Un poquito de presión siempre viene bien, pero con la desaparición de mi hermano, yo me veía estallando de un momento a otro: los lienzos del estudio serían una explosión matérico-informalista: en el centro de la sala, una mano agarrada a una escoba. El timbre de la puerta interrumpió mis cavilaciones justo en el momento en el que empezaba a redactar mentalmente mi necrológica.

–¡Somos los galeristas de la sensación del 2000!

–Vale, enseguida os tiro la llave.

Era la primera vez que me alegraba de que el estudio estuviera en un tercero sin ascensor y de que el fonoporta estuviera estropeado. Eso me dio el tiempo necesario para darles la vuelta a los lienzos inmaculados y desor-

denar compulsivamente tanta pulcritud delatora.

–Adelante, y tened cuidado de no mancharos con el óleo.

Leopoldo y Raimon se sentaron entre el lío que había conseguido formar en un par de minutos.

–Perdonad, pero es que no encontraba la llave.

–No pasa nada. ¿Dónde está Mateo?

–En Benidorm.

Sentía como empezaba a rodar una de esas bolas de nieve que acaban en un alud de imprevisibles consecuencias.

–¿Benidorm? ¿Y qué hace allí?

– Está tomando fotos. Las necesitamos para un par de obras.

Raimon se levantó dirigiéndose a un montón de bastidores.

–No, no. No pueden verse.

–No digas tonterías. Me muero de ganas de ver lo que estáis haciendo.

–Están a medias. Así que trae mala suerte.

Definitivamente, la mentira no es una de las bellas artes para la que esté especialmente dotado.

–¿Pero qué dices?

–Lo siento. Además si se entera Mateo me mata. Es terriblemente supersticioso –ésta era una de esas tonterías que la gente puede atribuir a lo extravagante del temperamento artístico.

–Déjalo, no vaya a ser que los gafes.

Leopoldo, ejercía de la parte conciliadora y discreta de la pareja.

–Leopoldo tiene razón –dije aliviado– Esperad un poco. Es mejor verlos acabados.

Raimon tenía la mosca detrás de la oreja, pero traía una noticia que estaba deseando soltar.

–Siéntate, que tengo que contarte algo.

Me sentí más tranquilo viendo alejarse de momento la tempestad.

–Vais a exponer en el MACJA.

–¿De verdad?

El Museo de Arte Contemporáneo de Jauja era uno de esos centros de arte contemporáneo creados al amparo de una autonomía: un prestigioso y renombrado templo de la modernidad.

–Estoy conmovido por tanta expresividad –dijo Raimon que esperaba de



mí una respuesta más efusiva.

–No, de verdad que es estupendo. Ya verás cuando se lo cuente a Mateo. Pero... ¿está confirmado?

–Absolutely.

–Cuéntale lo de la c con cedilla –intervino Leopoldo lacónico.

–¿La qué?

–Una nimiedad. Ahora te lo cuento.

Raimon pisó inadvertidamente a Duchamp y el gato se encaramó maullando a un armario.

–El MACJA está organizando una exposición bandera para el inicio del siglo. Se llama “Requetemodernos”, y vais a estar todos.

–¿Todos?

–Todos los que tenéis que estar.

Tenía una ligera idea de lo que quería decir con eso, aunque no estaba muy seguro de que estuvieran todos los que tenían que estar.

–Me ha costado sangre, sudor y lágrimas que aceptaran una figuración como la vuestra –ya sabes cómo están con lo de los nuevos medios y todo eso– pero lo solucioné mandando fotos de un monitor en el que pasaban un vídeo de vuestra obra.

–¿Fotos de un monitor con pinturas?

–Maquiavelo Art Gallery, vamos a llamar a la galería a partir de ahora –comentó incisivo Leopoldo.

–Bueno, eso ya está hecho. Pero hay un problema. Ya sabes cómo están ahora con lo de los nacionalismos. Así que he dicho que vuestros antepasados son de Jauja, y que vuestro apellido se escribe realmente con c con cedilla, como todos esos apellidos de allí.

–¿McCharris con cedilla? ¿En dónde? ¿En la primera o en la segunda c?

–En las dos. MçÇharris.

Empezaba a creer que realmente vivimos en una de esas extravagantes cortes de los Viajes de Gulliver.

–Espérate a que mi padre oiga eso.

–Tu padre que se aguante.

Raimon salió al oír un claxon en la calle. Tenía el coche mal aparcado.

Leopoldo ejercía del poli bueno de los interrogatorios en las relaciones entre la galería y sus artistas.

–No le hagas caso, supongo que está de broma. En el fondo tiene un buen corazón –y añadió divertido– Eso sí, con el núcleo un poco duro.

...

Pasa el siglo, y esta pequeña muesca en el inmenso timón sirve para dar pátinas de respetabilidad y para enmohecer las grandes palabras: nuevo, novedad, modernidad... Ya las “nuevas” teorías y tendencias son del siglo pasado, ajada juventud que ha de demostrar su valía lejos de la fresca adolescente.

Vigesimonónicos¹ todos: instaladores, conceptuales, postmodernos, cubistas y surrealistas, dadaístas y neopostístas, pintores y ciberartistas. Todos estrenando un siglo que no debería conceder patentes de corso con la misma ligereza con la que se entronizan los reyes de las revistas del corazón.

La tradición crece, engullendo para sí a los antitradicionalistas y a los devotos, a los vendedores de quimeras y a los arqueólogos de los números romanos. Pero también olvida, destierra, escupe, baila sobre las tumbas, rescata cenicientas, enciende hogueras...

Los crípticos mensajes que me enviaba mi hermano por correo electrónico eran la única conexión entre nosotros. Intentaba contestarlos, pero su rastro se escabullía como el tiempo en un reloj de arena.

En la pintura, para mí, sobre todo engañar al ojo, ventana en el muro, ilusiones, representaciones, distorsiones, caricaturizaciones, vertidos, ornamentos delirantes, sadismo e incisiones, terapia... payasadas, acrobacias, heroicidades, autoconmiseración, culpa, angustia, supernaturalismo y subhumanismo, inspiración divina y expiación diaria... manierismo y técnicas, comunicación e información, herramientas mágicas, trucos del oficio, estructura, cualidades pictóricas, empastes, plasticidad, relaciones... e irracionalismo, bajo nivel de conciencia, vuelta a la naturaleza, reducción a la realidad, espejo de la vida, abstracción de todo, sinsentido, compromisos y sobre todo confundir a la pintura con lo que no es pintura.

McCharris sobre, contra, de, desde, entre, para, por; según, sin, tras Ad Reinhardt.

Detectaba cambios en la actividad cerebral de Mateo: una cierta indigestión mental y una fiebre alta.

Lo conocía muy bien, así que notaba sus esfuerzos por avanzar lentamente en el farragoso arenal en el que nos habíamos metido. Sentía sus neuronas despertando y reorganizándose en alguna indeterminada dirección. Sabía que esto aún iba a durar un poco, así que rescaté una vieja táctica de la infancia.

Era importante que todo el mundo creyera que no pasaba nada, así que resucité el clásico juego de los intercambios que tanto confundía a padres y maestros en nuestra infancia.

Con unos arreglos en el pelo y en las patillas, y una revisión de los armarios, podía llegar a ser Ángel o Mateo según me interesara en cada momento.

Había pocas personas que pudieran detectar las diferencias y no pensaba frecuentarlas en el tiempo en que durara este asunto.

Mi primera aparición pública como Mateo McCharris fue en la presentación de una revista en la que mi hermano había escrito un artículo.

Intenté ser lo más discreto posible: hablar poco y escuchar mucho, ese encanto de la indiferencia que había aprendido de Duchamp (del gato y del artista).

Pero uno no puede componer la postura todo el rato y, casi sin darme cuenta, acabé siendo entrevistado para un programa cultural de televisión.

–¿Cómo definirías, en una sola palabra, el arte del siglo XX?

Y ahí estaba yo, enredado en una de esas preguntas imposibles que tanto gustan a ciertos entrevistadores, obligado a ser brillante, condenado a parecer estúpido, y no entendiendo porqué las obras –pobrecitas ellas– tenían que resentirse de las tonterías o pedanteces que dijeran sus creadores.

–Arcimboldo –dije por decir algo.

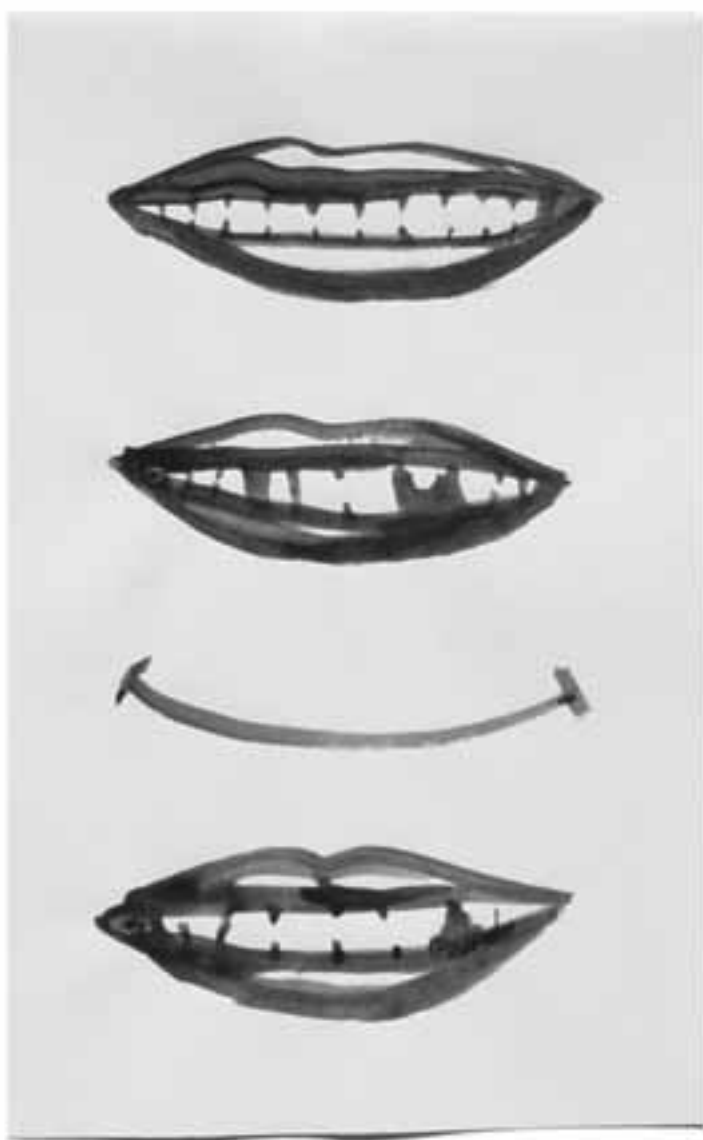
–¿Cómo?

–Arcimboldo. Demasiados arcimboldos para un siglo.

–¿Podrías explicarnos un poco más el concepto? –el entrevistador parecía bastante interesado.

–Demasiados arcimboldos dedicados toda su vida a montar retratos con fruta, juegos de corte, ocurrencias explotadas hasta la extenuación, fragmentos de fragmentos de la vida de un hombre.

Creo que era la primera vez que conseguía hilar alguna frase con cier-



to sentido delante de un periodista. Era como si fuera el muñeco de mi hermano ventríloquo, moviendo la boca hasta que las palabras formaban frases, articulaban ideas...

–La mano izquierda dándole la espalda a la derecha, la forma huyendo del concepto, los conceptos huyendo de la materia... Artistas ocupándose de parcelas cada vez más pequeñas, especialistas, científicos moleculares, ignorantes de todo lo que no sea su estudio sobre la pulga, sobre la pulga africana, sobre la pulga africana albina...

–¿Qué cree que nos espera el siglo que viene? –intervino el entrevistador mirando su reloj.

–El arte total del hombre total.

Y me quedé tan ancho.

...

Estos días ha ocurrido algo que me ha hecho pensar en oráculos, en mensajes cifrados y señales premonitorias.

La semana pasada estaba sentado, ya anochecido, en el porche del pequeño hotel en el que me alojo. Enfrascado como estaba en el libro de Arthur Danto sobre el fin del arte, no noté cómo se acercaba una sombra.

Cuando levanté los ojos, una mujer ensangrentada se me echó encima.

Tras el susto inicial, reconocí a Ely, un travestí que trabaja en un pequeño chiringuito en el puerto, que se había acercado a pedirme ayuda y, tropezando, se había abalanzado sobre mí. La llevamos a su habitación y llamamos al médico.

Unos marineros borrachos habían empezado a bromear con ella y la fiesta había acabado con una paliza que quería subrayar la hombría y normalidad de aquellos frente a la ambigua rareza de Ely. He ido a verla estos días, mientras curaba sus moratones y volvían a aparecer sus ojos entre los párpados hinchados, y me ha contado su historia. Ely, que tiene todos los rasgos del indígena, fue líder sindicalista con Allende y material torturable con Pinochet, homosexual marginado y pobre, pretende ahora ser mujer en una sociedad machista.

Ely es amante del arte, así que ayer le llevé una bonita reproducción de San Sebastián que encontré en un chamarilero. Su rostro se iluminó y se olvidó por un tiempo de los dolores y los linimentos. Desde la pequeña habitación de su cuarto viajamos a la Toscana y al Renacimiento, bromeamos con Artemisa Gentilleschi y

probamos la polenta de Leonardo.

¿No será el arte esto? Sólo un consuelo ante los golpes, un billete a otras realidades, un visado de salida...

Y nosotros meros vendedores de medicinas milagrosas de las ferias.

Nunca podría partírle la cara a esos marineros yugoslavos, así que ya estaba yo pensando en cuadros y en exposiciones, en Hans Haacke y Alfredo Jaar, en Ben Shan. Tengo un libro de filosofía manchado de sangre, manchado de vida y esto me reafirma en lo que te escribí el otro día: hay que confundir el arte con todo lo que no sea arte.

Ely, al final de nuestra charla, me comentó apenada que le gustaban mucho las imágenes e historias de los santos, y añadió:

–Lástima que haya decidido hacerme judía.

Y la vi alejarse por la senda de los caminantes solitarios.

Mientras me llegaban con cuentagotas los mensajes de Mateo, empecé a ocupar mi tiempo en cosas que me tuvieran entretenido.

Durante años, mi hermano y yo hemos coleccionado pequeñas figuras y muñecos, maquetas y dioramas: cacharrería variada. Nuestra afición empezó en la infancia, cuando hacíamos los típicos belenes cada año por Navidad.

Habíamos conseguido cierta destreza en simular riachuelos con papel de chocolatinas y vegetaciones de corcho coloreado.

Nuestra colección de miniaturas había ido ganando en eclecticismo y diversidad con el tiempo: del internacionalismo más kitsch de los souvenirs al universo colorista de los dibujos animados.

Aprovechando las mesas vacías del estudio, empecé a agrupar muñecos y fondos, formando encuentros imposibles y mundos reducidos. Compré unas cajas prefabricadas y empecé a pegar y a pintar los pequeños escenarios.

Y, sin yo buscarlo, las historias que me iba contando mi hermano se colaban de rondón en las cajas. Entre lo política y lo cínicamente correcto, entre la encantadora indiferencia del arte moderno y el ingenuo apasionamiento de la tradición, las cajas elegían su propio camino: la calzada de baldosas amarillas de los hermanos McCharris.

Nicolás Poussin preparaba maquetas con las figuras y fondos que luego

aparecerían en sus composiciones. Hoy no se conserva ninguno, pero pienso que serían bastante parecidas –siglos mediante– a las que yo hice esos días.

Disfruté tanto haciéndolas que estaba seguro que aquello era arte –o tal vez pecado. Un ojo en Poussin y otro en Joseph Cornell: he aquí una bonita coartada intelectual.

Estas cosas sólo se le ocurrían a mi hermano así que lo achaqué a esa especie de abducción que había empezado a sentir en mí el día en que fui Ángel y Mateo McCharris al mismo tiempo.

...

Te imagino angustiado esperando mi regreso. Imagino que tengo remordimientos, aún sabiendo que he hecho lo correcto.

Tal vez te apetezca aceptar el reto que te lanzo.

He hecho muchas fotos con mi cámara digital. Un viajante que conocí en Punta Arenas me ha dejado usar su ordenador portátil, así que he preparado unos collages digitales que te envío en formato de archivo junto a este email.

Son los negativos para realizar unas gomas bicromatadas, al modo de los pictorialistas decimonónicos, de Stieglitz y compañía, de la fotografía troglodita.

Yo pongo el siglo XXI y tú el XIX. Se agita y se sirve en vaso largo.

Te mando también un texto para que se lo mandes a Charris para que lo publique en La Naval. Se trata de una “Oda a Internet”.

No parecemos darnos cuenta de lo absolutamente increíble que es la irrupción de este medio en nuestras vidas. Imagino que mientras Guttemberg imprimía sus primeros libros, la vida seguía ignorante y desinteresada, ajena a la vacuna que le estaban inoculando en sus arterias: contra la estupidez, la tiranía, la intransigencia...

Empiezo a echar de menos un sol más generoso y una cocina menos extranjera.

...

La soledad del trabajo en el estudio lleva a los artistas a reunirse con los otros especímenes de su manada, llegando incluso a intentar colectivos, fraternidades, logias irremediabilmente condenadas al fracaso por el pro-

pio carácter de sus miembros: el sindicato de los sin sindicato. A veces las reuniones y tertulias acaban en cruzadas que alguno de los miembros –o más decidido o más achispado– emprende en contra de cualquier molino de viento que se encuentre en su camino. A menudo estas reuniones son una estupenda excusa para una larga sobremesa mediterránea de vino y licores, de utopías y de revoluciones que se apagan con el ruido de las monedas del cambio sobre el platillo.

A eso sonaba la comida a la que me convocó Cristiani en la terraza del Club Náutico. Yo llegué el primero a la reunión, así que encargué una buena ración de brisa marina y fritura de pescado.

Cristiani vino después, con su carpeta llena de folios y preocupaciones.

–Quiero que leas el manifiesto antes de que lleguen los demás. Pensamos publicarlo en las principales revistas de arte, incluso en las del enemigo.

Cristiani era especialmente dado a las paranoias y a las teorías conspiratorias.

–Al final viene la lista de los que ya han firmado.

Empecé a leerlo mientras empezaba mi segunda cerveza. De entrada, parecía un documento la mar de solemne, con montones de palabras subrayadas en negrita.

“Estamos a punto de estrenar un nuevo siglo. Los criterios historiográficos y museísticos considerados más progresistas apuestan claramente por las instalaciones, los montajes, los videos, proyecciones, performances... intentando enterrar una vez más a la pintura en el desván de las antiguallas. Cualquier intento de creación que huela a óleo y aguarrás, cualquier movimiento que intente tomar partido por ella, es tachado inmediatamente de reaccionario y anacrónico. Cualquier intento de revisión de la historia que no pase por los trillados caminos de la historia oficial está condenado irremediabilmente a los dardos, no siempre bienintencionados, de los sacerdotes del templo...”

Me iba haciendo una idea de qué iba esta batalla.

Un barco que regresaba de las faenas de pesca entró a puerto. Decenas de gaviotas chillonas se disputaban las sobras que los marineros tiraban al agua.

“...Cualquier viso de tomar en consideración la obra pintada, y no digamos ya si ésta es de carácter figurativo, tiene garantizada la inmediata puesta en marcha de una cruzada en defensa de los nobles principios de la modernidad, con la adhesión



inmediata de las revistas, los departamentos de teoría del arte de las facultades, los artistas del sectarismo. Ricardo Corazón de León y sus amigos emprenden su defensa de los ideales democráticos, contra el golpismo de la Pintura, que amenaza, otra vez, con la palmeta de dómine del absolutismo estético, resucitando los fantasmas del academicismo más trasnochado. ”

–Tatatá, tatatá, y un buen montón de firmas.

–¿Cómo que tatatá? –comentó Cristiani un tanto mosqueado.

–No, si está muy bien. Si hemos hablado muchas veces de esto. Y ya sabes cómo doy caña cuando me encuentro alguna mente cuadrada de las que habláis.

–Por eso contaba contigo, bueno, con vosotros. Por cierto ¿qué hace Mateo en Benidorm?

–Es una larga historia. A lo que íbamos. Yo firmo, estoy encantado de estar junto a algunos de los firmantes de tu carta –seguramente algunos de mis artistas favoritos– pero luego están también todos esos cavernícolas, esos cabezas reducidas que se untan las tostadas con óleo...

–No seas así, hombre.

–Yo firmo lo que tu quieras, pero tienes que saber que esta semana hemos firmado otro de estos manifiestos: Contra la Pintura.

–¿Que?

–En realidad han sido tres. Otro era para eliminar el ministerio de cultura y destinar su presupuesto a pagar la deuda del tercer mundo. Y el tercero era para eliminar el ministerio de defensa y destinar su presupuesto al ministerio de cultura.

Cristiani recogió sus papeles y se puso a convencer a los boquerones fritos. Los demás fueron llegando y las discusiones dieron paso a las risas y a las canciones desafinadas. A última hora, los folios de Cristiani sirvieron como sombreros a un coro de napoleones borrachos.

...

Los días seguían pasando con monótona precisión.

Había conseguido retrasar la venida a España de nuestro comisario austriaco, pero la nueva fecha también se acercaba peligrosamente.

Mi actuación, aparte de volverme loco, comenzaba a levantar sospechas.

Una tarde recibí una llamada entrecortada desde una cabina.

–Soy yo, Mateo. Estoy en Santiago de Chile. Estaré de vuelta en un par de días.

Y la llamada, en vez de aliviarme, comenzó a aumentar mi angustia. Mi hermano regresaba con un zurrón de estupidas ideas a las que yo tendría que dar forma. Unas serían desechadas por imposibles, otras nacerían de las discusiones y de los encuentros casuales.

Venían tiempos de enclaustramiento y duro trabajo, de renunciadas, bajo el peso de la presión y las fechas. Los estados de ánimo girarían como una noria caprichosa, las dudas nos llamarían contra las rocas con sus cantos de sirena.

Sentí un vértigo inmenso y una punzada en mi fuerza de voluntad. Sabía que al final todo funcionaría, de un modo u otro, que la exposición se inauguraría y que la gente vería las obras –que a unos gustarían y a otros no– y que nadie sabría lo que esconde cada una de ellas: las piecitas livianas o las solemnes y dramáticas, las divertidas y las oscuras...

Sabía que disfrutaría y sufriría, que habría emoción y hastío, excitación y gozo, pero que también haría su aparición el síndrome del bolero: soledad, angustia, desesperación.

Faltaba una semana para que hubiera que dar explicaciones, una semana para que cayera el telón y otro nuevo volviera a subir, sin descanso ni interrupciones.

Me acomodé un rato en el sillón y enseguida caí en uno de esos sueños densos y profundos, de los que cubren la realidad con una espesa capa de niebla oscura.

Comencé a oír ruido en el estudio. Fue entrando gente que llevaba una máscara de cartón con mi cara –tal vez la de mi hermano. Llevaban dorsales numerados y un logotipo en el pecho: Requetemodernos. Se paseaban comentando los lienzos en blanco y en el fondo pude ver a Leopoldo y Raimon intentando vender alguno de estos cuadros. Un crítico, con evidente parecido con el conejo de Alicia, iba deteniéndose en cada obra y sentenciando: ¡Hopper y Morandi! ¡Hopper y Morandi! Alguien salió del cuarto de baño y gritó: ¡Lo siento, me he cargado la cisterna! Y empezó a salir por la puerta sopa de letras. Sopa que iba inundando la sala con sus palabras casuales, sus frases hechas, su discurso indescifrable. El crítico se

paró frente al extintor y murmuró: ¡Hopper y Morandi! ¡Hopper y Morandi! Había empezado a marearme cuando Hergé y Arnold Böcklin me agarraron de los brazos y me sacaron a tomar aire fresco.

Desperté empapado en sudor. Encima de la mesa había un catálogo de Spilliaert que comencé a ojear. Encontré toda la paz que me faltaba en sus visiones nocturnas de Ostende, así que entré en Internet y saqué un billete para Tintinlandia.

Escribí una nota amarilla que sería lo primero que encontraría mi hermano al enchufar su ordenador.

Estoy lejos. No huyendo ni escondiéndome: no desapareciendo.

Me voy a Benidorm.

Dale de comer a Duchamp.

Ángel.



Catálogo Ángel Mateo Charris. Instituto Valenciano de Arte Moderno. Valencia, 1999.



Viajes dorados

Llevaba varios días sin saber nada de Nicole. No atendía las llamadas, y había faltado a varias citas con amigos comunes. Empezaba a preocuparme, así que decidí ir a su casa y abrir con la llave que suelo usar para regarle las plantas en sus vacaciones y ausencias largas.

Cuando llegué, todo parecía normal. La gata salió a recibirme por un hueco de la ventana, pero de la dueña, ni rastro. Subí al estudio, que delataba las preparaciones de su inminente exposición: un desorden de telas y libros, de materiales y revistas, un archivo trajinado y el característico olor a pintura. El flexo alumbraba una publicación, de las que ella utiliza como fuente para sus obras, y una nota garabateada a toda prisa que ofrecía un enigmático jeroglífico: Toscanini, Túnel del Tiempo, Carretera de Canteras Km. 4,9. Todo lo demás estaba en perfecto orden, pero a mí me parecía bastante raro. Decidí consultar a sus amigas, por si me aclaraban algo o me hacían desechar mi intranquilidad. Cogí la agenda y empecé a marcar: Ángela, Flori, Lola, Mayke, Pili, Silvia, Yayi... Lo único que conseguí fue alarmar a las que localicé, y prometí ir inmediatamente a la dirección de la nota por si encontraba alguna pista de la desaparecida.

Tomé un taxi, que me llevó a lo que resultó un túnel de lavado de coches y un garaje, en medio de nada. Le dije al taxista que me esperara, pero en cuanto anduve unos metros lo vi alejarse de mí y de mis maldiciones.

Hice una descripción de Nicole y de su coche a los empleados del taller, pero no parecían haberla visto. Uno de ellos vio la nota con la dirección, y se echó a reír.

—¿Toscanini? Eso no es aquí. Es un tío loco que tiene una cerca junto a la rambla. Hay que seguir el camino de cabras de detrás del taller.

Siguieron una serie de descripciones del personaje en cuestión, no especialmente tranquilizadoras, y para nada concordantes con alguien con quién soliera tratar Nicole: un chalado zarrapastroso, el filósofo de la charra y un pesado de tomo y lomo.

Tras un buen rato de sol y camino pedregoso llegué al paraíso de la urallita reciclada y la arquitectura de ensamblaje: un Frank Gehry menos vistoso y más neorrealista. El personaje en cuestión, y su tremenda corte de animales domésticos, resultó menos terrible de lo que contaban. A primera vista resultaba un ancianito de lo más encantador, un personaje de cuento. Al rato, empezabas a notar como le zurraban los escasos tornillos que aún le quedaban en la cabeza.

–¿Nicole? Claro que estuvo aquí. Pero ahora se ha ido.

–¿Estuvo aquí? ¿Comprando algo?

–Quería. Le gustaban mucho todas esas revistas viejas que guardo en la cochera. Y los anuncios luminosos de las peluquerías. Las chapas metálicas de Mirinda y Camping... Todo eso. ¡Quería alquilar una camioneta!

–¿Cuándo vino?

–Pero en cuanto vio mi invento se le olvidó todo.

–¿Cuándo la vio por última vez?

–Se lo enseño a poca gente, pero ella me cae bien.

–El invento.

–Mi invento.

Abrí bien las orejas, porque parecía prepararse algo gordo: o los desvaríos de la demencia senil, o una de esas historias que me gusta utilizar cuando alguien me pide que le escriba algo.

El señor Toscanini me fue contando el funcionamiento básico de su túnel del tiempo. Mientras nos dirigíamos al garaje me mezclaba la física con la mística y la relatividad con la receta del tocino de cielo. Se manejaba como pez en el agua en un galimatíasseudocientífico, esotérico e ininteligible. Aún así, me tenía fascinado. Cuando llegué al taller y vi su máquina del tiempo, pensé que nunca podría contar esta historia tal cual era o iba a parecer El milagro de P. Tinto: un Gordini dorado colgaba del techo por medio de unas cadenas. Del motor le salían una serie de mangueras de plástico que iban a parar a bidones de Vernel, Mimosín y toda clase de plastiquería de supermercado.

Toscanini intentaba decirme que Nicole había quedado tan fascinada con su invento que había decidido probarlo y darse una vuelta por el pasado. Y su tono empezó a darme miedo. Estaba allí solo, con un loco, rodeado de una jauría de perros y, lo que es peor, en las mismas circunstancias que

Nicole unos días antes. Imaginé lo peor, y decidí salir del atolladero como bien pudiera para ir a pedir ayuda.

–Tengo que irme, ya volveré otro día y me enseña usted cómo funciona esto.

–Como quieras, ven cuando sea.

Pero un tremendo estruendo acabó por quebrar mi escasa entereza.

–No pasa nada, es la puerta que se ha vuelto a descolgar.

Los perros ladraban enloquecidos asustados por el ruido del cacharrazo, y no tuve otra opción que subirme al Gordini porque sospechaba que peligraba mi integridad. Un par de bóxer parecían especialmente molestos con mi presencia.

–Ahora que estás subido a mi maquina, ¿no te apetece dar una vuelta por el tiempo? De momento sólo por el pasado, hasta que no lo perfeccione...

–No, no, está bien así.

–Puedes ver a Nicole.

Lo sabía. Ese tipo intentaba mandarme al otro barrio, dónde previamente había enviado a mi amiga Nicole. Estaba tan asustado que ni siquiera podía darme cuenta de todo lo que eso conllevaba.

–Venga hombre, si el funcionamiento es muy sencillo.

–¿Se tarda mucho en viajar por el tiempo?

–Un rato. Si quieres lo pongo en marcha y yo me voy a echarle de comer a los perros.

Esa era la única oportunidad para intentar escapar: alejar al psicópata de allí y ganar algo de tiempo. Después de todo, no se veía ningún cable de corriente que me pudiera electrocutar, ni depósitos de gas cerca. El Gordini parecía lo bastante seguro siempre que el viejo estuviera suficientemente lejos.

–Ah, muy bien. Pero no tenga prisa, yo estoy bien aquí.

Toscanini tiró de una palanca, y no pasó nada. Me hizo una señal como que todo iba bien y se fue después de abrir la puerta trabajosamente. Cuando lo creí lejos, intenté bajarme del coche, pero ya no pude, mis músculos no me respondían, y un pesado sopor me llevaba no sabía adonde

...

Noté unos suaves golpes en la cara y una luz que, al principio, me pareció cegadora. Una chica se acercaba a mí y me pasaba un pincel ancho por la frente. Cuando acabé de despertar me di cuenta que estaba en lo que parecía ser un cuarto de maquillaje de algún estudio de cine o televisión. Había un gran ajetreo de gente entrando y saliendo y a mí me habían puesto una bata blanca, como las que ponen en la peluquería.

—¿Dónde estoy?

—¡Ángel!

Alguien que sabía mi nombre me llamaba desde el sillón de al lado. Cuando el maquillador y la peluquera se apartaron vi a Nicole. Le estaban dando lo últimos toques a unos de esos moños a lo Audrey Hepburn que a ella le gustan tanto.

—Pero, ¿qué pasa? ¿Qué es todo esto?

Nicole parecía encantada. Yo empezaba a recordar cómo había empezado todo: Toscanini & co. No conseguía enlazar las últimas horas que recordaba con lo que estaba pasando.

—Nada, no te preocupes. Nos toca salir ya.

Un especie de secretaria entró y casi nos sacó a rastras, diciendo que salíamos a antena en unos momentos. Un gran estudio de televisión, con público en vivo y un decorado op art en blanco y negro, nos recibió. Nos sentaron en unos sillones de plástico hinchable y empezaron a enseñarnos unas pizarras con indicaciones: Faltan 45 sgs.

Todo el mundo vestía muy raro, y el que parecía ser el presentador era un clon de José María Íñigo. Hubiera dicho que era él mismo, de no ser mucho más joven que el auténtico. A nuestro lado había un asiento vacío. Un revuelo de flashes y fotógrafos anunciaban una presencia estelar. El público empezó a aplaudir desoyendo las indicaciones luminosas: Silencio. Primero vi unos pelos blancos, y, luego, el resto del personaje: juraría que era el mismísimo Andy Warhol.

La chica de la limpieza llegó a casa de Nicole a eso de las nueve. Estuvo un par de horas trabajando en la parte de abajo y se tomó un respiro antes de seguir con las habitaciones de arriba. Pasó a ver los cuadros que había estado pintando la artista y se encontró el flexo encendido sobre una revista. Después de apagarlo se fijó en que era una edición del 50 aniversario

sario del ¡Hola! Empezó a ojearlo y se paró en el capítulo de la historia de la televisión. De Los Chiripitiflauticos al Un, dos, tres, y de El Conde de Montecristo a Estudio Abierto. Le hizo gracia lo que se parecía la chica que estaba junto a Iñigo a Nicole. Y junto al tipo del pelo blanco había uno clavadito al amigo ese de la perilla que la pintora le había presentado en una de sus inauguraciones.



Catálogo *Sueños de oro* de Nicole Palacios. Diputación de Albacete, 1999.

Espejismos

I. Hubo un tiempo en que un artista no era nada sin un ismo. A las provincias llegaban los ecos de las grandes hazañas de las vanguardias y, si unos intentaban subirse a la estela de un cometa agonizante, otros, los más osados, trataban de fabricar un movimiento que pudiera hacer fortuna. Surgieron así cientos de pequeños ismos, bastardos del fauvismo, impresionismo, futurismo... Llegaron a aparecer diferentes corrientes homónimas en varios puntos del planeta.

Hubo un espejismo en Uruguay, que fundó un tal Lancetti, ocupado en descifrar los reflejos de los cuerpos en las superficies pulidas.

Otro en Zamora, cuyos seguidores empleaban un complicado artilugio de espejos para intentar una fragmentación de la realidad cercana al cubismo. Y en Filipinas, este ismo consistió en modelar figuras siguiendo los caprichosos diseños de los espejos deformantes.

Los artistas espejistas nunca han sido conocidos, y duermen su sueño eterno en el trastero de la historia, con el resto de entusiastas empeñados en fletar barcos que se hundieron nada más comenzar su travesía.

II. Mi diccionario habla de espejismo como ilusión engañosa. ¿Qué no lo es?

III. Desde la avioneta observé una perfecta línea trazada en el amarillo pajizo de la sabana, un prodigio de geometría entre el desorden de acacias y gacelas del otoño africano. Nuestra sombra intentaba trazar una paralela imposible con ella.

Seguimos avanzando y perdiendo altura y, en una caprichosa ondulación del terreno, horizonte y línea se encontraron, convergiendo en la imponente figura de un rinoceronte albino.

III. Historia del siglo. A veces vemos el futuro del arte al final de la carre-



tera, poderoso y vibrante, y nos dirigimos a él rendidos ya a su nueva fe. Al ir acercándonos se va desvaneciendo, primero como una tarta de gelatina temblecona y, después, como un alma en pena.

Pero el sol pega fuerte y al fondo se ve un nuevo castillo que conquistar, una nueva playa en la que bañarse.

Hay quien lamenta este continuo trajín de esperanzas traicionadas y se instalan en el primer pueblo que encuentran en su camino. Otros continúan haciendo millas y repostando, de vez en cuando, una buena dosis de entusiasmo; recuerdan la belleza del espejismo y se dicen: ¿no está el mayor placer del viaje en sí mismo?

IV. Hay espejismos grandes y pequeños, tristes y desternillantes, salados y dulces, leves, densos, dorados.

Los hay que viven en chabolas o en barcazas junto al canal.

Prefieren unos la fina lluvia del clima norteño, y otros los cálidos inviernos donde habitan los flamencos.

He visto espejismos en el metro y en vespino, escondidos tras la seria apariencia de un dogma científico, de una celebridad consagrada o de un asesino en serie.

¿Qué somos nosotros? ¿Qué seremos sino trucos desechados del baúl del gran ilusionista?

V. La vida y el arte siguen órbitas elípticas que a veces coinciden en complicada y enigmática disimetría. Se eclipsan entre sí, se afectan en cuestiones de fluidos y mareas, pero sólo en ocasiones se tocan, bailan un rato boleros y se despiden hasta otra vez, empezando a vivir de la nostalgia, pero también de la esperanza.

VI. ¿Sabe el espejismo que lo es?

El pabellón quemado

A mi padre

Esta exposición es apenas una sombra de la ideada por otro hombre. Sus sueños acabaron siendo cenizas y él con ellos, volviendo al territorio del que todos salimos y al que todos volvemos, el del recuerdo y el humo.

Nuestra pequeña república no existiría sin personajes como él, y nosotros seríamos menos complejos y más grises.

Reverendo John Sargent Sicre.

Cuando arrojo otra rama al fuego, el tiempo parece despertar de su letargo. Las sombras se agitan con más fuerza en las paredes anaranjadas, y las llamas ofrecen nuevos jeroglíficos que descifrar.

La chimenea parece querer contar todas los secretos devorados en los últimos años: las cartas, los pagarés, los proyectos inacabados, las promesas incumplidas...

La mandíbula de tiburón dibuja una sonrisa grotesca en el techo.

Las cortezas, crepitando, reclaman morir escuchando una historia. Y aparece la sombra de Manuel, el capitán, maldiciendo alegremente entre las brasas.

Para alguien que confía su futuro a la quiromancia, una marca en la línea de la vida puede ser el gran cañón del Colorado. Él, que tanta fe tenía en esas cosas, podía relacionar todos los acontecimientos de su pasado con cada imperceptible accidente de su palma. Decidió ser marino y dejar de serlo, enamorarse o sufrir ausencias, según los oráculos que interpretaba en cada mano.

Desde hacía un tiempo interrogaba un pequeño corte que le indicaba un giro a su existencia; esperaba uno de esos golpes de timón que nos hacen

creer que podemos ser otra cosa que lo que somos.

Y un día lo vio claro. Nunca me dijo qué fue, ni cómo sucedió, pero un día se levantó filántropo y patriota, se sintió uno con su tierra y en deuda, así que buscó el medio para corresponderle.

–Pero si tú eres antinacionalista –le dije medio en broma para probar la fidelidad a su nueva vocación.

–¿Y eso que tiene que ver? Yo hablo del lugar, del origen.

Y hablaba demasiado convencido como para considerarlo uno de esos caprichos con que a veces nos mareaba.

Los medios de los que se valió para que la Exposición Universal de Hannover invitara a participar oficialmente a la minúscula República de Cartagena pertenecen al universo misterioso que el capitán solía transitar. Enseñaba, a todo el que lo quisiera comprobar, una voluminosa carpeta con todo tipo de documentación, sellos y confirmaciones de los organizadores.

Con este particular equipaje, un salvoconducto al territorio de la burocracia, intentó convencer a los políticos, que lo colmaron de palmaditas en la espalda, y a los patrocinadores, que lo obsequiaron con todo tipo de regateos y evasivas, del privilegio que suponía una oportunidad como ésta para dar a conocer al mundo los encantos del país.

Intentó captar adeptos para su cruzada entre la clientela de barberías, mercados, cenáculos intelectuales y salones de masaje. Pero sus más fervientes adhesiones, y casi las únicas, las conseguía entre los últimos parroquianos de las tabernas: los santos bebedores y los alérgicos a las zapatillas.

Ante una sociedad habitualmente apática, defendía a capa y espada su parcela, apenas un número en un plano, rodeado de grandes como Andorra y San Marino, las islas Feroe o Diego García, verdaderas potencias del bloque de los diminutos y las rarezas.

Manuel poseía una inmensa capacidad para el entusiasmo, pero escaso poder de convicción, lo cual lo convertía en un personaje pero nunca en un líder. Aunque sabía tocar la flauta mejor que el de Hamelín, a él no lo seguía ni una rata.

–Estoy un poco cansado. Apenas he conseguido unos duros de un lavadero de coches y el tiempo se echa encima –me dijo una de esas tardes en

que parecía haber caído en el desánimo.

–Te vas a quemar con este asunto –le contesté en un tono que hoy me parece chuscamente premonitorio– No vale la pena que sigas con esto. Las fronteras de los cartageneros acaban aproximadamente a un metro alrededor de su ombligo. Y su identidad la forman unos pocos lugares comunes con los que cubrir las apariencias.

–¿Cómo puedes decir eso? Ven aquí, ¿no se merece esto todos los esfuerzos? –y me hizo asomarme a la ventana.

Una minúscula y solitaria nubecilla se enmarcaba frente a un cielo muy azul. El atardecer amarilleaba las medianeras de las casas del barrio. Las arquitecturas que nos rodeaban eran mediocres y desordenadas, un caos poco dado a la épica y al arrebató estético.

–¿Esto es lo que quieres promocionar? ¿La grandeza del cutrerío? ¿La metafísica de lo soso? –le increpé en tono burlón.

–¿Y por qué la grandeza es digna y lo pequeño es mezquino? No todo es sublime, monumental, ni pintoresco. ¡Y me encanta lo soso! ¿Qué merito tiene encontrar emoción en las Meninas, en Viena o el Partenón?

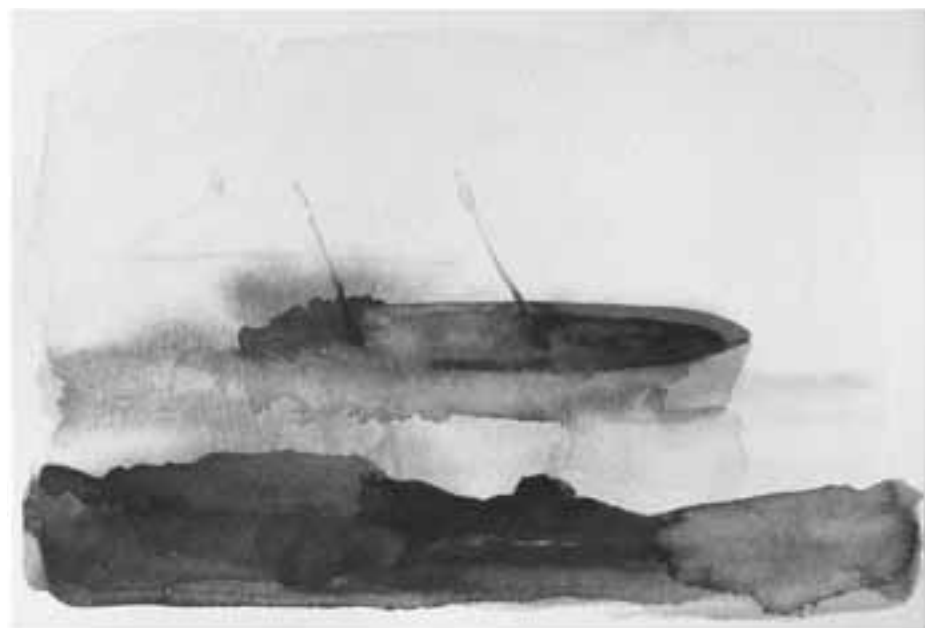
–Y tú te vas a buscarla a los suburbios.

–Y a las cloacas si hace falta.

Miles de estorninos atravesaron el cielo para regresar a sus dormitorios en los viejos ficus del puerto. La estela de un avión atravesaba la bandada componiendo una escena que no quise calificar sólo para no darle la razón a Manuel.

Pasadas unas semanas, en las que prácticamente desapareció, me lo encontré y me puso al tanto de las novedades.

El Ministro de Cultura, Festejos y Deportes, había demostrado un gran interés en el tema y parecía ser la palanca que movería todo el proyecto. Pidió revisar los contenidos proyectados por el capitán, que le horrorizaron lo suficiente como para intentar ponerlos patas arriba. Sus ideas eran las de mostrar al mundo los grandes vestigios arqueológicos y los monumentos de la república: unas cuantas piedras, la mayor parte de ellas reconstrucciones, y unas pocas esculturas y edificios de dudoso gusto y ningún interés. Exigía un pabellón con firma de arquitecto famoso e invitados de relumbrón para la apertura. Todo un prodigio de originalidad



para el que, además, exigía todo sin ofrecer nada a cambio. Durante un tiempo el capitán le bailó el agua. Y hasta hizo un viaje a Madrid en busca del pabellón firmado.

Tres días y tres noches pasó junto al contenedor de basura del estudio de Moneo, hasta que pescó una maqueta que consideró adecuada a sus fines. Pero el Ministro, como buen político, continuó maquinando estupideces hasta que Manuel ya no pudo más.

Decidió continuar en solitario con su proyecto contando tan sólo con las escasas ayudas obtenidas: de los pescadores de Santa Lucía, de las chirigotas del Carnaval, de un fabricante de salazones y de otros pequeños donantes.

Una mañana que paseaba en bicicleta por mi barrio me encontré, frente a los terrenos de la estación, a un oso y un par de llamas peruanas.

Formaban parte del circo Transilvania, uno de esos escasos espectáculos ambulantes que aún se pueden ver en las afueras de los pueblos de la vieja Europa, vestigios de otro tiempo y otros mundos, melancólicos embajadores del reino de las pulgas y de los doblones de oro entre el estiércol.

Cuando me acerqué a contemplar el insólito campamento, descubrí al capitán y a Serov, que así se llamaba el director de la troupe, conversando animadamente.

Me uní a su charla y a sus brindis y, bastante más tarde, los dejé cantando en rumano y abriendo una nueva botella de una cosa a lo que llamaban ron.

–Bucura-te cum s-a bucurat Bucuroaia de bucuria lui Bucurel care s-a intors bucuro de la Bucuresti.

Y estallaban en risas que hacían rugir a alguna de las fieras.

–Piatra crapâ capra, capra crapâ piatra.

–Ven enseguida. Hay que ponerse en marcha.

El mensaje en el contestador sonaba pletórico y apremiante. Aquel licor insufrible parecía haber proporcionado al capitán toda la energía que le había faltado los últimos días.

Cuando acudí a la cita me encontré con la mismísima encarnación del entusiasmo. Sobre los mármoles del bar Sol fue desgranándose la estrate-

gia que se había de seguir para la ejecución del pabellón, en un tiempo límite y con un presupuesto raquítico.

Diseñamos souvenirs reutilizando materiales de una fábrica embargada. Manuel puso a montar cámaras fotográficas de juguete a todas las asociaciones de pensionistas del país.

El rumano, con unos cuantos soldados emigrantes, replanteó la estructura de su carpa ambulante hasta convertirla en una especie de réplica subdesarrollada de la maqueta de Moneo.

A mí me tocó diseñar unos paneles pintados, que ejecutaron amas de casas voluntariosas. Después de todo, los sonidos de la flauta comenzaron a surtir efecto. Todo para explicar el sentido ideado por el capitán para representar a la república: no podíamos competir con otras naciones en tecnología, ciencia, arte o historia, ni en panoramas pintorescos ni en gastronomía, pero podíamos hacerlo en prestidigitación, en una cierta sensibilidad, la de ver donde los demás no ven, la de lo cotidiano y lo gastado, lo pequeño: lo soso. En realidad Manuel no mostraba un país sino una forma de mirar.

—Si alguien no encuentra nada que provoque su curiosidad a cien metros de su casa, no hace falta que viaje a Egipto. Las pirámides le parecerán mudas.

Conseguí convencerle de que, al menos, mantuviera su proyecto envuelto en el secreto. No todo el mundo iba a entenderlo y quería ver a los políticos inaugurando este despropósito en la gran exposición universal de Hannover, en el año dos mil, para algunos el último del siglo.

El circo Transilvania, cargado con el pabellón de la república, partió un diez de mayo rumbo a Alemania. Un par de días después, recibí una llamada desde un pueblo llamado Hamelín, donde habían acampado.

—¿Ese es el del flautista? —le pregunté.

—Y yo qué sé. Aunque más de una rata sí que hay —y usó un tono enigmático y tenso que atribuí a los nervios del viaje.

Las siguientes noticias de Manuel y su aventura las tuve por los medios de comunicación. En una de esas oscuras noches de cristales rotos y cabezas rapadas, habían ardido unos cuantos albergues para emigrantes y un circo rumano acampado en las afueras de una bonita villa germana. El festejo de

los descerebrados había acabado con varias víctimas y con mi amigo, el capitán, gravemente chamuscado en un hospital.

Cuando entré a la sala acristalada en la que me dejaron verle, al menos al cuarenta por ciento de él que aún parecía humano, me sorprendió que todavía tuviera ganas de sonreír. Me hizo un gesto que en su particular código yo sabía que quería decir algo así como: hasta el final, todo es vida. Y me enseñó la palma de su mano. Según él, su línea de la vida era tan larga que llegaría a centenario.

Murió unas horas después.

El circo Transilvania o, mejor, el sueño de Manuel, era apenas un montón de brasas mojadas. Serov me abrazó dándome un largo discurso en su lengua del que sólo entendí lo más importante: amor y dolor.

El reloj ha dado las once. El gato del capitán duerme enrollado frente a los últimos rescoldos.

He decidido hacer una exposición que reproduzca en parte el pabellón quemado, los recuerdos, la maqueta, los dibujos del cuaderno del capitán Horacio –CH– como le gustaba firmar.

¿Cuándo se pierde el rastro de la gente que se va? ¿Y adónde va?

La casa todavía es él. Los sillones conservan su forma y los libros las marcas de lectura interrumpida.

La lente de sus gafas enmarca un verso: *Al final de esta frase, empezará a llover.*

Sanjuanerías

I

Juan Santo ha visto crecer la semilla plantada y ha escuchado una voz en su interior: tiene algo que contar. Se sienta ante el papel en blanco y empieza la batalla. ¿Ha de hablar en frases cortas y sencillas o en elaboradas sentencias? ¿Es aquel adjetivo más digno que éste? ¿Estará su prosa a la altura de la empresa?

II

Juan es, Santo es.
La palma secándose al sol
espera escribir en el aire.

III

Secreto en el Vaticano.
De todas partes del orbe llegan reliquias santas. Un hermético pacto conjura a los científicos convocados por el nuevo Papa. La misión consiste en averiguar, a través del ADN, el verdadero aspecto de los santos, de los padres de la Iglesia.
Brazos y cráneos, piernas y dientes se entremezclan con monitores y probetas.
Una complicada sentencia interpretada está a punto de dar la imagen de San Juan. El padre Antonio, licenciado por el MITT de Massachussets, contempla escéptico la cara en la pantalla.
–Éste no puede ser San Juan. Es cejijunto y alopécico temprano.
–¿Estás diciendo que la reliquia no es auténtica? –pregunta un colega.
–No, hermano. Estoy diciendo que el demonio está en todas partes. Hasta en el genoma humano.

IV

Juan Santo ha visto destrozadas sus mazorcas por gamberros. Ha oído una voz desgarrada como el trueno y ya escoge la pluma con la que descifrar ese caudal oscuro que le invade.

Dibuja una puerta que va al cielo. La misma por la que caen bolas de fuego y bestias pardas.

Una revelación ya nunca será lo mismo.

V

Las mil y una caras de Juan hacen olvidar quién fue.

Brindo por Juan de juanes, en esta copa que sirve

para beber buen vino y ponzoña,

sangre de Cristo

y agua clara.



Catálogo *Visiones de San Juan. Imágenes contemporáneas de una iconografía clásica.* Agrupación de San Juan Evangelista, Marrajos. Cartagena, 2001.

Tubabus en Tongorongong

*Luna diurna.
Abanicos las alas
de las cigarras.*

Cruzamos el Níger bajo una niebla de estrellas.

Noté extraño tanto silencio y me eché la mano al cinto en un acto reflejo. Buscaba el móvil como el amputado que busca un miembro fantasma. Pero África es un continente sin cobertura, sin la cobertura que proporciona el progreso a todo ciudadano occidental que paga sus impuestos. Y también sin sus cadenas. Ahora era un tubabu, un rostro pálido, de camino hacia uno de esos puntos geográficos que no aparecen en los mapas. Tenía el encargo de escribir un artículo para una revista de viajes, aprovechando que acompañaba a una de esas expediciones programadas para llenar de exotismo los festivales culturales del verano europeo.

Mi cuñada, Cuarentaycinco, me había embarcado en el viaje con la intención de rescatarme de uno de esos descabros sentimentales a los que ya empezaba a habituarme.

Mi hada madrina organizaba eventos culturales desde que, poco después de la muerte de mi hermano, hubiera decidido enterrar sus inquietudes artísticas con el resto de sus ilusiones.

–Vas a ver que el mundo no es la castaña en la que vivimos –me había dicho antes de salir y poco después las figuras oscuras de los documentales, los personajes de los libros de aventuras se convirtieran en carne y tierra, en colores y olores secretos.

xliv

Llegamos, varias horas más tarde de lo previsto, a una especie de campamento que servía de hospedaje en la imponente ciudad de barro. Los faros

del coche habían ido descifrando una intrincada red de callejuelas y personajes perdidos en el tiempo. De entre las sombras habían ido apareciendo tuaregs, fulas, bambaras, djennenkés, mercaderes de especias y guardianes del pasado.

Cuando nos conseguimos unos cuantos colchones en una edificación cercana –los empleados habían dado nuestras habitaciones a otros viajeros– nos acercamos a la carpa de madera que servía de restaurante.

Los grupos de turistas, todos los que circulaban por la región en esa época, cenaban bajo la luz de las velas y las danzas de los mosquitos.

En una de las mesas empezaron a entonar una canción de cumpleaños en francés.

Cuarentaycinco sonrió y me dijo:

–Vaya, también es mi cumpleaños. Cuarenta y cinco ya.

Y pedimos cuarenta y cinco cervezas con las que celebrarlo.

xxix

Mis compañeros de viaje se fueron retirando poco a poco y pronto quedamos unas cuantas figuras perdidas en la oscuridad.

Un japonés, desde una mesa cercana, se me dirigió en un perfecto español.

–Hay muchos cumpleaños esta noche. Yo también cumplo años como su amiga.

Veintinueve no era japonés sino de Lima. Era ilustrador y le habían encargado los dibujos para una nueva edición de los Cuentos negros para niños blancos de Blaise Cendrars.

Viajaba con un pequeño equipaje por el continente tomando apuntes para documentarse.

–De Lima a Malí, pasando por Limassol.

Parecía disfrutar con estos juegos de palabras y llegué a pensar que había hecho el viaje exclusivamente por el capricho fonético.

–Un día me tienes que enseñar tus dibujos– le dije.

Pero me contó que, cosa muy rara en él, apenas había podido trabajar.



Desde que estaba aquí –y ya llevaba unas semanas– creía estar viviendo una revuelta de sus genes asiáticos. Se pasaba el día escribiendo pequeñas composiciones, haikus, y contemplando las cosas desde una perspectiva desconocida para él.

–Debe ser la fiebre. Creo que he tenido unas décimas últimamente.

lxii

Seguí viendo a Veintinueve los días siguientes, así que pude apreciar cómo su aspecto se volvía preocupante.

Camino de las duchas encontré la puerta de su habitación abierta y al entrar vi al peruano delirando y convertido en una fuente de calor al que rodeaba una tribu de lagartos.

–Luna diurna... abanicos las alas de las cigarras– susurró desde el país de la fiebre.

Lo llevamos a un hospital, por llamarlo de algún modo, que dirigía un misionero español.

–Se pondrá bien. No es malaria, tal vez una infección estomacal.

Y, efectivamente, una semana después volvió para darnos las gracias y despedirse. Me regaló su maleta de materiales y unos cuantos dibujos inacabados.

–Ahora soy constructor de poemas– y pensé que el delirio le podía haber trastocado alguna conexión cerebral.

Yo no había cogido un pincel en mi vida, pero hay viajes que te hacen creer que puedes ser alguien diferente al que tú conoces. Y una puesta de sol en África, un gran río lleno de barcas y unas mezquitas tan gaudinianas pueden llenarte la cabeza de pájaros plásticos.

Una tarde fui a la orilla y me puse a realizar mi primera obra maestra.

–¡Miquel Barceló, supongo!– escuché a mis espaldas.

–¿Cómo me ha reconocido?– respondí en tono de broma al orondo señor que me miraba entusiasmado.

Para cuando comprendí que el belga, Sesentaydos, creía que yo era realmente el pintor mallorquín, me resultó bastante difícil convencerlo de lo

contrario.

Monsieur Sesentaydos era un empresario y director de una ONG que enfocaba su área de acción en la antigua África occidental francesa. Llevaba unas semanas buscando a Barceló para embarcarlo en una disparatada empresa relacionada con su organización. Parecía estar tan excitado que interpretaba mis negativas como la lógica cautela de los famosos para con los advenedizos.

Para cuando se hubo convencido –el sol se había ocultado llevándose con él cualquier posibilidad de milagro– mi carrera de pintor había terminado.

xiv

Amadou, catorce años de orfandad, esperó a la puerta del hotel a los miembros del comité del Fondo Monetario Internacional de visita por la zona. Arrastrando su polio mal curada y una enorme sonrisa pidió cualquier cosa a estos reyes magos.

Un finlandés infinitamente pálido le dio un billete. A la americana encaquetada le pareció excesivo y empezó a contarle un cuento de peces y cañas, una enérgica disertación que ocultara su tacañería.

otra vez xlv

–Aquí tienes un regalo de África.

Cuarentaycinco aceptó con recelo los trastos del ilustrador, pero jurando que no pensaba utilizarlas ni ahora ni en el futuro.

Mi cuñada parecía guardar un luto mucho más profundo que el negro y, a la muerte de Mario, había enterrado con él lo que llamaba sus veleidades creativas.

–No voy a perder el tiempo ilusionándome.

Pero esas palabras chirriaban en este escenario. Tal vez resultarían creíbles en el invierno madrileño pero en Tongorongongong empezaban a sonar –por fin– huecas y poco solemnes.

Para cuando TresTres, el escultor conceptual que acompañaba a la expedición contrajo la malaria y ella tuvo que adelantar su regreso para acompañarlo. su maleta iba llena de dibujos y esperanzas, de tintas chinas africanas y de olvido.

Nunca escribí el artículo sobre el viaje africano, ni volví a echarme la mano al cinto buscando el teléfono.

Sigo en África.

Ahora tengo un pequeño hotelito en Tongorongong, unas cuantas chozas, donde veo llegar a una gente y marcharse a otra: cabezas cuadradas, almas sensibles, correccaminos...

Empiezo a ver a los blancos demasiado blancos.

A lo mejor soy una especie de hippie desertando de la vida moderna, o a lo mejor un ser libre.

Parece increíble, pero acabo de recibir un libro de Cuarentaycinco con sus ilustraciones para los Cuentos negros de Cendrars.

Ella siempre me dice que no voy a durar mucho aquí.

-Te quedan quince días.

Y tal vez sea así, pero al menos me hago la ilusión de que soy yo el que lleva las riendas de mi destino

Veintinueve, mi amigo peruano-japonés, es la nueva revelación de la poesía latinoamericana y va a participar en la edición del festival de este año, el mismo que me trajo hasta aquí.

Y TresTres ha expuesto, con gran éxito, todas las vendas, análisis y placas de su enfermedad.

Yo he descubierto que Einstein toca la cora, que el tiempo se expande y se contrae como un muelle y ahora sé cocinar el capitán -un pescado del Níger de treinta y nueve formas diferentes.

Pero lo que realmente me gusta es verlas pasar

Tongorongong, 1420

Catálogo *Tubabus en Tongorongong* de Charris. La Mar de Músicas. Cartagena, 2001.



Días en Volcanovia

De todos los destinos posibles, el de Volcanovia en vísperas de una gran erupción era uno de los menos apetecibles para los turistas. Este hecho y mi fascinación por la catástrofe y los paseos junto a los acantilados bastaron para que decidiera aceptar el reto y me citara a bailar una polka con mi suerte. Pero ¿qué equipaje se lleva a la tierra del fuego y la lava solidificada? ¿sudaderas de amianto? ¿zapatos de siete leguas?

Cuando llegó la invitación de la Universidad de Volcanovia para que diera una conferencia sobre mi obra, fue a parar inmediatamente al montón de los proyectos que nunca pensaba realizar. Y ello a pesar de la palmadita a mi vanidad que suponía que se fijaran en mí en un lugar tan remoto y desde un país que siempre me había producido una gran curiosidad. Todo el que me conoce sabe que detesto hablar en público, especialmente de mi trabajo, y que tampoco son santo de mi devoción las mesas redondas, los jurados, las entrevistas y todo esa parte circense del mundo del arte. Supongo que todo viene en parte por la inseguridad y también por la certeza de poseer un cerebro con un disco duro, del que no estoy especialmente descontento, pero con un procesador bastante lento. Cosas de la genética, supongo.

Pero días después, en una de esas noches de sueño remolón y tarrinas de helado, haciendo un barrido por los canales a golpe de mando a distancia, me encontré con lo que en ese momento me pareció una señal y que me ponía en el dilema de decidir entre mi corazón y mis fantasmas. Una gran columna de humo presidía las idas y venidas de grupos de viajeros en un aeropuerto en un informativo de Al Jazeera. Lo único que me quedaba claro era el lugar desde dónde emitía el reportero de la corbata indescriptible: Volcanovia.

¿Cuál era la novedad? Allí siempre están apareciendo volcanes y uno se sentiría realmente defraudado si en una visita al país no le enseñaran algu-

no de sus típicos ríos de lava.

Pero, varios canales más allá, otro informativo informaba de un inusual aumento de la actividad del subsuelo que presagiaba una colosal erupción que desconcertaba a los científicos. Las agencias de turismo de varios países estaban cancelando todos los viajes y se recomendaba a sus nacionales abandonar el país rápidamente.

Aquella noche soñé con el Dr. Atl, el admirado mexicano, que me llamaba desde la falda del Paracutín.

—¿Se puede saber dónde te habías metido? ¿Cómo carajo quieres que pinte una erupción sin amarillo de cadmio?.

Y yo no sabía cómo decirle que en la gran caja que traía, llena de todo lo que me había pedido, cera, copal, jabón, aceite de linaza, el único pigmento que faltaba era el amarillo de cadmio. Hacía un calor del demonio y una violenta explosión me dio tal susto que vine a dar con mis huesos y la caja en el suelo. Del estropicio de frascos y botes salió una masa viscosa por una rendija.

—Hmm! Me gustan esos tonos láguena. Chico, creo que ya tenemos otro atcolor.

Y desperté creyendo notar el olor a los gases del volcán.

Gerardo Murillo, Guadalajara 1875. Rebautizado Atl —agua en náhuatl—, doctor en filosofía, vulcanólogo, editor, revolucionario, geólogo y excéntrico, pintor y ahora también actor incorporado a la nómina de participantes en mis duermevelas.

En 1943 instaló un estudio al aire libre para no perderse nada del nacimiento del volcán Paricutín. Y más adelante intento crear una utópica ciudad cultural, Olinka, en el cráter de otro volcán cercano a Puebla.

En las ventanitas de google reconocí al enérgico anciano que me gritaba cariñosamente la noche anterior.

Los días siguientes estuve sopesando pros y contras, quebrantando principios e inventando excusas. Decidí que todas las normas estaban hechas para ser esquivadas de vez en cuando, más aún cuando hemos sido nosotros los legisladores de esa constitución.

Siempre podía ir por mi cuenta y olvidarme de la oferta universitaria,

pero aunque digamos que no nos importan las opiniones de los demás, no es cierto, y decidí usar esta oportunidad como excusa ante familiares y amigos, como pasaporte de obligación y carrera, como salvoconducto de cordura en mi viaje a un destino que a todo el mundo le parecía una locura en estos momentos.

Recopilé en mi ordenador portátil todos los archivos fotográficos que tenía de mis obras y decidí emplear las horas del larguísimo trayecto en preparar alguna presentación improvisada que me sirviera para cumplir con mis anfitriones.

La primera vez que oí hablar de Volcanovia fue en el título de una obra de Carl Barks. Dicho así podría sonar a alguna oscura novela de algún autor de culto, o de algún tratado científico o de una guía de viajes, pero *Aventura en Volcanovia* era un volumen de la colección Dumbo donde los iconos de la factoría Disney campaban a sus anchas para regocijo de los niños de los setenta y beneficio de las arcas de la multinacional.

A Carl Barks nadie lo conoce pero ¿qué diríamos del tío Gilito, de Ungenio Tarconi, Narciso Bello, los sobrinos del Pato Donald, Juanito, Jorgito y Jaimito, y todo el universo mitológico de Patoburgo? Todos estos personajes salieron de la pluma del chico medio sordo que vivía en una granja solitaria entre Oregón y California, incluyendo los principales rasgos de la personalidad del pato más gruñón del mundo.

Aunque la historia original se publicó en 1947, a mis manos no llegó hasta su edición española de 1971, lluvia de maná en forma de tebeo que yo esperaba ansiosamente y que supongo que ayudó a deformar mi mente hasta los niveles en los que se encuentra en la actualidad.

Los trámites en el aeropuerto de Madrid se convirtieron en un fastidio a causa de un virus informático que había inutilizado en parte los ordenadores. *Hermenéutica* era el nombrecito de la epidemia, y en todos los telediarios se habían esforzado por explicar lo que significaba. Pensé que los pedantes ya estarían buscando un sustituto en su particular vocabulario ante el pánico que les creaba la popularización de un término.

Ya en el avión, el variopinto pasaje se acomodó en sus asientos, y tras los ejercicios de mímica de las azafatas y el sonido del desabrochar de los cin-



turones, consideré iniciado mi viaje al centro de la Tierra.

Los creadores de imágenes en estos tiempos ya sabemos lo que es ver pasar toda tu vida en unos segundos, tal vez unos minutos, como dicen los que han estado al borde de la muerte. Y hay quien ve una luz al final del túnel y quien ve un pozo oscuro y sin fondo, o tal vez ambas cosas a la vez según su estado de ánimo. Cualquiera suele tener fotos, catálogos archivos en jpg, que te hacen retroceder en el tiempo y tropezarte con tus escasos aciertos y tus innumerables errores. Dependiendo del día uno mismo puede ser su juez, su fiscal o su abogado defensor.

No conviene dramatizar o se corre el riesgo de perder una oreja.

Como ordenar una casa o limpiar un jardín. Seleccionar entre los cientos de obras producidas lo que mejor te represente. O lo que más confunda, o lo que te muestre más imperfecto o más volcánico o menos tonto, cualquiera sabe.

El avión se había adentrado por una intrincada trama de lagos y aguas serpenteantes y el reflejo del sol parecía desplazarse entre circunvoluciones cerebrales o por uno de esos crucigramas enrevesados en los que hay que encontrar una salida en el laberinto.

Intentaba hacer un powerpoint sobre mi trabajo y había decidido el criterio de selección: lo menos obvio, los caminos inciertos y las dudas. La azafata pareció entenderlo mejor que nadie:

–¿Pollo o ternera?

Y decididamente pensé que aquella nube se parecía a un pollo, o mejor aún, al gallo Claudio, eterno salvador del pequeño gavilán de mi infancia.

Recuerdo despertar de un profundo sueño con la batería del portátil agotada y un asistente de vuelo indicándome que incorporara el asiento y me abrochara el cinturón para realizar una escala técnica. Poco después estábamos en un aeropuerto militar repleto de aviones de combate y un movimiento que parecía presagiar tiempos tormentosos.

–No sabía que hubiera alguna guerra por esta zona.

–Y no la hay –me contestó mi vecina de asiento, una empresaria en misión comercial por la zona– ya sabe lo que dicen de Volcanovia: el país más pacífico...

—...de todo el Pacífico. Sí, venía en los papeles del visado en letras bien grandes.

—Pues parece cierto, lo que no quita que todos sus vecinos estén esperando la más mínima ocasión para entrar en acción: una fronterita por aquí, una salida al mar por allá. Pero no hay forma de provocar a estos volcanovianos. Cuando los conozca sabrá de qué le hablo.

Empecé a hacerme una idea al poco de tomar tierra. La vista desde la ventanilla había sido todo lo impresionante que esperaba. Cientos de volcanes humeaban como en una caldera a punto de reventar y a lo lejos el gran Feroche amenazaba con una estrecha y oscurísima cuerda tendida al cielo. No puedo negar que estaba algo nervioso y excitado. Pero para el personal del aeropuerto todo parecía ser de lo más tedioso.

La mala suerte, como supe luego, fue llegar a la hora de la siesta. Durante tres horas al día el país se paraliza y todo el mundo se tumba a reposar importándole poco la amenaza de la globalización y la falta de competitividad de sus empresas. A un país que se puede ir al garete en cualquier momento, y que pueden tragárselo las entrañas de la tierra a poco que a la diosa Pele se le hinchen las narices ¿qué le va a importar el Nasdaq o el índice Nikkei?

El caso es que cuando conseguí llegar al hotel, después de haber decidido dejar mi mentalidad occidental y europea en la consigna del aeropuerto, puse la CNN y el imperio americano naufragaba entre las olas del Katrina. Empecé a respetar un poco a estos redomados gandules y simpáticos vagos de remate, los volcanovianos.

Nadie de la Universidad había venido a recibirme, ni tampoco contestó nadie a mis llamadas de los dos siguientes días. Pero al tercero un educado mozalbete me pidió disculpas y me dio la agenda para mi estancia en la ciudad. En efecto ahí estaba la conferencia y un viaje al Museo Nacional que debía comentar con una clase de alumnos, pero las fechas, las horas y los lugares estaban sustituidos por una interrogación.

—¿Qué se supone que significa esto?

—Pues nada, aún hay algunas cosas por concretar. No se preocupe, de aquí a poquito le decimos.

Supongo que cualquiera en mi lugar se hubiera mosqueado algo, pero les recuerdo que mi conferencia y mi carrera académica me importaban un bledo así que decidí pasear por unas calle que en momentos me recordaban a una Valencia prefallera, solo que aquí los petardos eran pequeños volcanitos que aparecían en el asfalto y las aceras.

Según Tiki, el becario al que habían asignado la misión de acompañarme, yo estaba aquí con los fondos de un programa de colaboración con Naciones Unidas pero nadie sabía decirme porqué me habían elegido a mí. La música del azar, supongo, que al final es tan importante como el esfuerzo o el talento.

Cuando parecía que ya me habían adjudicado una fecha para mi charla, una lengua de lava se llevó por delante el salón de actos de la Universidad, así que tuve que esperar a que me asignaran otro lugar.

Aunque la sensación era la de estar en otro planeta, había un momento del día en que volvía a mi estudio y a mi mundo: cuando me conectaba a internet un ratito y descargaba el correo. Entonces se me abría una ventana a lo cotidiano, tanto que a veces retardaba este acercamiento para conseguir retener la sensación de extrañeza. Las comunicaciones acercan las distancias, pero no siempre apetece vivir en un planeta cada vez más pequeño: uno ya no tiene edad para ir de Principito.

Recibí un mensaje de Xesús Vázquez, con el que estaba manteniendo una correspondencia que iba a ser publicada en el catálogo de su exposición en el CGAC. En él me hablaba de las constantes dudas de todo pintor, incluso del gran Picasso preguntándole todo el tiempo a Françoise Gillot si creía que él era un gran artista.

Con un cielo asombrosamente púrpura asomándose a mi ventana le contesté:

El otro día le oí decir en un documental al fotógrafo David LaChapelle que tenía que intentar que cada nueva obra en la que trabajaba fuera maravillosa o, de lo contrario, todo el mundo se daría cuenta de lo malas que eran todas las anteriores. Supongo que el trabajar con un material tan inasible está en la base de la inseguridad de la mayoría de los creadores, más aún, de esa duda alucinada de la que, a veces, se extraen también materiales muy valiosos. Phillip-Lorca diCorcia decía en



una entrevista: “La motivación más profunda de muchos artistas es evidentemente la que comparten todos: su enorme temor a ser unos fraudes.” Aunque esto supongo que tiene más que ver con la montaña rusa de las vanidades asociada al rol del artista dentro de la sociedad: prestigio, ranking, respeto y todo eso.

Pero es verdad que sirve de poco lo que te digan, aunque sea positivo, o lo que hayas conseguido en otras obras cuando lo que tienes es apenas una torpe encarnación de lo que ibas buscando, de algo que se atisba en algunas etapas de la creación de una obra (a menudo incluso antes de empezar a hacer ningún trazo) y que ni uno mismo sabe bien qué es, ni que forma tiene, ni a qué se parece: como perseguir a la gran ballena blanca por los siete mares sin saber muy bien que cosa será una ballena. Esa inquietud de la que hablas está en la base de este trabajo o esta aventura o como quieras llamarlo. Y cuando crees que ya tienes algo, que has atrapado lo que ibas buscando, te das cuenta que lo único que tienes es la piel de un animal deshuesado y que el alma de lo que sea se ha escapado hacia el territorio de niebla en el que hay que volver a entrar. Lo que presentamos al público como obras son apenas la documentación del viaje, el pobre botín que hemos conseguido arrebatar al monstruo.

En algunas partes del documental de Clouzot en el que se ve a Picasso pintando se ilustra bastante bien esta lucha, casi se ven los destellos, las posibilidades enredadas, una mente trabajando según un orden imposible de analizar por un ordenador (al menos de momento), los arrepentimientos inexplicables y la decisión de acabar algo ante la imposibilidad de llegar a una meta que no se conoce. En Picasso todo es excesivo, así que casi puedes ver lo cercano que están en él la cabeza y las manos, pero casi todos los pintores, con objetivos y procesos tan diferentes, me parece que nos podríamos reconocer en ese cerebro que pinta.

Y cualquier decisión tomada en el lienzo no es inocente y va a ser interpretada. Puede que de una forma inadecuada para las intenciones del artista pero en realidad ya da un poco igual. Como decía Oliverio Gironde: “A pesar de tener formas tan perfectas, mis ideas no tienen ningún inconveniente de acostarse con ustedes...”.

Una vez que acabo una obra tiendo a verla como parte del mundo de los objetos, no como una excrecencia de mi pensamiento y mi torpeza, no temo ser mal representado por ella. Puedo mirarla con cariño o con horror; como en las viejas fotografías de uno mismo, apenas recordatorios de una comedia vivida, como la instantánea de una obra de teatro: ¿qué puede quedar en ellas del espacio y el tiempo, o la

emoción? Así que empiezan a ser otra cosa y a su vez puede provocar nuevas reacciones en otra gente, lo cual está bien.

Pero el caso es que no podemos dejar de preocuparnos por intentar explicar y justificar nuestras intenciones, ya sea con el título o en conversaciones como ésta. Supongo que el terror al malentendido viene de lo fácil que nosotros sabemos que es confundir a un buen domador de pulgas con un farsante, de cómo es bastante simple hacer que pintura extendida de una forma determinada en una superficie plana parezca un cuadro.

Me levantaba temprano por las mañanas y salía con Pancho, un taxista que había estado viviendo un par de años en Extremadura, a visitar los alrededores de la capital. Un par de veces fuimos a visitar unos valles más lejanos y no era extraño ver aparecer volcanes en una playa, o no ver un lago que recordabas haber visto semanas antes. A veces me venía a la memoria José María Velasco y otras Nicholas Roerich o el Dr. Atl, pero siempre veía pintura a chorros saliendo por los cráteres, energía pura derramándose por un mundo necesitado de nueva savia, aunque a veces fuese de una forma violenta y compulsiva.

Llegó un momento que me di cuenta que nunca iba a dar la conferencia, pero lo cierto es que había ido conociendo a casi todos los estudiantes de arte de la pequeña Universidad, les había enseñado mis imágenes y habíamos hablado del acto creador y de la vida, con lo que la parte didáctica de mi visita la consideraba cumplida. Por otra parte empezaba a estar harto de frijoles con papas y lo exótico empezaba a volverse tan familiar ante mis ojos como mi barrio.

–Pero no puedes perderte las fiestas del baile de trajes– me recomendaban Tiki y sus amigos.

Así que decidí quedarme a las celebraciones de la fiesta nacional de Volcanovia, en las que se conmemoraba el único día que, según la tradición, no había habido ninguna erupción en todo el país, allá por 1873.

Me busqué un atuendo lo suficientemente decimonónico para ese día en el que todo el mundo se vestía de época, se bebían licores y se bailaba hasta el amanecer.



Mientras esperaba a que me recogieran me vino a la cabeza uno de los capítulos de la *Travesía por la incertidumbre* de Estrella de Diego. ¿No hablaba también de un cuadro con un personaje, tal vez Nelson, o a lo mejor era el tipo al que le puso los cuernos, en una habitación como ésta, con un atuendo igualmente de otra época y otra historia alrededor de un volcán? La mía también era una travesía por la incertidumbre. ¿No lo son acaso todas?.

Haré un cuadro con este momento, me dije, aunque enseguida me tacharán de anacrónico.

Y sin embargo ¿qué es un siglo y pico? Apenas nada, pura broma. ¿Alguien se ha percatado desde nuestro tiempo que Friedrich pintaba a sus personajes con una indumentaria que había dejado de utilizarse muchas décadas atrás? Los cincuenta, los sesenta, la moda del año pasado, el neo y el post, las temporadas... medidas tan exactas como el poquito y la miaja.

Los fuegos artificiales eran el preludeo al gran baile del Zoco. Un maravilloso castillo rivalizaba con los caprichos de los volcanes. El ritmo que habían impuesto los pirotécnicos era armonioso y endiabladamente preciso, todo conducía a la gran traca mayor. Y en verdad que resultó apoteósica. El mayor estruendo que nunca había oído calló a todo el mundo y del silencio nació un atronador aplauso.

Pero las caras de los técnicos parecían decir que algo raro estaba pasando. A la anterior explosión siguió otra aún mayor y todo el mundo se giró al darse cuenta que el que rugía era el gran Feroche que parecía querer apuntarse a la fiesta. La gran erupción tan largamente anunciada parecía haber presentado su tarjeta de visita.

Me estremecí como una bolsa de papas arrugada.

Pero lo que siguió tiene una difícil explicación. En cualquier producción hollywoodiense de catástrofes, las multitudes se hubieran precipitado en un tumulto apocalíptico, desperdigándose por las cuatro esquinas de la plaza y arrasando con todo lo que pillaran por delante. Pero no en Volcanovia.

La música empezó a sonar y la gente a bailar con ella. Empezaron a destaparse las botellas de champán y licor de mango, de ron y de cerveza fría

y las risas casi conseguían acallar los zambombazos. Los temblores hacían que algunas parejas cambiaran de acompañante en algunos de los achuchones, pero nadie trató de escaparse a su destino, cualquiera que fuese.

El sol apareció entre los ecos adormecidos de la fiesta y con él vino una lluvia de cenizas que mansamente tapaba los cuerpos de los borrachos que dormían y se colaba en los interiores de las tubas y los trombones.

...

—¿Para qué sirven los viajes? ¿Somos capaces de decodificar los mensajes que nos lanza el camino o sólo volvemos a nuestra casa con más cachivaches, algún nuevo escenario para nuestros sueños y unos cuantos talones para gastarlos en vida social? El viejecito filosofaba en voz alta mientras engullíamos la comida plastificada que servían las líneas aéreas volcanovianas.

Con toda la paciencia del mundo, le había explicado a un profano, como era yo, los secretos para aumentar la productividad de las abejas introduciendo dos reinas en la misma colmena según un método de su invención.

Desde las alturas las grandes extensiones despobladas me hacían pensar en lo absurdo de las teorías que dicen que en la tierra sobra tanta gente. Como en otros viajes en los que había sobrevolado Siberia o el Sahara, la sensación era la de estar en una época extraña, un lugar perdido entre el pasado y el futuro, y que, por mucho que lo intente, el hombre nunca podrá cargarse el planeta, que apenas somos hormigas arañando la piel de un elefante. Opinión ésta que no debería servir de coartada para toda clase de desmanes, claro.

—¿Quieres mi col de Bruselas? —me dijo el señor mientras colocaba la verdura en mi bandeja sin esperar respuesta— Es que me da gases.

Una explicación como otra, pensaba yo, para la intensa actividad volcánica del país: mitología aplicada y sabiduría popular.

El sol de la tarde iluminaba los rastros de las fumatas que se fundían con las nubes en una gran fiesta multicoloreada. Los cúmulos flirteaban con los cirros mientras los stratocúmulos se enrollaban con los gases sulfurosos de los volcanes.

Dije adiós a la lava, consciente de que en unos cuantos miles de años, apenas un grano en el gran reloj de arena del tiempo, este terreno convulso sería un fértil vergel que daría leche y miel.



Catálogo *Días en Volcanovia* de Charris. Universidad Pública de Navarra. Mayo, 2006.

Estilo de vida

I. Cuentan que Nicolas Poussin planteaba unos pequeños escenarios con figuritas de cera como modelo preparatorio para las precisas composiciones que le convirtieron en uno de los grandes de la historia del Arte.

Arcadias, olimpos y parnasos, grandes escenas bíblicas e históricas, partían de un mundo creado en miniatura que le servía de semilla y germen.

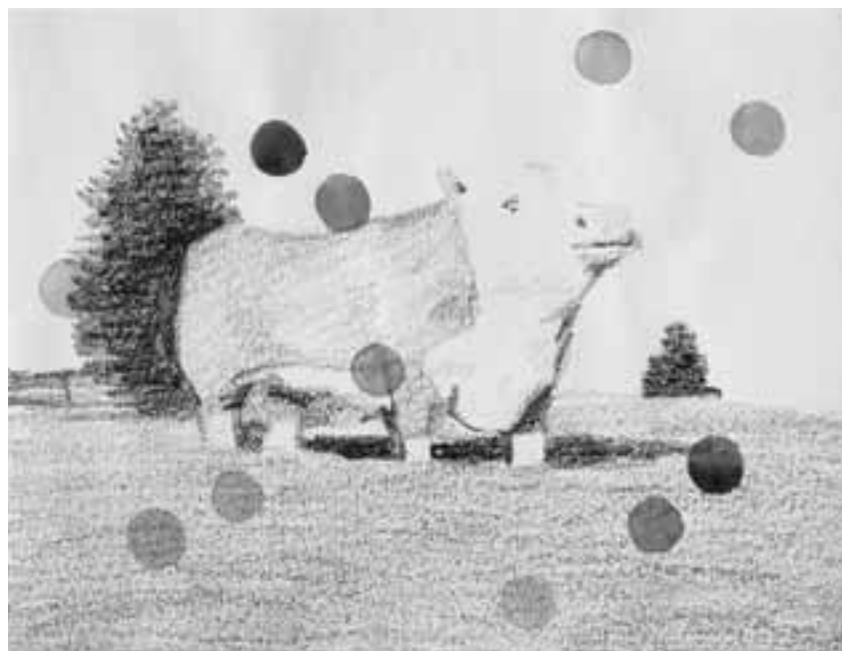
No se han conservado ninguna de estos teatros del alma del pintor, pero me encanta imaginar al gran artista jugando con sus pequeños dioses, sus sabinas y héroes de juguete, recreando una Antigüedad que cabría en una caja de herramientas.

Jugando a algo mucho más letal, los generales color sepia de los documentales manejaban soldaditos y armamentos por territorios de cartón piedra, decidiendo el destino de miles de vidas en cada desplazamiento de los frentes: un claro caso de identificación del sujeto por el objeto inanimado, algo de lo que saben mucho los hechiceros haitianos del vudú. Suplantación y representación: una constante en toda la historia de la humanidad que se recrea en forma de fetiches y amuletos, de estatuas, pinochos y santos de múltiples procedencias.

Y a veces estas simulaciones se convierten en parte importante del proceso artístico, ya sea como instrumento, como ocurre en los teatros de sombras y marionetas, o como modelo –surrealistas y metafísicos, por poner un ejemplo, inundaron sus obras de maniqués y autómatas, y Picasso, un gpetto menos inocente, transformó a unas máscaras africanas en putas de un burdel de la calle Aviñón.

La alemana Karin Sander, desde una perspectiva mucho más contemporánea, transforma a los espectadores, previo escaneo tridimensional, en obras de arte, al reproducirlos en figuras a una escala reducida

Escenógrafos y arquitectos usan también maquetas como referentes para su trabajo, como campo de ensayo, sin ser conscientes de que no se puede crear un mundo, por pequeño que sea, y esperar que no pase nada en él.



Virginia Bernal utiliza elementos de algunos de los oficios nombrados, dibujando en el papel –o en la pantalla– con figuras y planos iluminados, rayando con cochecitos y árboles, coloreando de algodón y estampados, haciéndose la ilusión de que es ella la que insufla vida a esos personajes atareados con sombrero y gabardina, cuando es posible que suceda al contrario. En el perverso juego del ventrilocuo y el muñeco uno acaba no sabiendo quién es el que maneja las riendas.

II. Virginia había confinado a sus liliputienses a un universo cian o gris, sugerente y monocromático, pero insuficiente a los ojos de sus pequeñas creaciones.

Una noche de febrero, despejada y fría como una lápida sin grabar, hubo una reunión en el estudio de la calle San Fernando. De cajas y estanterías, de material de diorama y revistas ilustradas, fueron llegando personajes a una gran plaza iluminada bajo la luz del flexo.

Un hombrecillo invernal –un pequeño Pessoa– escoltado por un par de soldados finlandeses, uno de ellos mutilado de su brazo derecho, se dirigió a la concurrencia.

–Hay algo en lo que estaremos todos de acuerdo.

Todos asentían anticipando en sus labios la consigna que esperaban escuchar.

–Tenemos que cambiar nuestro estilo de vida. – dijo el hombre en un tono indiferente y alejado de la habitual carga incendiaria de otros oradores.

Cada uno de los que escuchaban había esperado oír otra frase, pero después de recapacitar, rodeados de un silencio prehistórico, decidieron que aquello era otra forma de decirlo.

Un gran aplauso despertó a las cucarachas de la cocina.

–¡Tenemos que cambiar nuestro estilo de vida!

Y empezaron a montar la ciudad presentida, ladrillo amarillo a ladrillo amarillo, con pegamento Imedio y unas tijeras de cortar sueños.

El alba sorprendió a una multitud con agujetas de plástico y una sonrisa en technicolor.

Cuando Virginia entró al estudio, nada había cambiado pero todo era diferente.

III. Al hombre de los ojos de cielo se le metió una nube en el ojo y fue a consultarle a su amigo el farero.

–Si todo es como quería que fuera, ¿por qué siguen ahí los caminos escarlatas?

El farero se encogió de hombros limitándose a formar un anillo de humo gris con su pipa.

–He sacado la avioneta del hangar.

El viejo sonrió y se incorporó para interrogar al horizonte. Le pareció que aquel día había un nuevo y maravilloso gris que no había visto en todos sus años de observación. Saco un gran cuaderno y lo inscribió en el gran inventario de grises de su vida, millones de ellos primorosamente anotados y clasificados. Decidió llamarlo Gris Escarlata Tímido.

Aquella noche el aviador se fue a dormir con su nube en el ojo y un cascabel en el alma. Soñó en colores por primera vez en su vida, o eso creía recordar. La ciudad brillaba en un acorde armónico. Los niños iban al colegio, la gente paseaba por el parque y en cada esquina el mundo se reinventaba constantemente. Nada de particular.

Al alejarse en su avioneta se dio cuenta que la ciudad se levantaba sobre una nube. Una nube que salía de su ojo. Y sabía que, si se alejaba lo suficiente, se vería como el perplejo y feliz habitante de otra nube que se escapaba de su otro ojo.

IV. En las últimas obras que me enseñó Virginia las figuras que le habían servido como modelo visitaban la maqueta de la exposición de la que eran partícipes.

Como en el juego de los espejos infinitamente multiplicados, nunca sabremos si todos los reflejos piensan, como nosotros, que son los auténticos. Por curiosidad tomé una caja de figuras con las que la artista solía trabajar, de las que normalmente se utilizan para maquetas ferroviarias o modelos de arquitectura. Me fijé en que estaban hechas en Francia, en una pequeña ciudad normanda –Les Andelys– donde, varios siglos atrás, había nacido el gran Nicolás Poussin.



ACTO DE PA EN LA CALLE 3105

Morería Baja

La calle Morería Baja es antigua y entrañable. Une la Puerta de Murcia y la calle San Fernando, y en ella me he hecho pintor. De una vieja casa en el número treinta y cinco han ido saliendo los cuadros que han conformado mi carrera, los charris de Charris, los lienzos y maderas conjugados, la pintura.

Hubo un tiempo en que la calle era alegre y bullanguera. Las ropas tendidas en los balcones, las cajas de frutas en la tienda de enfrente, los bares de marineros y la casa de tatuajes le daban un aire napolitano y popular, un carácter meridional y portuario del que me sentía muy orgulloso. Las viviendas no eran nobles, a excepción de la casa del Pasaje, pero el vuelo de sus rejas y la luz de su cielo la hacían un agradable trayecto de paso. Ahora casi no queda nada de todo eso. La mitad de las viviendas han sido derribadas para hacer no se sabe bien qué. Otro buen número de ellas han sido desguazadas y carcomidas por los *termitas*, los nuevos habitantes de la calle que han sustituido a los ancianos y a las familias de clase media y baja. Sólo hay una casa nueva en toda la calle y está junto a la mía. Un discreto burdel, unos bosnios y un pescador con su familia son los vecinos de la pared de al lado. En el otro, una anciana que una vez regentó una *whiskería* y, en el bajo, el taller de mi tío el tapicero. Y entre casas viejas y solares, casi nada. Los extremos de la calle si que mantienen restos de vida *normal*.

La vista desde mi balcón es una hilera de casas desvencijadas, sin puertas ni rejas en algunos casos, decoradas con basura y expoliadas hasta en sus más mínimos detalles. La calle es ahora sucia y destartada pero en ella viven aún algunos niños, los hijos de los *termitas*, felices en su ignorancia y en su niñez. Hay muchos gatos y pocos ratones, hay ocupas, *yonquis* y prostitutas: poco de todo y mucho sólo de miseria.

La Morería es dura y áspera: metáfora radical de la ciudad. Tampoco faltan

en ella las ruinas de nuestro pasado: los sótanos son romanos, los tejados decimonónicos y su nombre medieval.

La calle es uno de los límites del barrio y del monte del Molinete, el barrio chino que fue uno de los más famosos del Mediterráneo, aunque ciertamente un límite bastante lejano y honrado: pocas putas y mucho obrero, algún pintor y algún que otro desahogado financiero.

En algún momento perdido en la memoria de mi madre, vivía en esta casa una guapa joven de la que se enamoró perdidamente un desgraciado y, en la misma entrada donde vivo, de un disparo se quitó la pena de su amor no correspondido. Siempre trato de leer las señales de algún alma en pena, pero, de haberla, duerme su eterna timidez en los viejos baúles del desván. Porque mi casa tiene desván, una bonita habitación en el tejado donde mi tía guarda puntillas amarillentas y yo los cuadros más viejos y olvidados, torpes ejercicios de estudiante y algunos fuegos de artificio balbucentes.

Mi suerte está unida a la de la calle y nunca he pensado en trasladarme o en traicionarla. No tan sólo por la comodidad de una casa heredada y conocida, sino porque en la estrechez de su espacio comprimido he levantado mi burbuja nuclear y mi mundo.

Mi calle es la más desastrosa de las calles, oscura y siniestra por las noches, turbulenta e intransigente por el día; pero también silenciosa y mágica esas mismas noches, luminosa y prometedora por las mañanas. Está viva, aunque a veces cueste reconocer su pulso débil y agónico.

En el primero de un edificio de enfrente murió una chica no hace mucho, drogadicta y prostituta, supuestamente de sobredosis. Otros dicen que el compañero la mató de una paliza al enterarse que le había ocultado el pago de un trabajo. La chica estaba embarazada. Habían ocupado la casa hace pocos días, lo suficiente como para empezar a destrozarla.

La policía se dignó a aparecer para levantar el atestado, también el forense. Eche de menos la banda con la que precintan la escena del crimen en las películas americanas.

Actuación, arrepentimiento, o verdadero dolor, el novio viudo en cuanto se quedó solo empezó a destrozar todo lo que encontró a mano, los esca-

sos enseres de una casa abandonada por un panadero y ocupada por una unidad familiar de drogadictos.

La noche se ha roto a las tres de la madrugada. Una histérica y aterrada nueva moradora de la calle ha creído ver su cuerpo lleno de gusanos, miles, millones de asquerosos insectos que se le agarraban a la piel y al cabello. Sus gritos han despertado, entre otros, a los ángeles de la calle.

Ángel, su vecino de abajo, multitatuado y robusto, malencarado y en busca y captura, y que hoy ha recogido un precioso cachorro, ha subido a apaciguar los ánimos y las voces de la desesperada. El semen de unos cuantos clientes se ha transformado en un flujo de heroína por las venas de la desgraciada.

Con un aplomo ejemplar, el buen samaritano ha ido ahuyentando los bichos de la cabeza de la andaluza. He escuchado un convincente alegato sobre los peligros de la jeringuilla y sobre las bondades del sol y la playa, de no haber subido el ángel de los tatuajes, la puta hubiera acabado muy probablemente en los adoquines de la calzada, doce metros más abajo de su infierno particular.

Esos adoquines que aún conserva la calle son de los más viejos de la ciudad. Aguataron la fiebre asfaltadora de los setenta y aún se conservan bastante bien.

Es en los días de la Semana Santa cuando más transitados son. La Morería es usada por todos como un atajo y, penitentes y pecadores, capirotos y manolas, pasean la tradición arriba y abajo. Visitantes anuales que aprovechan para echar un vistazo a lo que se cuece más allá de las calles principales y de paso despotrican y se enorgullecen de vivir en una de las celdas de colmena del Ensanche.

Esta noche, al salir a regar las plantas del buche de palomas –la típica reja del sureste– he oído hablar en bosnio, serbio, croata, o qué sé yo. Mis vecinos del edificio nuevo, por las traseras, son bosnios que tuvieron la suerte de escapar del infierno, o la desgracia de dejar atrás el mundo en el que nacieron y crecieron.

Al principio de esa confusa guerra, algunos estuvimos ayudando a cargar



un barco con ayuda humanitaria. Ya creíamos que la guerra era demasiado larga y, sin embargo, hace de eso un par de años. Tan absurda como todas las guerras, lo más crudo de sus imágenes en televisión era que aquellos podríamos ser nosotros: nada de escenarios exóticos ni contendientes multicoloreados. Esas calles podían ser las nuestras y esos cuerpos acribillados por francotiradores nuestros vecinos.

Sólo sé de la guerra por los recuerdos siempre presentes de mis padres. Algo debieron pasarme de ese horror en los genes. No puedo ver tranquilamente las imágenes de la guerra civil española, ni oír sus viejas canciones, sin sentir un profundo agujero dentro de mí. Esta noche me alegra oír a mis vecinos hablar en bosnio, o en lo que sea que hablen.

Mi calle parece una imagen del Sarajevo destruido de las noticias. Cada vez hay menos casas y ya el monte se deja ver entre los solares. Ya tiraron la finca de los yonquis. Ya casi nadie vive en la calle, apenas un muestrario de escombreras sin sentido.

Hay pocas ruinas importantes por aquí, así que volverán a ocupar el espacio vaciado con nuevas casas sin historia, seguramente más feas. Pero más al gusto del español medio del dos mil.

Debajo de mi casa hay un pozo de agua que se tapó en los cincuenta. Nadie sabe muy bien de cuando es, como nadie puede precisar los años que tiene mi casa. Se fue haciendo añadiendo pisos y alturas, adosando habitaciones y resistiendo guerras: la cantonal y la guerra civil, en mil ochocientos setenta y tres y en el treinta y nueve. Pero esta última guerra parece destinada a perderla. Es la guerra contra el progreso y la especulación. Alguien me ha dicho que está previsto derribar también mi estudio. Resistiré, pero no sé hasta cuando. Sin vecinos y sin casas, siempre viendo derrumbarse el mundo alrededor, contando los escasos paseantes, con la espada de Damocles de los cacos y los malos. Es la triste suerte del sentimental acosado.

Ya ni las ratas encuentran comida.

Recuerdo las caras de los vecinos que se fueron, las fachadas de las casas

que murieron.

Me acuerdo de pasar con las Límite y con Mavi y admirarnos del taller de un señor rebosante de los cacharros y boberías que nos gustan. Ahora el señor vive enfrente, vende cosas en la plaza. Es un robusto que se niega a envejecer.

Hay unas ruinas que parecen de broma al principio de la calle. Algo debe quedar del original romano, pero es tan poquito que resultan unas ruinas anémicas y con muletas.

Algún día por aquí pasaron cartagineses, romanos, fenicios y algún griego, bizantinos, visigodos... Hace no mucho pasó un grupo de festeros romanos, tataranietos putativos de la antigüedad, y, con sus trajes de poliéster y sus lanzas cromadas parecen romanos de opereta ¡si sus abuelos levantarán la cabeza!

La Morería Baja tiene una hermana más alta que trenzó su suerte con ésta. Mellada y deshilachada mucho antes, apenas es ahora un rastro de acera o una trasera a medio derruir.

Los que crecieron y envejecieron con la calle, los que la conocieron viva y palpitante, andan muriéndose en cada ladrillo que cae, en cada viga quebrada por el presente.

Los picos cavan arrugas en su frente y cada nueva ausencia que encuentran ha de ser para ellos como una palada en la tumba. O tal vez no, seguramente andan demasiados ocupados con el mando a distancia de la tele.

No hay navidad que alegre una calle así. No hay fachadas en las que colocar guirnaldas ni lucecitas. Sólo mi ficus luce unos estupendos pimientos luminosos, que quedan bonitos pero que empiezan a crearle una crisis de identidad a la planta.

Cuando el sol entra por las mañanas despierta a los habitantes del polvo, que empiezan a bailar alegremente a mi alrededor.

Se encienden por un rato los colores de los cuadros y dejo abierto el balcón para oír los sonidos del día. Las plantas retozan juguetonas en sus colgantes, las moscas y mariposas vienen a ver que estoy pintando, y elijo una

música suave que me arrulle: *But not for me* de Gershwin, o un aria triste o algo así.

En esos momentos sólo puedes dejarlo todo y esperar a que pase el milagro.

Si cuando pasa un ángel se escucha un silencio, cuando pasa el milagro se oye un trineo de rayos solares cascabeleros, un aleteo de polillas y un cierto olor a tierra antigua delatando su procedencia.

Hay hogueras en la noche de mi calle. Y el carro de somieres de un vecino calentándose alrededor.

¡Qué pocos conciudadanos quisieran vivir donde vivo!

Y sin embargo el fuego me trae en sus volutas la imagen de otra parte del mundo, la de los desheredados de la tierra, parientes lejanos de éstos. Y se trenzan sus caras con otras de ayer, y viene al encuentro el pastor del belén, año tras año sentado sobre unas brasas ardientes.

Huele mejor la brasa en mi calle que el humo de un volvo. Son más bonitos los viejos solares a la luz de las llamas que el brillo prestado de algunas tiendas.

Mi calle es gitana y vagabunda.

Llueve y mañana es nochebuena. Un drogadicto se pincha bajo el paraguas. Guarda el agua destilada en un frasquito mientras las gotas resbalan por su burbuja impermeable. En unas ruinas mojadas se le abre una puerta a un lugar del que no quiere volver.

Pero vuelve, y se encuentra calado hasta los huesos bajo un paraguas de gruyere.

Mis plantas se duchan en el balcón. Miles de lagos florecen en el adoquinado.

De noche las luces del puerto anaranjan las nubes en el cielo azul oscuro. Sobre él se recorta la imponente silueta del monte en sombras.

El viento zarandea las puertas y ventanas de las casas abandonadas. Ni un cristal se rompe. Veo mi reflejo entrando y saliendo en la oscuridad. El hipohuracanado grito de Pepe Pótamo parece estar buscando una vivienda en condiciones donde poder ejercer su vocación de okupa.

De las ruinas moribundas de la calle los gatos han hecho un castillo. Con almenas y tronos, con pasadizos y salón de los pasos perdidos, con cocinas y fosos.

Aún sin saber la jerarquía que en él guardan los felinos, he reconocido a un pequeño príncipe, blanco y negro y muy peludo, como el bastardo de un noble persa en el exilio.

Altivo me saluda desde el balcón cercano, distante y orgulloso me perdona la vida en cada paso.

En el castillo los juglares cantan en una extraña música cubista, algo así como una lieder entre contemporáneo y chino.

El mundo se cae ahí afuera: esto no es una metáfora.

Escuadrillas de obreros y artilugios mecánicos continúan el derribo, el acoso permanente.

Un día se me llevarán en una de las paletadas y nadie se dará cuenta.

Las golondrinas que vuelven por primavera han encontrado el mundo cambiado. Los agujeros que guardaban algunos de sus nidos duermen en el fondo de la escombrera.

Desde mi privilegiada atalaya las veo lanzarse a la conquista de sus recuerdos, de las cajas de las persianas. parecen ignorarme ciegamente empeñadas en sus suicidas acrobacias por las estrechas calles de la ciudad vieja. El nervioso y negro vuelo de los pájaros parece más despistado que de costumbre. Tal vez decidan volverse a los libros de cuentos de Dinamarca, de donde proceden.

A mi vecina le han cortado una pierna. Lleva una vejez solitaria y reumática, orgullosa pero irremediabilmente abocada a una residencia o al hospital.

No creo que vuelva a escuchar sus quejas sobre el vecindario, no creo que me regale más revistas antiguas. Su persiana está muda.

Ha estado al menos tres semanas con la pierna rota sin recibir tratamiento, confundiendo sus dolores, obstinándose en negar lo evidente, sufriendo en soledad, trezando quejas y oraciones.

Mi única vecina ya no puede caminar porque no tiene, porque le falta... Las gaviotas bajan a comer las cabezas de pescado que una mujer trae dia-



riamente a la pandilla de gatos de la calle.

La luna se eclipsa esta noche en el Molinete.

Mi vecina, Cati, ha muerto. Lo presentí al mediodía y lo supe a la tarde. pronto entrarán los carroñeros a tomar posesión de su casa. Ningún familiar y muy pocos conocidos en su entierro. Se aferró con dientes a su destino, ajena a lo miserable de su existencia, huyendo de una caritativa vejez algo más llevadera. En sus sueños vivía en una casa de paredes tapizadas y marcos profusamente labrados y brillantes, con láminas de Goya y Romero de Torres, con finas porcelanas y artesanía de Valencia en vitrinas. El amplio servicio, con el que sería muy generosa, mantendría las estancias limpiísimas y cuando saliera a pasear del brazo de un elegante caballero todo el mundo se fijaría en su lozana belleza, en lo elegante de su atuendo y en la calidad de sus joyas.

Reiría poderosamente con las malicias y picardías de su acompañante en la resplandeciente primavera de Valencia. Nunca se cansaría y sólo pararía de vez en cuando para tomar una horchata o para entrarle a rezar a la Virgen de los Desamparados.

Es mucho más fácil tirar un mundo que levantar otro nuevo.

Mi sombra se estrecha mes a mes, me cerca el sol y me tragan los restos del naufragio.

Ayer, noche de San Juan, hubo una hoguera bella y tremenda.

Con las vigas y los muebles, con los viejos árboles tallados construyeron una enorme pira a un dios desconocido.

Comenzó el fuego a dibujar una sólida columna dorada de las que nacían miles de luciérnagas a ritmo de Wagner. El monte se iluminaba y la silueta de mis amigos se recortaba en mi estudio rojo y caliente: un infierno en vacaciones.

La hoguera nos retaba chulapona hasta llegar a asustarnos un par de veces. El espectáculo fue magnífico e irrepetible, hasta la lluvia hizo acto de presencia.

Las únicas víctimas de la pasión del fuego con la noche, han sido mis hiedras calcinadas.

Donde chillaban las brasas sólo hay un rastro de sueños incinerados, ceniza gris, polvo en el polvo.

Mi calle es una vieja desdentada. No más de dos muelas castañetean esperando a ser sacadas. Y una de ellas es mi estudio, empecinadamente resistiéndose a su suerte, como la banda del Titanic.

No he de ver a las palas clavando la pica en su costado, ni su derrota, ni la puntilla.

Cuando ya no haya nada que recuerde su pasado, ni materia, ni trazado, ni vecinos, seguirá existiendo arquitectura en la memoria y será vida, energía y pálpito, al menos en el mundo de mis sueños.

Recojo las últimas pertenencias del estudio en el que he pasado tantas horas de mi vida. Mi amigo Martín me ayuda en el empeño y su fetichismo desbordado me convence de que recoja restos y vestigios: trozos de un techo que pinté, fragmentos del linóleo del suelo –aún con pintura de Sicre, que ha estado pintando su exposición para el Reina aquí– cartones desechados, mosaicos de infrahistoria...

Y cierro por última vez la vieja puerta de hierro eternamente atascada, y escucho el portazo de los cristales y el metal mientras caen los créditos de la película. Antonio y Loli, que tanto tiempo vivieron aquí se resisten al último adiós en un escenario súbitamente despoblado.

Si esto fuera un musical ahora veríamos de nuevo a los tenderos de la tienda y a los marineros entrando en El Loro Azul, al pequeño lotero al que un enorme guiri con sombrero ayuda a tocar el timbre del burdel, los coros de alguna borrachera adolescente desde un balcón, las prisas de los procesionistas, mi hermana y mi cuñado estrenando vida y promesas, parejas en un portón, voces, pero no lo es –ni siquiera una zarzuela costumbrista– y un sol latino y un cielo azul espantan a los fantasmas y a las nostalgias.

Viendo alejarse la casa desde el cristal trasero del coche no puedo dejar de pensar en ella como materia animada y viva, como un pequeño dinosaurio imperfecto en extinción.

Los muros indiscretos de las medianeras, que un día fueron dormitorios,

cocinas, salones –en un extraño código secreto– parecen querer componer algún mensaje.

No mandéis más cartas a la Morería Baja.

Cartagena, 1995-2005.



Catálogo *Morería Baja* de Charris. Galería Aural. Alicante, 2005.

Epílogo

El profesor Rodríguez rumiaba su melancolía junto a los cuadraditos de vidrio del ventanal. El sol le ayudaba a secar sus pensamientos, tan enfrascados últimamente en el paso del tiempo y la vida gastada. Aunque quisiera evadirse de ello, todo le hacía volver a lo mismo, desde los preparativos para sus homenajes y cenas de despedida, hasta las conspiraciones de salón que había empezado a ver a su alrededor para conseguir su cátedra, o a los planes para mudarse a una casa más pequeña y tranquila donde pasar sus últimos días, porque aquello ya empezaba a ser el final, una estación término que no prometía nuevos destinos, sino una larga provincia de tedio y decadencia.

Los años del pasado se agrupaban a su izquierda en un gran montón de capas coloreadas, mientras que el futuro apenas eran unos cuantos bloques al fondo a su derecha. Y es que Rodríguez era sinestésico, una de esas peculiaridades neurológicas que hace que los afectados entremezclen sus sentidos y asocien números a colores, o palabras a formas geométricas, que vean sonidos, o sientan el tacto de los sabores. Otra rareza más del profesor que toda su vida se había encargado de ocultar; aunque normalmente los que padecen la sinestesia disfrutan la mayor parte de las veces con esta peculiaridad, Rodríguez pensó que ya era lo suficientemente especial como para no sentirse aún más alejado del resto de los mortales.

Llamaron a la puerta y cuando entró Pacheco la habitación volvió a tiznarse de azul.

–¿Puedo hacerle una pregunta? –se atrevió el alumno intimidado.

–Adelante, Pacheco. O no acabará usted de irse nunca.

–He visto que Charris manda a algunos de sus personajes a una ciudad llamada Benidorm. Y me salen unas cuantas en Sudamérica ¿sabría decirme cual podría ser?

Y al nombrar la palabra –Benidorm– la boca del profesor se llenó de sabor

a helado de chocolate.

–Sin duda se refiere a la ciudad costera desaparecida cuando la subida de las aguas de hace décadas. Era algo así como un centro de ocio, parecido a nuestro Geriatis, en la constelación de la Hormiga.

–Entiendo...¿puede hacerle otra pregunta?

–Si me pide usted permiso cada vez, me hace dos preguntas en lugar de una –Rodríguez mantenía su postura de picajoso más por mantener su reputación que por otra cosa, ya que le caía bastante bien el chico. No es que le recordara a él ni esas monsergas, pero se habían encontrado en uno de esos nudos de la historia de las personas, cuando para ambos acababa una etapa y empezaba otra abierta a lo desconocido.

–¿Cree que tengo algo de talento, que podré hacer algo cuando acabe? Usted ha visto mi expediente y no es gran cosa. ¿Por qué me escogió a mi frente a otros tipos más preparados?.

–¡Ay, Pacheco! Usted lo que quiere es una palmadita en la espalda y eso lo guardo para el final, si es que se lo merece, junto a la patada en el culo – pero despertó una sonrisa en el anciano. Se negaba a decirle que a estas alturas de su carrera había educado un fino olfato para detectar los cerebros despiertos entre la liga de los empollones despiadados y los inteligentes competitivos, y disfrutaba recogiendo algún trébol de cuatro hojas entre la maraña del bosque. Pacheco era, en este caso, un trébol azul. Tampoco quería decirle que seguramente no valdría para nada de lo que se estaba preparando, pero que tenía un indudable talento para la escritura, que él pensaba potenciar y mimar en estos meses, hasta hacer que fuera el propio alumno el que se diera cuenta, intentando obviar un papel de pigmalión que le incomodaba, sembrando sencillamente la semilla que el otro habría de hacer germinar.

–De momento ya puede usted meterse en la mina de ese pintor y de sus textos, y a ver qué encuentra: oro, plata o blenda. Y de paso que yo le vea los callos en sus manos de tanto picar.

El estudiante pensó que tal vez era un pico lo que le hacía falta para romper el hielo entre ellos dos. En el cielo azul se insinuaba la luna.

Luna diurna

abanicos las alas

de las cigarras.

Durante semanas Pacheco fue desbrozando los textos del artista, descartando unos y analizando otros, y había sentido la necesidad de asociar las propias imágenes del artista a sus palabras, las barajaba de forma caprichosa, presintiendo algunas veces un orden interno entre las diferentes piezas o renegando otras de las paparruchadas del pintor.

Había necesitado imprimir y pinchar en sus paredes los dibujos y pinturas de Charris, las fotos de Cartagena, oír la música de la época, comer los platos de los que el otro hablaba. Una inmersión que estaba yendo más allá del puro interés académico: estaba reconstruyendo un mundo.

Rodríguez había visto los avances de Pacheco, y los había alentado a base de pescozones y zanahorias, y se daba cuenta de que al reedificar ese universo estaba creando el suyo propio. El alumno empezaba a saber quién quería ser.

Pero ¿Y Rodríguez? Estaba a años luz de la persona que una vez había imaginado que sería. Pero no era cuestión de darse cabezazos contra su biografía. Era otro, y esa aventura había acabado por ser tan interesante como la que tenía prevista. Los viajes se saben dónde empiezan pero no dónde acaban.

El paseo de aquella mañana lo había llevado hasta la puerta del piso de estudiantes donde vivía Pacheco. Cuando el alumno lo vio aparecer se le petrificó la melodía que canturreaba en la garganta.

–Bueno, ¿me va usted a invitar a que pase?

–Por supuesto señor Rodríguez, es que no me esperaba verlo por aquí. ¿Cómo ha sabido dónde...?

–¿Se le olvida que soy su tutor y que tengo su ficha? Lástima de dinero que están gastando sus padres– El profesor se acomodó en un sillón apartando folios y fotocopias en el desorden habitual de las últimas semanas.

–Vengo a traerle una cosa y a darle una noticia.

Pacheco no salía de su asombro pero acertó a ofrecerle un té al anciano. Resultó ser un Darjeeling de buena cosecha, algo que impresionó gratamente a Rodríguez, que jamás hubiera pensado que el jovenzuelo tuviera alguna idea de las cualidades del té y menos que fuera a tomar uno de

esas infusiones que le hacen a uno sentirse mejor persona, fuerte y confiado, como decía Aldous Huxley.

–Compré esto para usted en eBay –y le tendió una carpetita toscamente empaquetada.

Al abrirlo Pacheco reconoció un pequeño dibujo de Charris, con una tortuga de la que nace una cabeza de orquídeas.

–Señor Rodríguez, esto es demasiado.

–Lo sé, soy la pera, pero ahórrese el baboseo. Me apetecía regalárselo y ya está.

El alumno sonreía extrañado del comportamiento del profesor, pero ya intuía que el cascarrabias guardaba un corazoncito humano debajo del caparazón.

–Y ahora vengo a decirte que me voy. Me largo.

–¿Cómo que se va? Ya sé que se va cuando acabe el curso.

–No amigo, me voy esta tarde mismo. –Rodríguez se sirvió otro té– He decidido que no pienso aguantar todas esas tonterías de despedidas y agradecimientos más o menos sinceros. He aceptado una plaza en una de esas pequeñas universidades perdidas al otro lado de la galaxia. Una en la que no te preguntan la edad, mientras no chochees demasiado, y en la que vas todo el día con camisas hawaianas y bermudas.

A Pacheco se le hacía imposible imaginar al taciturno profesor Rodríguez usando camisas de flores, pero todo era muy raro esa mañana. En parte le divertía la escena, pero también veía peligrar su trabajo de todos estos meses por los desvaríos de un viejo al que se le iba la pinza.

–Y como estará usted sufriendo por su futuro, le diré que ya le he preparado un informe sobre su trabajo a mi sustituto, que con seguridad será Azcarreta, así que me temo que puede ir esperando una buena nota. ¿Sabe una cosa Pacheco? Cuando pienso en su futuro lo veo en azul violáceo, pero cuando pienso en el mío, lo veo verde cantarín.

Lo que podía ser una imagen poética al alumno le resultó muy familiar.

–Para mí, mi futuro es pistacho y el suyo naranja ácida. –contestó Pacheco, un tanto sorprendido.

–¿Así que usted también..?

–Soy sinestésico.

Las casualidades jugueteaban en un prado de margaritas y amapolas entre el centeno.

Rodríguez pensaba en que tampoco se veía con aquellas camisas vistosas ni gastando sus últimos años en ejercicios gimnásticos en la playa, pero estaba orgulloso de atreverse a tomar decisiones, equivocadas o no, de tener la sensación de llevar el timón aún en contra de un mar incierto.

–Cuando pienso en el té me vienen a la cabeza círculos de colores, naranjas, rojos y malvas.

–¡A mí también! Aunque no malvas.

–¿Sabe una cosa Rodríguez? – preguntó el alumno en un tono familiar.

–Señor Rodríguez, si no le importa, no vaya a ser que aún cambie de opinión.

–Perdón.

–Adelante, adelante –acució el anciano retomando su actitud engolada.

–Haciendo este trabajo me he preguntado muchas veces si el pintor no tendría también sinestesia.

–¿El pintor?

–Charris.

Y la pregunta se enredó en el aroma de la tarde, se metió en la tetera y fue a unirse a los acordes de un oud, el instrumento árabe que jugueteaba entre los silencios y las voces. El presente y el futuro no dejaban hablar al pasado. El calor de la primavera hizo cantar a una cigarra.

Índice

Presentación	5
Prólogo	6
La creación	11
Greguerías al óleo	15
Diario de viaje	17
Mira mi pecho tatuado	19
Guía ilustrada de la República de Cartagena	23
Historias de playa	29
Ultramar	31
El eclipse	37
Al Oeste	39
La pesca en el lago Exilado	42
Supercalifragimetafísico	45
Radicón Robot	58
300 exploradores	61
Coco	67
La clave azul	72
Lolita en el país de las maravillas	77
¿Quieres hacer el favor de callarte de una vez?	82
Un raro veneno	85
Así les pilló el siglo	92
El vecino de Ed	95
La pintura es así	105
Xirimiri Express	110
¡Ojo con el ojo!	116
La Patatera	123
Belleza transgénica	126

Falsacapa	129
Toys are us	131
Europía	135
Lili, Mimi, TT.	144
Los hermanos McCharris	153
Viajes dorados	175
Espejismos	179
El pabellón quemado	182
Sanjuanerías	189
Tubabus en Tongorongong	191
Días en Volcanovia	198
Estilo de vida	212
Morería Baja	217
Índice de ilustraciones	237
The McCharris brothers (English translation)	240

Índice de ilustraciones

Las obras que ilustran este volumen son obras sobre papel y cartón realizadas por Ángel Mateo Charris entre los años 1987 y 2006, pudiendo verse aquí, en su gran mayoría, por primera vez. Realizadas en multitud de técnicas y soportes, tan variadas como los textos a los que acompañan en intenciones y registros, ayudan a conocer una parte poco conocida de la actividad del artista, la dibujística, y aunque van desde el trazo más rápido a las piezas más elaboradas –casi a la manera de sus lienzos– todas están influenciadas por la inmediatez que ofrece el dibujo y la libertad de un soporte mas leve.

No hemos seguido un orden cronológico a la hora de mostrarlos, sino que acompañan a las palabras desde una atmósfera cómplice y una voluntad de interrelación.

4. Circa 1990. Óleo sobre papel. 70 x 50 cm.
9. 2006. Mixta sobre cartón.
10. Circa 1992. Acuarela y lápiz sobre papel. 15 x 20 cm.
13. Circa 1991. Óleo sobre papel. 100 x 70 cm.
16. Circa 1989. Mixta sobre papel. 20,5 x 30 cm.
22. Circa 2003. Acuarela sobre papel. 9 x 15 cm.
2005. Tinta y Acuarela sobre papel. 15 x 15 cm.
Circa 1992. Lápiz y acuarela sobre papel. 15 x 20 cm.
28. Circa 1992. Óleo sobre papel. 43 x 29 cm.
33. Circa 1987. Tinta sobre papel. 14,5 x 10,5 cm.
35. Circa 1992. Tinta sobre papel. 21 x 13 cm.
41. Circa 1992. Tinta sobre papel. 21 x 13 cm.
46. 2003. Mixta sobre papel. 12 x 18 cm.
Circa 1992. Tinta sobre papel. 16 x 11 cm.
49. Circa 1991. Acrílico sobre papel. 49 x 69 cm.
53. Circa 1987. Mixta sobre papel. 100 x 70 cm.
57. Circa 1992. Acuarela y lápiz sobre papel. 15 x 20 cm.
59. Circa 1992. Tinta sobre papel. 21 x 13 cm.
60. 1992. Óleo sobre papel. 22,5 x 30,5 cm.
Circa 1990. Tintas calcográficas sobre papel. 37,5 x 26,5 cm.
64. 2006. Acrílico y óleo sobre cartón. 238 x 215 cm.
70. 2005. Acuarela sobre papel. 13 x 21 cm.
75. Circa 2002. Acuarela sobre papel. 12 x 16 cm.
2005. Acuarela sobre papel. 15 x 17 cm.
81. Circa 1992. Tinta sobre papel. 16 x 11 cm.

84. Circa 1992. Tinta sobre papel. 21 x 13 cm.
89. 2005. Tinta sobre papel. 297 x 420 cm.
2005. Tinta sobre papel. 297 x 420 cm.
94. Circa 1987. Mixta sobre papel. 25 x 39 cm.
101. 2005. Óleo sobre cartón. 58 x 93 cm.
104. 2004. Mixta sobre cartón. 81 x 95 cm.
109. 2006. Mixta sobre cartón. 216 x 183 cm.
112. 2006. Mixta sobre cartón. 117 x 100 cm.
119. 1992. Tinta, lápiz y acuarela sobre papel. 21 x 13 cm.
122. Circa 1992. Tinta sobre papel. 16 x 11 cm.
125. Circa 1992. Tinta sobre papel. 16 x 11 cm.
130. Circa 1992. Tinta sobre papel. 21 x 13 cm.
133. Circa 1992. Tinta sobre papel. 21 x 13 cm.
134. Circa 1992. Tinta sobre papel. 21 x 13 cm.
137. 2002. Óleo sobre cartón. 218 x 132 cm.
141. 1999. Tinta y goma bicromatada sobre papel. 25 x 22 cm.
145. 2004. Óleo sobre cartón. 46,5 x 33 cm.
149. Circa 1988. Mixta sobre papel. 55 x 86 cm.
152. Circa 2002. Óleo sobre cartón. 124 x 217 cm.
156. Circa 1992. Acuarela sobre papel. 21 x 13 cm.
157. 2005. Mixta sobre cartón. 117 x 217 cm.
160. Circa 1989. Acrílico sobre papel. 28 x 19 cm.
164. Circa 1992. Tinta sobre papel. 21 x 13 cm.
169. Circa 1992. Óleo sobre papel. 16 x 23 cm.
172. Circa 1992. Tinta sobre papel. 21 x 13 cm.
173. Circa 1992. Óleo sobre papel. 25,5 x 45,5 cm.
178. Circa 1992. Tinta sobre papel. 21 x 13 cm.
180. Circa 2004. Collage. 21,5 x 15 cm.
185. 2005. Acuarela sobre papel. 13,5 x 20 cm.
190. Circa 1992. Tinta sobre papel. 21 x 13 cm.
193. 2006. Tinta sobre papel. 29,7 x 42 cm.
197. 2006. Óleo sobre cartón. 76 x 78 cm.
201. 2006. Óleo sobre papel. 30 x 40 cm.
Circa 2004. Pastel sobre papel. 24 x 33 cm.
205. 2006. Óleo sobre papel. 69 x 133 cm.
208. 2006. Óleo sobre papel. 30 x 40 cm.
1990. Collage. 34 x 24 cm.
211. Circa 1989. Acuarela sobre papel. 17,5 x 12 cm.
216. Circa 1989. Acuarela y tinta sobre papel. 20 x 18 cm.
219. Circa 1992. Acuarela y lápiz sobre papel. 15 x 20 cm.
220. 1992. Óleo sobre papel. 17 x 30,5 cm.
225. 2006. Óleo sobre cartón. 52 x 37 cm.
228. Circa 1989. Gouache sobre papel. 20,5 x 15 cm.

Editado por la Concejalía de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Cartagena
Se terminó de imprimir el 20 de marzo de 2007 en Loyga Artes Gráficas de Cartagena
Textos y dibujos de Ángel Mateo Charris © Charris, 2007
Correcciones de texto de Dolores Fernández Moreno
Coordinación de José Luis Cegarra Hernández
Diseño de La Naval.
Con la colaboración de la galería My Name's Lolita Art
ISBN.: 978-84-96728-04-2
Depósito legal: MU-518-2007

The McCharris brothers

*For María Charris,
the darling of my eyes.*

The bluish light of the computer began to outline the room. The sound of the catflap announced the arrival of Duchamp, returning from his customary stroll on the roofs to demand his dinner. I felt that the studio was too tidy. Such cleanliness indicated one of those biological pauses in the artist's activity prior to the combat against materials and ideas, prior to the hunt for miracles, sometimes rewarded with insignificant pieces and sometimes with white rhinoceroses. Canvases stretched taut, brushes cleaned, files neatly arranged: a great invitation to disorder, an engine waiting to be set in motion. When I went and sat in front of the computer, the usual image on the screen had been replaced by a large yellow note, one of those electronic post-its that we sometimes used to remember appointments and things to be done. I saw that something strange had happened: the yellow note reminded me of one of those oracles hidden in fortune cookies in certain Chinese restaurants.

"I'm a long way away. Not running or hiding: not disappearing. I'm making a journey to the future. I don't know how long it will last, or what I'll find on the way, but you know I always come back. In the end my sensible side always wins, my absurd loyalty to the principles of the Good Boys' Constitution. But I need this challenge flung at fate, which is both so generous and so tyrannical. Feed my tortoises. You'll be hearing from me. Mateo."

What on earth was my idiotic brother talking about? Why the stupid melodramatic tone? Running away, hiding, disappearing—those were not the words I was expecting to hear at that moment.

I only calmed down slightly by convincing myself that it was all some game that Mateo was up to, making fun of the anxiety I'd been feeling in the last few days when I saw there was no way of starting the exhibition to which we were committed.

It must be a joke. I would certainly make him pay somehow for the hours of sleeplessness and apprehension, for the great sack of fleas that he'd flung on my bed when he decided to write that wretched yellow note.

...

The following day I tried to find him. Nobody knew anything about him among our family or friends or at our gallery. His house was empty and he hadn't turned up at the studio.

The days went by in a mixture of uncertainty and checking out possibilities: hospitals, police, discreet phone calls ...

I decided to wait a few days before telling anyone about his strange absence.

The next news came by e-mail from some strange place in South America.

"Hi Ángel.

I know you hate what you call my cinematic gestures, but you've known me for ages (ever since you were about ten minutes old), so I don't know what you're so surprised about.

Futuro is a wind-lashed harbour with rusty buildings and travellers in transit.

When they ask you, tell them I'm in Benidorm."

The message had been sent from the Columbus Residence in Futuro, Tierra del Fuego, an operetta destination worthy of my brother's wanderings.

It was one of those journeys that, despite being tremendously inconvenient, was filling my brother's head with all kinds of featherbrained ideas. The very ideas that we needed so desperately to make our paintings take wings.

I didn't know whether I wanted to kill him or throw my arms around him, whether to break his house up with an axe or sit down and watch the nostalgic Super-8s of our childhood.

I didn't know whether to love him or loathe him, and I can't wait another minute to tell you the reason why.

You may have heard of the McCharris brothers. Or maybe not—I'm not one of those artists who think that the whole world has a duty to know who they are.

At any rate, we are among those artists who are set on launching their toy aeroplane into a sky crammed with toy aeroplanes.

The only peculiar thing about us is that we are an artist with two members—like Gilbert & George or Equipo Límite—and, what's more, we're twins.

The art world has decided that my brother Mateo is the thinker, the brains, the ideas man, and that I, Ángel McCharris, am the craftsman, the hands, the form. A categorisation simplistic enough to delight the art establishment.

So Mateo is the smart clumsy good guy, and Ángel is the stupid skilful bad guy.

I'm prepared to accept that basically that's the way it is, and that neither of us amounts to anything without the other—not much more than a prattler and a dauber—and that only when we are together can we get close to doing what we want.

Let's say that things were going relatively well at this stage in our career—which was beginning, still just beginning—and that we were facing one of those challenges that would strengthen us or cause us to perish in the attempt: our first solo exhibition for a major museum—an appointment with glory or an invitation to disaster.

My brother and I decided that the word “anthological” smacked of early retirement, so we decided on a large solo exhibition: dozens and dozens of pictures that would be as fantastic as the ones from our previous work that seemed fantastic to other people. Our firm decision silenced the doubts of the curator, Oskar Grosz, our dealers, Raimon and Leopoldo, and all those who trusted in us, while at the same time sharpening the knives of our beloved detractors.

We planned the work conscientiously, establishing timetables and priorities: all very European and professional.

The studio gradually became full of canvases and stretchers, boxes of paint and good intentions.

Every day we met to look for the key that would set the perfectly-oiled engine in motion. We searched everywhere for it, in books and in our notes, in the street and in museum galleries, but we couldn't find it anywhere.

My brother took it very hard—remember that it was his job to do the thinking—and I felt incapable of doing anything without knowing what or why.

Our boat drifted on with a huge hole in its sails.

The falling pages of the calendar formed a thick blanket over us.

I couldn't blame my brother for running off, especially since I knew he'd gone to the world's end to hunt for the damned key.

...

The curator was on the point of coming over to Spain to see the first pieces for the exhibition. Our dealers were beginning to get nervous, and all I could think of doing was to keep tidying the studio.

A little pressure always helps, but with my brother's disappearance I could see that any second I was going to burst: the canvases in the studio would be an Informalist explosion of matter: in the middle of the gallery there would be a hand clutching a broom.

The sound of the doorbell interrupted my ruminations just as I was starting to compose my obituary in my mind.

“We are the dealers of the sensation of the year 2000!”

“OK, I’ll throw down the key.”

It was the first time I’d been glad that the studio was on a third floor without a lift, and that the entryphone was broken. It gave me the time I needed to turn round the immaculate canvases and compulsively disarrange the tell-tale tidiness.

“Come in, and mind the oil paint.”

Leopoldo and Raimon sat down in the mess I’d managed to create in a couple of minutes.

“Sorry, I couldn’t find the key.”

“No problem. Where’s Mateo?”

“In Benidorm.”

I could feel one of those snowballs beginning to roll that end up in an avalanche of unforeseeable consequences.

“Benidorm? And what’s he doing there?”

“Taking photos. We need them for a couple of pictures.”

Raimon got up and went over to a pile of stretchers.

“No, no. They can’t be seen.”

“Don’t be silly. I’m dying to see what you’re up to.”

“They’re half-finished. It’s bad luck.”

Lying is certainly not one of the fine arts for which I’m particularly endowed.

“What?”

“I’m sorry. And if Mateo finds out he’ll kill me. He’s awfully superstitious.” This was the kind of nonsense that people might attribute to the eccentric artistic temperament.

“Never mind, we don’t want to put a jinx on them.” Leopoldo was the conciliatory, discreet one of the two.

“Leopoldo’s right,” I said with relief. “Wait a while. It’s better to see them when they’re finished.”

Raimon was suspicious, but he had some news that he was itching to let out of the bag.

“Sit down, there’s something I’ve got to tell you.”

I sat down more calmly as I saw the storm receding.

“You’re going to exhibit at the MCAC.”

“Really?”

The Museum of Contemporary Art in Cockaigne was one of those contemporary art centres set up with the backing of an autonomous region: a prestigious, renowned temple of modernity.

“I’m deeply moved by your eloquence,” said Raimon, who was expecting a more effusive response from me.

“No, really, it’s fantastic. Just wait till I tell Mateo. But ... has it been confirmed?”

“Absolutely.”

“Tell him about the c with a cedilla,” said Leopoldo laconically.

“The what?”

“A trifle. I’ll tell you in a minute.”

Raimon accidentally trod on Duchamp and the cat screeched and jumped up onto a cupboard.

“The MCAC is organising a grand exhibition for the start of the century. It’s called Thoroughly Modern, and you’re all going to be in it.”

“All?”

“All the people who ought to be.”

I had a vague idea of what he meant, although I wasn’t sure that all the people who ought to be in the exhibition would be.

“It’s cost me blood, sweat and tears to make them accept a figurative style like yours—you know how they are with the new media and all that—but I sorted it out by sending them some photos of a monitor on which they were showing a video of your work.”

“Photos of a monitor with paintings?”

“Maquiavelo Art Gallery, that’s what we’re going to call ourselves from now on,” commented Leopoldo incisively.

“Well, it’s all settled. But there’s a problem. You know how they all are with their nationalisms. So I told them your ancestors were from Cockaigne and that your surname was really written with a c with a cedilla, like all the other surnames from there.

“McCharris with a cedilla? Where? On the first or second c?”

“On both. MçÇharris.”

I was beginning to believe that we were really caught up in one of those eccentric courts in Gulliver's Travels.

"Wait till my father finds out."

"He'll just have to put up with it."

Raimon jumped at the sound of a car hooting in the street. He was badly parked.

Leopoldo played the part of the friendly policeman in interrogations as far as relations between the gallery and its artists were concerned.

"Don't take any notice of him, I expect he's joking. He's got a good heart really." And he added with a twinkle: "But it's a bit tough in the middle."

...

"As the century proceeds, this small notch in the mighty helm helps to give patinas of respectability and mildew to great words: new, novelty, modernity ...

The 'new' theories and tendencies now belong to the last century, faded youth that has to demonstrate its worth far from the freshness of adolescence.

All belonging to the twenty-ninth century: 1 installation, conceptual, postmodern, cubist and surrealist, dada and neo-postist, painters and cyber-artists. All at the start of a century that should not award carte-blanche with the same ease with which kings are crowned in magazines of real-life romance stories.

Tradition grows, swallowing up anti-traditionalists and devotees, hawkers of chimeras and archaeologists with their Roman numerals.

But also it forgets, sets aside, spits out, dances on tombs, restores Cinderella to her rightful place, sets light to bonfires ..."

The cryptic messages that my brother sent by e-mail were the only connection between us. I tried to answer them, but his trail slipped away like time in an hourglass.

"In painting, for me, above all you have to deceive the eye, make a window in the wall, illusions, representations, distortions, caricatures, pouring, delirious ornamentation, sadism and incisions, therapy ... clowning, acrobatics, heroics, self-pity, blame, anguish, supernaturalism and subhumanism, divine inspiration and daily expira-

tion ... mannerism and techniques, communication and information, magic tools, tricks of the trade, structure, pictorial qualities, impastos, plasticity, relationships ... and irrationalism, low level of awareness, return to nature, reduction to reality, holding the mirror up to life, abstraction of everything, nonsense, commitment, and above all blending painting with what is not painting.
McCharris about, according to, after, against, because of, between, for, from, of, without Ad Reinhardt. ”

I detected changes in Mateo’s cerebral activity: a kind of mental indigestion and a high temperature.

I knew him very well, and so I noticed his efforts to move forward slowly in the encumbering quicksand into which we had stumbled. I felt his neurones waking and reorganising themselves in some indeterminate direction.

I knew this was going to go on for some time, so I resorted to an old tactic from my childhood.

It was important for everyone to believe that there was nothing wrong, so I revived the classic game of swapping places that used to cause our parents and teachers so much confusion when we were kids.

By making a few alterations to my hair and sideburns and checking out the wardrobe I could become Ángel or Mateo according to whatever I fancied at any given moment.

There were not many people who could tell the difference, and I was not planning to see any of them while all this continued.

My first public appearance as Mateo McCharris was at the launch of a magazine for which my brother had written an article.

I tried to be as discreet as possible: not talking much and doing a lot of listening, with that charming nonchalance that I had picked up from Duchamp (the cat and the artist).

But one cannot organise one’s attitude all the time, and almost without realising it I ended up being interviewed for a cultural programme on TV. “How would you define the art of the twentieth century in a single word?”

And there I was, caught up in one of those impossible questions that certain interviewers like so much, obliged to be brilliant, condemned to appear stupid, and not understanding why works of art—poor things—should be affected by the silly pedantic utterances of their creators.

“Arcimboldi,” I said, just for something to say.

“What?”

“Arcimboldi. Too many Arcimboldis for one century.”

“Could you explain the concept for us a little?” The interviewer seemed quite interested.

“Too many Arcimboldis spending all their lives making portraits of fruit, courtly games, bright ideas exploited to the nth degree, fragments of fragments of a human being’s life.”

I think it was the first time I had managed to string together a sentence that had some kind of meaning in the presence of a journalist. It was as if I had become a ventriloquist’s dummy for my brother, moving my mouth until the words formed sentences and expressed ideas ...

“The left hand turning its back on the right hand, form running away from concept, concepts running away from matter ... Artists concentrating on ever-diminishing areas, turning into specialists, becoming molecular scientists, not knowing about anything except their study of the African flea, the albino African flea ...”

“What do you think the next century has in store for us?” asked the interviewer, looking at his watch.

“Total art of total humanity.”

And I felt just great.

“Something has happened recently that has made me think of oracles, coded messages and warning signs.

One night last week I was sitting in the porch of the small hotel where I’m staying. Absorbed as I was in the book by Arthur Danto about the end of art, I didn’t notice a shadow creeping up.

When I raised my eyes, a bloodstained woman flung herself at me.

After the initial shock, I recognised Ely, a transvestite who worked in a little makeshift bar in the harbour, who had come to ask for help and had stumbled and

fallen on top of me.

We carried her to her room and called the doctor:

Some drunken sailors had started taking the mickey out of her and the party had ended up with a beating to emphasise their manliness and normality compared with Ely's strange ambiguity.

I've been visiting her during the last few days, while her bruises were healing and her eyes reappearing between swollen eyelids, and she told me her story.

Ely, who has all the signs of being a native, was a trade union leader with Allende and fodder for Pinochet's torture squads, an outcast homosexual with no money who now wants to be a woman in a macho society.

Ely is an art lover, so yesterday I took her to see a nice reproduction of Saint Sebastian which I'd come across in a junk shop. Her face lit up and for a while she forgot about the pain and liniment. In her little room we travelled to Tuscany and the Renaissance, joked with Artemisia Gentileschi and tasted Leonardo's polenta. Isn't that what art is? Simply consolation for the blows of outrageous fate, a ticket to other realities, an exit visa ...

And we are simply pedlars of miraculous medicines in the fairground.

I would never be able to beat up those Yugoslav sailors, so I was already thinking about pictures and exhibitions, about Hans Haacke and Alfredo Jaar, and about Ben Shahn.

I've got a book on philosophy with bloodstains on it, life stains, and that reaffirms what I was telling you the other day: you have to blend art with everything that isn't art.

At the end of our chat, Ely told me sadly that she liked pictures and stories of saints very much, and added:

'It's a pity that I've decided to become Jewish.'

And I saw her walking off down the path of solitary strollers."

While Mateo's messages came trickling in, I began to occupy my time with things that would keep me entertained.

For years my brother and I have been collecting little dolls and figures, models and scenes: all sorts of bits and pieces.

Our enthusiasm started when we were children, when we used to make

the usual Nativity scenes every Christmas.

We had acquired a certain skill in making streams with chocolate wrappers and vegetation with coloured cork.

Our collection of miniatures had become increasingly eclectic and varied with time: ranging from the extremes of kitsch internationalism to the colourful world of cartoon films.

I used the empty tables in the studio to bring together figures and backgrounds, creating impossible encounters and miniature worlds. I bought some ready-made boxes and began to stick the little scenes together and paint them.

And without any effort on my part the stories that my brother relayed to me suddenly took their places in the boxes. Between what was politically or cynically correct, between the enchanting indifference of modern art and naïve enthusiasm for tradition the boxes selected their own path: the yellow brick road of the McCharris brothers.

Nicolas Poussin used to make models with the figures and backgrounds that would later appear in his compositions. Now none of them remain, but I think they would be fairly similar—allowing for the passage of the centuries—to the ones I made during those days.

I enjoyed making them so much that I was sure that it was art—or perhaps sin.

One eye on Poussin and the other on Joseph Cornell: a nice intellectual alibi.

Things like this only used to occur to my brother, so I put it down to the sense of abduction that I had begun feeling on the day when I was Ángel and Mateo McCharris at the same time.

...

“I imagine you’re anxiously awaiting my return. I suppose I feel remorse, even though I know that what I’ve done is right.

Perhaps you’d like to accept the challenge that I offer you.

I’ve taken a lot of photographs with my digital camera. A traveller I ran into in

Punta Arenas let me use his laptop computer, so I prepared some digital collages which I'm sending you in a file attached to this e-mail.

They're negatives for making gum bichromates, like the nineteenth-century pictorialists, Stieglitz and Co., the representatives of troglodyte photography.

I provide the 21st century and you provide the 19th. Stir and serve in a tall glass. I'm also sending you a text for you to send to Charris so that he can publish it in his Naval.

It's an 'Ode to Internet'.

We don't seem to realise how absolutely incredible it is that this medium has burst into our lives. I imagine that when Gutenberg was printing his first books life went on unaware and uninterested, indifferent to the vaccine that was being inoculated into its arteries: a vaccine against stupidity, tyranny, intransigence, ...

I'm beginning to long for a more generous sun and a less foreign style of cooking."

...

The loneliness of working in the studio leads artists to group together with other specimens of their herd, even forming collectives, brotherhoods, lodges irremediably condemned to failure through the very nature of their members: a union of the non-unionised. Sometimes the meetings and discussions end up as crusades which some of their members—the more decisive or energetic ones—launch against any windmill they come across. Often these meetings are a huge pretext for a long Mediterranean after-dinner discussion with wine and liqueurs, with utopias and revolutions that are silenced by the sound of coins clattering on the collecting-plate.

The meal to which Cristiani invited me on the terrace of the Yacht Club sounded just like that. I was the first to arrive, so I ordered myself a good dose of sea breeze and fried fish.

Cristiani arrived later, with a file full of papers and preoccupations.

"I want you to read the manifesto before the others get here. We're thinking of publishing it in the main art magazines, even the ones of the other side."

Cristiani was particularly prone to paranoia and conspiracy theories.

“At the end there’s a list of those who’ve already signed.”

I began reading it while I was starting on my second beer. At first it looked like a thoroughly solemn document, with lots of words standing out in bold.

“We are about to usher in a new century. The criteria considered most progressive by historians and museums clearly support installations, montages, videos, projections, performances ... in an attempt to dump painting in the attic once again with the other old knick-knacks. Any creative effort that smells of oil paint and turpentine and any movement that sets out to support it is immediately branded as being reactionary and anachronistic. Any attempt to review history that does not follow the hackneyed paths of official history is irremediably condemned to receive the not always well-intentioned barbs of the high priests of the temple ...”

I was beginning to get some idea of what the battle was all about.

A boat on its way back from fishing came into harbour. Dozens of shrieking seagulls fought for the scraps that the sailors threw into the water.

“... Any hint of paying any consideration to painted work, even without going into the question of whether it’s figurative, is guaranteed to be greeted immediately by the launching of a crusade in defence of the noble principles of modernity, with the immediate adhesion of the journals, the art theory departments in the faculties, and the artists of sectarianism. Richard the Lionheart and his friends undertaking the defence of democratic ideals against the attempted coup of Painting, which once again threatens with the schoolmaster’s cane of aesthetic absolutism, reviving the spectres of the most ancient academicism.”

“Tumty-tumty-tum, and lots of signatures.”

“What do you mean ‘tumty-tum’?” asked Cristiani, sounding somewhat peeved.

“No, it’s fine. We’ve talked about it lots of times. And you know how I go on the warpath when I come up against rigid minds like the ones you’re talking about.”

“That’s why I was counting on you—on both of you. By the way, what’s Mateo doing in Benidorm?”

“It’s a long story. Let’s get back to the point. I’ll sign. I’m delighted to be together with some of the people who’ve signed your letter—they’re probably some of my favourite artists—but then there are also all those cave-dwellers, those pin-heads who smear oil paint on their toast ...”

“Don’t react like that.”

“I’ll sign whatever you like, but you must realise that this week we’ve signed another manifesto: Against Painting.”

“What?”

“Well, three really. There was another one to get rid of the Ministry of Culture and use its budget to pay off the debts of the Third World. And the third one was to abolish the Ministry of Defence and use its budget for the Ministry of Culture.”

Cristiani gathered together his papers and set about convincing the fried anchovies. The others started to arrive and arguments gave way to laughter and people singing out of tune. In the end, Cristiani’s pieces of paper were used to make hats for a chorus of drunken Napoleons.

...

The days continued to go by with monotonous precision.

I had managed to put off the arrival in Spain of our Austrian curator, but the new date was also getting perilously close.

My behaviour, apart from driving me mad, was beginning to arouse suspicion.

One evening a confused telephone call came through from a payphone.

“It’s me, Mateo. I’m in Santiago de Chile. I’ll be back in a couple of days.”

And, instead of relieving me, the call began to increase my anxiety. My brother was going to come back with a bagful of fantastic ideas that I would have to lick into shape. Some would be thrown out as being impossible, others would come up in discussions and chance encounters.

The days of being shut up in the studio were coming, with hard work and renunciation, labouring under the weight of the pressure and timetable.

Our spirits would spin round like a capricious Ferris wheel, doubts would lure us towards the rocks with their siren songs.

I felt an immense giddiness and a twinge of pain in my willpower. I knew that everything would be all right in the end, one way or another, that the exhibition would open and people would see the pieces—which would please some and not others—and that nobody would know what each of them was concealing: pieces that were frivolous or solemn and dramatic, amusing or obscure ...

I knew that I would experience pleasure and suffering, that there would be excitement and disgust, stimulation and enjoyment, but that also the syndrome of the truant would make its appearance: loneliness, anxiety, desperation.

There was a week to go before we would have to provide explanations, a week for the curtain to fall and a new curtain to rise, with no rest or interruptions.

I snuggled down into the armchair for a while and fell at once into one of those dense, deep dreams of the kind that cover reality with a thick layer of dark mist.

I began to hear noises in the studio. People were coming in wearing masks with my face on them—or perhaps my brother's face. They had numbers on their backs and on their chests the words "Thoroughly Modern". They wandered round commenting on the blank canvases, and in the background I could hear Leopoldo and Raimon trying to sell some of the pictures. A critic who looked very much like the White Rabbit was stopping in front of every picture and declaring "Hopper and Morandi! Hopper and Morandi!" Someone emerged from the bathroom and shouted: "I'm sorry, I've broken the cistern!" And alphabet soup began to flow out under the door. Soup that gradually flooded the room with its random words, its stock phrases and its indecipherable discourse. The critic paused in front of the fire extinguisher and murmured "Hopper and Morandi! Hopper and Morandi!" I was just beginning to get dizzy when Hergé and Arnold Böcklin grabbed me by the arms and dragged me out into the fresh air.

I woke up soaked in sweat. On the table there was a catalogue of Spilliaert which I began to browse through. I found all the peace I needed in his

night views of Ostend, so I connected with Internet and got a ticket to Tintinlandia.

I wrote a yellow note which would be the first thing my brother would find when he turned on the computer.

“I’m a long way away. Not running or hiding: not disappearing.

I’m going to Benidorm.

Feed Duchamp.

Ángel.”

¹ Translator’s note [sic]: We have put “twenty-ninth” (instead of “twentieth”, belonging or related to the 20th century) because it is closer to the word “nineteenth”, with which it is related in the context.

